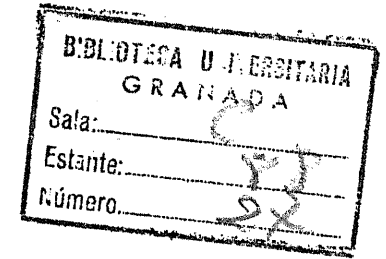


UNIVERSIDAD DE GRANADA



DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso académico

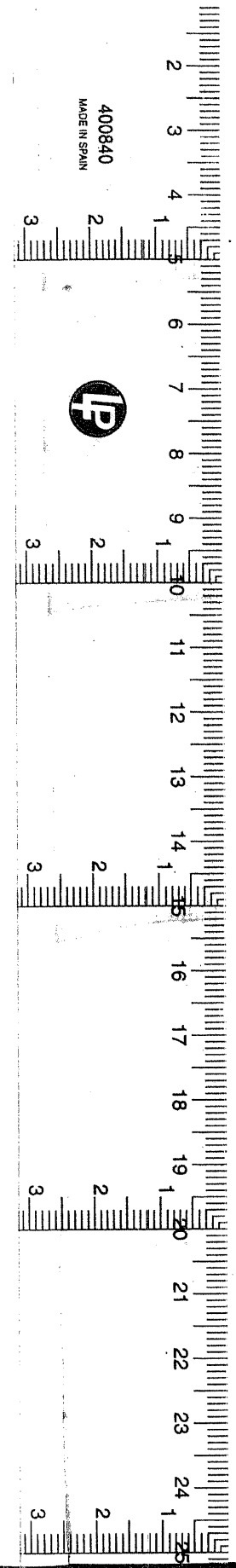
de 1943 a 1944

POR EL RECTOR

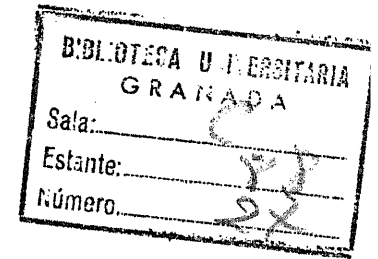
Don Antonio Marín Ocete,

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras

GRANADA.--1943
Imp. de Francisco Román
Horno Haza, 4



UNIVERSIDAD DE GRANADA



DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso académico

de 1943 a 1944

POR EL RECTOR

Don Antonio Marín Ocete,

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSO

leído en la solemne apertura del curso académico

de 1943 a 1944

POR EL RECTOR

Don Antonio Marín Ocete,

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
GRANADA	
N.º Documento	241723
N.º Copia	241750

GRANADA.—1945
Imp. de Francisco Román
Horno Haza, 4

C
241723
241750

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERIA Y SU *OPUS EPISTOLARUM*

Excelentísimos e Ilustrísimos señores

Señoras y señores

Profesores y alumnos de la Universidad :

El rigor de un turno tradicionalmente observado me confía este año el honor de disertar en esta fiesta solemne de la apertura del nuevo curso académico.

Pone esta lección en nuestra vida profesoral como un hito entre dos épocas y fuerza a un alto en el propio trabajo universitario. Parece que nos invita a otear perspectivas juveniles, que ya empiezan a estar lejanas, y a una reflexión íntima, que más pide del callado meditar que de la expresión retórica. La ocasión completa esta impresión personal, al situar esta lección, que no suele repetirse en una vida académica normal, al principio de un nuevo curso, compensando con animadoras esperanzas el tono melancólico de toda evocación.

No es posible, sin embargo, apartar de nosotros en este día el dolorido recuerdo de los compañeros con los que hemos convivido durante años de apretada labor universitaria y que faltan hoy, quizá por vez

primera, a este acto inaugural, hurtados a nuestro afecto por el fallo ineluctable de la Providencia. Don Enrique Gómez Entralla y don Ramón Álvarez de Toledo y Valero, catedráticos de la Facultad de Medicina, y don Pedro Tomás Hernández Redondo, compañero inseparable en nuestra propia Facultad de Letras, cuyo emocionado recuerdo no quisiera yo empañar con mis palabras.

Para quien sienta profundamente el gozo espiritual de la cátedra, para el que encuentre un deleite en el diario esfuerzo por enriquecer y completar sus haberes científicos, para quien se penetre de la trascendencia del noble esfuerzo de formar inteligencias y capacidades juveniles, todo nuevo curso tiene que ser una espléndida promesa de posibilidades, una tentadora sembradura de proyectos, la más delicada fiesta del espíritu.

Al detenernos en su dintel, encontramos junto a nosotros nuevos compañeros, recién llegados que vienen a formar parte de nuestro Claustro trayendo consigo el ardor de su juventud y la preparación científica que les llevó a la cátedra. Son en esta ocasión don Luis Seco de Lucena y Paredes, don Antonio Hernández Gil y don Arcadio Sánchez López.

Sean para ellos nuestro cordial saludo y nuestra augural bienvenida.

No ignoro que el disertar en la apertura de curso y ocupar, al mismo tiempo, este puesto de honor y de trabajo junto a vosotros, compañeros de Claustro, parecía natural que discurriésemos juntos sobre algún aspecto de nuestra labor universitaria, tan compleja y tan llena de tentadores temas. Y el abrirse hoy un nuevo período en la obra histórica de la Universidad española, con una legislación renovadora, que aspira a ordenarla sobre nuevas bases, hubiera inclinado mi ánimo hacia esa decisión. Ha pesado más en mí el deseo de no romper en modo alguno la tradición de esta Universidad, que acostumbra a escuchar en este día una disertación de carácter científico. Me ha parecido que con ello revalidaba de manera bien pública, y para mí solemne, mi decidida vocación por la cátedra, mi entrega absoluta a esta casa, en la que me formé y a la que doy, como vosotros, cada día, el esfuerzo de una labor, no por modesta menos sincera y apasionada.

Me ha parecido por ello oportuno hablaros de *Pedro Mártir de Angleria y su Opus Epistolarum*. Procuraré reconstituir sobre esta colección de cartas la interesante vida de aquel italiano españolizado, observador atento e historiador de la novel América, cuya obra constituye fuente valiosa para el conocimiento de aquel período histórico. Espero

que, en su día un estudio de las demás obras del humanista milanés me permitirá elevar a definitivas las conclusiones críticas que ahora se formulan provisionalmente sobre el embajador de los Reyes Católicos.

La Roma pontificia sosegaba de las inquietudes y desórdenes que la muerte de Sixto IV había producido. Inocencio VIII comenzaba su reinado cumpliendo los compromisos contraídos con los poderosos Orsini, Sforza y Arcimboldi nombrándolos sus legados. Su carácter irresoluto enconaba primero y dilataba después sus divergencias con el rey Fernando de Nápoles. A las presuntuosas exigencias de éste se unió la guerra de los barones napolitanos, en cuyo apoyo se decidió el Papa, después de intentar asegurarse la ayuda de los estados italianos. Las correrías por las bandas de Alfonso de Calabria por los Estados romanos reducían al Pontífice a la más triste situación; el progresivo abandono de la alianza por Milán y Venecia y las constantes traiciones de mercenarios y adalides, hicieron pensar en la ayuda francesa. Las negociaciones con el duque Renato de Anjou comenzaron entre las preocupaciones militares y económicas que iban a ocupar el pontificado del Cardenal Cibo.

A aquella Roma, llena, no obstante, de los esplendores del Renacimiento, llegaba al mediodía del miércoles 15 de septiembre de 1486 una lucida embajada de los Reyes de Castilla y de Aragón. La dirigía don Iñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla, acompañado de dos protonotarios apostólicos, con sus largos manteos y sus negros sombreros. Comieron junto a la fuente Mallianos y, atravesando por la puerta Viridaria, fueron a aposentarse en el palacio de los Ursinos, junto al campo de Flora.

Y algunos días después, la bondadosa paternidad de Inocencio VIII recibía a los embajadores españoles "en la primera y mayor aula del Palacio Apostólico, cerca de San Pedro". Las credenciales eran dobles: una carta latina y otra castellana, que leyeron, respectivamente, el Obispo Antoniotto, datario de la Corte pontificia y el secretario Jerónimo Baldeno. Uno de los dos protonotarios de la embajada, el italiano Antonio Giralдино, pronunció el discurso ritual ¹.

En Florencia, primero, y en Milán, después, Tendilla había preparado una paz o, al menos, un armisticio entre el Papa y Fernando de Nápoles. Los Reyes Católicos deseaban la paz y evitar, sobre todo, el establecimiento en Italia de los franceses, que podían ser obstáculo de

(1) Se conserva manuscrito, así como la respuesta del Papa, en la Biblioteca de Bremen.

importancia para su futura política mediterránea. En todas estas negociaciones, el embajador mismo, el conde de Tendilla, según el ladino comentario del maestro de la cámara papal, se entendía con sus interlocutores romanos por medio de sus protonotarios, ya que él mismo no sabía el latín con la soltura suficiente para conversar corrientemente².

Era, no obstante, un espíritu muy cultivado y descendía de una estirpe de mecenas de las artes y de las letras. Su padre y primer marqués de Tendilla, don Iñigo, fué el hijo tercero del marqués de Santillana (1398 - 1458), prócer en las armas y sobresaliente poeta castellano, bibliófilo apasionado, gustador de las suavidades rítmicas del toscano y del francés. Había querido asomarse a los vecinos prédios de las artes para hacer brillar sobre nuestras letras medievales los primeros rayos de la dorada luz renacentista. Su hijo, el gran Cardenal don Pedro González de Mendoza, llena páginas de nuestra historia nacional con su temperamento fogoso, su generosidad proverbial, su mecenazgo feliz para el progreso de las artes, de tan total manera que pudo ser llamado, con justicia, el tercer rey de España³.

No les heredó injustamente el segundo Tendilla. Desde muy joven, desde que apenas contaba quince años, luchaba ya junto a su padre contra los moros de Granada y asistía, siempre en el bando de los Reyes Católicos, a la decisiva batalla de Toro. Participó en la campaña del año 1482 y, en el siguiente, quedó por alcaide de la recién conquistada Alhama. Varón "docto, generoso y sabio" le llamaba Lucio Marineo Siculo, porque, sin duda, como decía Pulgar, a más de ser "caballero esforzado, era bien maestrado en las letras latinas, home discreto y de buena prudencia para grandes negocios"⁴. Felizmente terminó el que le había llevado a Roma y tanto el Papa como el rey de Nápoles le atestiguaron su gratitud por la paz alcanzada⁵. Regalóle el segundo brocados y joyas, fundiéronle medallas los potentados agradecidos⁶ y el mismo Papa le dió la espada de protector de la cristiandad, que el mayorazgo de la familia había de conservar como preciada reliquia durante varias centurias. Para los Reyes, sus señores, logró el hábil embajador

(2) CELANI: *Johannis Buckardi liber notarum. Rerum Italicorum scriptores. XXXII. I.*

(3) *Epístola XXII.*

(4) Pedro Mártir alaba dos cartas que el conde escribió a su hija Mencía con motivo de la muerte del Gran Cardenal de España. *Epístola CCCXLIII.*

(5) El Papa, los Cardenales y la ciudad de Roma, le dieron las gracias por su mediación en documentos que insertó Pulgar en su historia.

(6) MONDÉJAR: *Historia de la casa de Mondéjar. Cap. XIV.*

mercedes y favores espirituales y aun temporales, como el patronato de todas las iglesias del reino de Granada y la posesión de todas las dignidades y beneficios, tanto del mismo como de las Islas Canarias. Y a él y a sus numerosas villas y vasallos otorgó también generosamente la curia romana alivios de cuaresmales ayunos, autorizaciones para trueque de bienes con eclesiásticos, incorporaciones de beneficios e indulgencias a los favorecedores de la iglesia del señorío de Mondéjar⁷.

Su estancia en Italia durante más de un año, dejó memoria de liberalidad y lujo fastuoso aun entre aquellos Cardenales, habituados al esplendor de la vida renacentista. Pero sus actividades no fueron sólo suntuarias. Aficionado, por estirpe, a letras y artes, trabó amistad con humanistas y poetas, alguno de los cuales, como el romano Crispo Rannusio, le dedicó la comedia latina *Syrus*, que años más tarde había de traducir su hijo don Diego Hurtado de Mendoza⁸. De Roma se trajo el original latino de la Historia de Bohemia, que había escrito el Cardenal Piccolomini, después Papa con el nombre de Julio II, y cuya versión había de encargarse más tarde a Hernán Núñez, el famoso comendador griego.

Igualmente frecuentó Tendilla, en Roma, a los más sobresalientes personajes españoles que allí se hallaban. Para ellos, la sociedad romana y la corte pontificia representaban un estado de cultura refinada y una práctica del trabajo intelectual, necesaria para el tipo de hombre que se proponía la época. El estudio de la antigüedad era el instrumento para la formación espiritual de los doctos de la época. Muchos hombres ilustrados continuaban trabajando, pasados ya los años escolares, junto a maestros acreditados. Así, Alonso Carrillo, Obispo de Pamplona, y Jorge da Costa, Arzobispo de Braga, seguían la lectura de los poetas latinos con un joven milanés que había venido diez años antes a Roma, bajo la protección de altos personajes de la curia papal. Pedro Mártir de Angleria había nacido en 1457⁹ en Arona *oppidum insigne, in verbanis lacus, quem iuniores lacum maiorem apellant, ripa situm, munitissimum et bene fortunatum, moenibus in alae forma dispositis, numerosis turribus, atque eminenti arce convexa moenibus, ab impetu hostium tutissimum, si qua hostes ingruant.*

Pertenecía a una familia noble, pariente de los Trivulzio y de los

(7) *Ibidem.*

(8) GALLARDO: *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos. II, 539.*

(9) Las noticias que P. M. da en sus Epístolas sobre la fecha de su nacimiento, son contradictorias. Según la XVI, había nacido en 1459; en la DCXXVIII declara tener sesenta y tres años, lo que suponía haber nacido en 1456.

condes de Angleria, fabulosos soberanos del Norte italiano, de los que pretendían también descender Visconti y Sforza. Sus medios económicos no debían de ser crecidos: repetidamente se preocupó después Pedro Mártir de la protección de los dos hermanos, Juan Bautista y Jorge. El pequeño capital familiar debió de consumirse en la educación de los tres hermanos varones, pues cuando la fortuna le es favorable, Pedro Mártir dispondrá de sus pequeños caudales para intentar reconstituir su deshecho patrimonio familiar ¹⁰. Por estos años de niñez y de juventud de los Angiera, les había prestado su ayuda el conde Borromeo, a quien recordara ya en España, con motivo de su muerte: *¿Vidistin comes illustris nominis corporalem habitudinem, et eximiam elegantiam?*— escribirá preguntando a Tendilla, que lo había conocido en Milán, en este viaje diplomático ¹¹.

Después, su educación bajo la protección de los Sforza debió de estar como la de toda la pequeña nobleza de la época, inspirada en una formación literaria de gusto clásico y simultaneada con sus servicios de paje, en Milán, muy probablemente. Allí gobernaba, legitimando poderes ganados en luchas mercenarias, Francisco Sforza, sucesor de los Visconti, y que, como toda la nobleza italiana de la época, hacía del mecenazgo una obligación. Ellos ayudaron a Philelbo, el gran helenista que enseñaba en la capital de la Lombardía. Discípulo suyo ha podido ser Pedro Mártir, aunque no deja de ser extraño que no lo haya recordado nunca, él tan celoso de los pormenores biográficos ennoblecedores.

Las agitaciones que siguieron al asesinato de Galeazo M.^o Sforza, como el deseo de más anchos caminos para sus ambiciones y capacidades, le habían traído a Roma. Entre los numerosos lombardos que vivían entonces en la capital del mundo cristiano, contó con la generosa protección de Juan Arcimboldi, milanés como él y consejero secreto del duque asesinado. Viudo de Briseida, se había ordenado de sacerdote y fué nombrado por Paulo II Obispo de Novara (1465). Sixto IV le había elevado al cardenalato (1473), sin que por ello dejara de servir misiones diplomáticas pontificias en Hungría y Bohemia. En 1484 volvía a su patria para ocupar la Silla episcopal, aunque su palacio había sido saqueado cuando la caída de los Sforza.

Ascanio M.^a, de esta misma sangre, fué un protector más poderoso para el joven Angleria. Aunque su agitada historia política no se desenvolvió plenamente hasta años más tarde, en los de su trato personal, Pedro Mártir había podido reconocer en el revoltoso Cardenal el proto-

(10) V. más adelante cap. IX.

(11) *Epístola CLX*.

tipo de aquellos grandes señores del Renacimiento, políticos y artistas al mismo tiempo. Su conjura contra su propio hermano Luis iniciaba una carrera política de imprevisibles oscilaciones, determinadas por su ambición irrefrenable e inmensa. Durante largos años, una gran amistad iba a unir a los dos milaneses, que eran de la misma edad, hasta que el patriotismo intransigente de Pedro Mártir puso término a una correspondencia frecuentísima.

Con tan buenos valedores había sido posible al joven milanés alcanzar un puesto político de relieve. Francisco Negro, gobernador de Roma, lo había hecho su secretario. Ahora, cuando Tendilla lo conoce, mantenía relaciones literarias con sobresalientes humanistas romanos y en especial con Pomponio Leto, la gran figura de la Academia romana. Parece justo fijar la atención en esta amistad más de lo que se ha hecho hasta ahora por anteriores biógrafos de Pedro Mártir, porque ha debido de influir decisivamente en su formación literaria y, en general, en la disposición definitiva de su espíritu ante muchas cuestiones históricas y filosóficas.

La original personalidad de Pomponio Leto debió de impresionar profundamente a nuestro autor. Era el más autorizado representante de aquellos estudiosos de la antigüedad penetrados tan profundamente de su amor por el mundo romano, que vivían con sus costumbres, nombres y preocupaciones. Realmente nada parecía afectarles de cuanto les rodeaba, a todo lo cual permanecían ajenos. Pomponio había sido, primero, discípulo y después sucesor en la cátedra de elocuencia que Lorenzo Valla tenía en la Universidad de Roma. Su vida se desarrollaba a la manera austera y sencilla de los antiguos romanos, en quienes veía un constante ejemplar. Repartía su tiempo entre la lectura y anotaciones de los autores latinos, que copiaba personalmente, y sus paseos arqueológicos por las ruinas de la Roma antigua. Recogía inscripciones y restos de esculturas, que formaron más tarde un pequeño museo en su casa, y evocaba los tiempos perdidos con el apasionado amor de un artista.

A su alrededor se agruparon estudiosos menos brillantes y desde luego menos puros en sus delectaciones espirituales. En sus reuniones discutían cuestiones filológicas y literarias, disputaban sobre poemas y autores antiguos o representaban comedias de Plauto y de Terencio. Pronto este grupo de jóvenes, de espíritu y vida libre, que rodeó a Pomponio Leto, formó la Academia romana, vestida en sus más pequeñas exterioridades a la moda de los viejos latinos. Fechaban sus documentos *ab urbe condita* y no por el calendario cristiano, solemnizaban la fecha de la fundación de la Ciudad Eterna, el 21 de abril, y usaban nombres romanos —Asclepiades, Glauco, Paulo Marsus— tan fielmente,

que el verdadero de alguno de ellos se ha olvidado completamente para la historia, como ocurrió con Petreyo. Para ser *antiguos* en todo, celebraban ceremonias pseudoreligiosas a la manera de un colegio sacerdotal, del que Pomponio fué el Pontífice Máximo, y se ilusionaban con la idea de restaurar para Roma la forma de gobierno republicana.

Intentando ajenarse a la existencia histórica del cristianismo, muchos de ellos lo estaban también a su contenido doctrinal. Su apartamiento de la Iglesia y del poder político del Papado eran evidentes. Todo ello los hizo sospechosos de herejía, de paganismo y de republicanismo. Se habló de una conspiración contra el Papa. Cuando Pedro Mártir conoció a Pomponio, ya había salido de su prisión en el castillo de Sant Angelo, donde le había encerrado, junto con el célebre humanista Platina, una orden de Paulo II y los principales componentes de la Academia estaban huídos de Roma.

Pedro Mártir lo visitaba en su casita del Quirinal, donde llevaba, a la manera de los antiguos romanos, una vida de sencillez estoica, cultivaba su viña, según los preceptos de Varrón y de Columela como un segundo Catón, negándose incluso a aprender el griego para no corromper la pureza de su dicción latina. Más tarde recordará Pedro Mártir cómo estudió junto a él la geografía del mundo antiguo y siguió la lectura laboriosa de las viejas inscripciones latinas. De esta amistad le quedará también una terminología pagana completamente superficial que salpicará frívolamente sus obras. Dirá siempre *divus*, por Dios, *fata*, por la Providencia, *senatus romanum* por curia pontificia, etc. Su mejor elogio de un escritor será llamarlo sencillamente *ciceroniano*.

Favorablemente aconsejado por Giraldino y movido de las preocupaciones intelectuales que animaban a sus antepasados, Tendilla, reconociendo la despierta y ágil inteligencia de Pedro Mártir, quiso incorporarlo a los ya numerosos humanistas que por tierras de España restauraban los saberes clásicos y alentaban el cultivo de las letras latinas. Aunque después Pedro Mártir fuese maestro de alguno de los hijos de Tendilla, no debió tal finalidad de determinar la invitación, pues cuando aquello ocurrió, los hijos tenidos hasta entonces por el conde de su segunda mujer, doña Francisca Pacheco, eran muy pequeños, y ninguno le había dado la primera, doña Marina de Mendoza, señora de Mondéjar.

En las tres primeras cartas de su *Opus Epistolarum* ha expuesto los motivos de su decisión menos contradictoriamente de lo que muchos críticos han juzgado e incluso de lo que hace pensar una lectura superficial. Para una cómoda prefiguración de Pedro Mártir, para su fácil

identificación con uno de tantos eruditos italianos como entonces venían a servir a los grandes españoles, siendo maestros de sus hijos y deudos, la interpretación legítima de sus propias palabras puede ser inoportuna. De la autenticidad de aquella hablará mejor que nada toda su vida española. Bajo esta nueva luz, Pedro Mártir no aparecerá ya sólo como un docto gramático, sino también como un caballero de su época, luchador novel en la guerra de Granada, embajador diestro de los Reyes Católicos, cronista real y de los primeros en contar la prodigiosa y extraña historia de aquellas tierras nuevas brindadas en lejanos y temibles océanos a la Corona de Castilla.

A sus veintinueve años, la invitación de Tendilla le ofrecía un horizonte atractivo. Un reino donde todavía se luchaba caballeramente por la fe de Cristo, en una renovada cruzada contra el último poder de los árabes españoles y donde una política vigorosa asentaba los sillares de un nuevo estado y presidía el brillante renacer de las letras y las artes, se abría ante el juvenil impulso del italiano.

El ejemplo de Giraldino debió de animarle a su decisión. En una carta del mes de septiembre del año siguiente, explicaba Pedro Mártir a su paisano cómo en su decisión de venir a España abandonando su patria, no había influido el ejemplo de su fortuna. Es difícil ver en la ampulosa prosa de la epístola ¹² algo más que una argumentación retórica, destinada a sobreestimar, a posteriori, la propia decisión y a revestirla de un hiperbólico valor.

Entre la juventud romana de aquellos años, la figura y la fortuna de Antonio Giraldino no podía ser desconocida, y menos en el momento en que volvía a su patria formando parte de la embajada de Tendilla. Su encumbramiento había sido rápido. Poeta laureado a los veintidós años, fué secretario de Juan II de Aragón y, después, de su hijo Fernando el Católico, en cuyas Cortes le había introducido su tío Angelo Giraldino, Obispo de Suessa, embajador napolitano y, más tarde, Nuncio apostólico en España bajo el pontificado del entonces Papa, Inocencio VIII ¹³.

Más sinceros nos hubieran parecido los temores de Pedro Mártir sobre su situación personal en Roma, al recibir la invitación de Tendilla.

(12) *Epístola XXXVI*.

(13) A la vuelta de su embajada en Roma, Antonio Giraldino continuó por poco tiempo su magisterio de las letras latinas cerca de la Infanta Isabel; murió —probablemente— en Marchena en 1489, todavía muy joven, pues tenía treinta y dos años. Pedro Mártir escribe su pésame a su hermano Alejandro desde el sitio de Baza el 23 de agosto de 1489. *Epístola LXXV*.

Su puesto junto al gobernador Francisco Negro le parecería efímero. No muchos meses después, en diciembre de 1487, Roma recibió nuevas autoridades. Negro abandonó el gobierno para pasar al servicio de Luis Sforza, el Moro, y del Cardenal de Este en Milán.

La conciencia del propio valer, su legítima ambición por ver estimadas y recompensadas sus dotes de inteligencia y de educación, le inclinaban también a abandonar Italia, sin que le disuadieran los ruegos de sus amigos, sobre todo de Teodoro de Pavía, el médico de los reyes de Francia ¹⁴. Más nobles aspiraciones y más elevadas ilusiones decidieron su voluntad: *in Hispania magna geri adversus nostrae religionis hostes quotidie referebatur* ¹⁵, quiere participar en aquella lucha por su fe. Tendilla le había hablado seguramente de ella y había evocado ante los ojos del joven italiano el recuerdo de sus recientes algaradas por las tierras fronterizas, de su tenaz defensa de la cercada Alhama, del triunfo sin duda próximo que cerraría la campaña de Fernando e Isabel contra el reino granadino: *bellicus igitur iste sonus... me concitavit, ac si tubarum clangorem vera ac viva voce ad arma inimica vocantem auribus hausissem* ¹⁶.

Pero bajo tantos y tan diversos motivos, más o menos sinceramente expresados por Pedro Mártir, latía aquel fastidio y cansancio, aquel deseo de novedad, que en muchos ánimos del Renacimiento ponía la vida de aquellos años. El mismo fenómeno de hastío —quizás de desencanto— que en los momentos más apurados de cualquier ciclo de civilización experimentan los espíritus más sensibles. Cuando todo parece ya alcanzado y no alienta la esperanza de nuevos bienes materiales. Y Pedro Mártir también se pregunta, en carta a su hermano Juan Bautista, si continuará entre las blanduras y suavidades del suelo natal, entorpeciendo entre las delicias y la fama heredada de sus mayores ¹⁷.

Todas las circunstancias le incitaban a intentar la aventura de España, y Pedro Mártir aceptó la invitación de Tendilla. El 29 de agosto de 1487 salía de Roma con su señor.

(14) *Epistolae III et XX.*

(15) *Epistola II. Iohannes Borromeo aurato equiti medionalensi Aronae ac verbaní lacus comiti.*

(16) *Ibidem.*

(17) *Epistola XVII.*

II

A mediados de noviembre de 1487, Pedro Mártir alcanzaba la corte castellana que, terminada la campaña estival contra los granadinos, pasaba el invierno en Zaragoza ¹. Desde hacía casi diez años los Reyes guerreaban contra el reino nazarí, empleando sabiamente la fuerza de las armas y de la diplomacia a que daban lugar las disputas intestinas de los granadinos. Desde que el marqués de Cádiz, en 1481, quema a Villaluenga, las hostilidades no se habían interrumpido y las conquistas sucesivas de los cristianos iban recortando y encerrando en límites cada vez más estrechos el agitado reino enemigo. Las victorias musulmicas c/c la Ajarquía y de Loja no habían logrado torcer el rumbo de la guerra. Cautivo Boabdil en la batalla de Lucena, fué en lo sucesivo instrumento utilísimo en las hábiles manos de Fernando el Católico. Desde entonces, y contra lo que se cree generalmente, las banderías granadinas no facilitaban todo lo que se esperaba la labor política del Rey. Los conciertos con el liberado Boabdil no se ultimaban por la carencia en Granada de una auténtica autoridad y las armas cristianas tenían que seguir rindiendo fortalezas y villas fronterizas.

Precisamente aquel año de 1487 la guerra se había constituido en la principal preocupación nacional. Desde el anterior, el ejército había regularizado su organización; la artillería, mandada por Francisco Ramírez de Madrid, era un arma eficaz y autónoma; la intendencia y la sanidad funcionaban ordenadamente. Algunos contingentes mercenarios extranjeros habían incrementado las fuerzas españolas. El Papa, en fin, exhorta en una Bula a la lucha contra el infiel, y la primera gran ciudad enemiga, la Málaga tenazmente defendida por Hamet el Zegrí, acababa de entregarse al Rey castellano. Los monarcas empezaban a coger los frutos de sus luchas durante los primeros años del reinado. La herencia de Enrique IV, que el tratado de los Toros de Guisando había puesto jurídicamente en las juveniles manos de Isabel I, sólo vino a su poder tras una lucha dinástica que el apoyo de Alfonso V de Portugal a la Beltraneja convirtió en tenaz campaña militar. Y mientras se lucha en Toro o se ataca Zamora, los Reyes Católicos han de desconfiar de sus propios adalides, enfautada nobleza a la que ha de ir cercenando potestades y arbitrios, hurtados al trono en los tristes días

(1) GALÍNDEZ DE CARVAJAL: *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos.* Colección de Documentos Inéditos. XVIII. 273.

de Enrique IV. Y todavía habían sido precisos casi diez años para ahogar banderías y revueltas, recuperar maestrazgos y castillos y reforzar el poder político, unificando en la realeza los poderes que tan ardorosamente se disputaban Guzmanes y Ponces, Fonseca y Monterreys.

Cuando Pedro Mártir llegaba a la corte zaragozana, en la doble Monarquía castellano-aragonesa empezaba a cumplirse aquel pensamiento cesarista que Europa veía realizado ya en otros reinos y que España había ambicionado desde el reinado de Alfonso el Sabio. Al abatimiento y sometimiento de la nobleza seguía una eficazísima reorganización de la vida civil en ciudades y municipios. El programa de los acuerdos de las Cortes de Toledo de 1480, que parecía un ensueño para los castellanos testigos del reinado de Enrique IV, pudo cumplirse en manos de aquel nuevo Estado que se había propuesto gobernar. Dificultades económicas, desorden absoluto en la recaudación, indebidas rentas nobiliarias, fueron regularizadas merced a una constancia incansable, que en Quintanilla encontró el instrumento adecuado.

En la vida europea se empieza a hacer una política propia. Si los matrimonios de príncipes e infantes serán después su principal vehículo, ya Fernando atiende el negocio navarro, inicia su política africana con el tratado de Trujillo y la conquista de Azamor y continúa la anglófila enrolándose en la federación antifrancesa, sobre todo desde el año 1477, con Inglaterra, Austria y las Casas de Bretaña y Borgoña.

Pedro Mártir encontró en la Monarquía que empezaba a convalecer, un ambiente propicio a sus aficiones y gustos literarios. Muchos de aquellos esforzados caballeros, que en la guerra de Granada o en las fronteras lusitanas, durante una lucha todavía muy medieval, iban creando la estrategia con que triunfaría Gonzalo de Córdoba, eran también varones letrados. La educación en los clásicos era obligada entre la nobleza y ejemplarizada por los propios monarcas. Fernando el Católico había sido discípulo de Francisco Vidal de Noya, traductor de Salustio, y la Reina estudiaba las letras latinas con Beatriz Galindo. Bajo su magisterio debió de adiestrarse Isabel, al menos en la lectura de los textos latinos fáciles y corrientes, pues podía hacer comprender al Rey los mensajes diplomáticos y las mismas cartas de Pedro Mártir, como éste le recordará desde Venecia, camino de Alejandría de Egipto². Para los textos clásicos, enrevesados y difíciles, tal vez no le dejaran tiempo los negocios de Estado, suponía prudentemente Pulgar: "Mucho deseo saber

(2) *Epístola CCXXIX.*

cómo va V. A. con el latín que aprendéis; dígolo, señora, porque hay algún latín tan zahareño que no se deja tomar de los que tienen muchos negocios"³.

En el interesantísimo discurso dirigido por Lucio Marineo Sículo a Carlos V⁴, se relacionan las más sobresalientes personalidades de esta época en el cultivo de las letras latinas, comenzando por el Príncipe don Juan, adornado con todo género de letras, y siguiendo con Alfonso de Aragón, bastardo del Rey Católico y Arzobispo de Zaragoza, con el de Granada don Francisco de Herrera⁵, con Francisco de Bobadilla y Gómez de Toledo, titulares de las sedes de Salamanca y de Toledo, respectivamente. Si el condestable don Pedro de Velasco logró fama con sus comentarios de Ovidio Nasón y de Plinio, muy versados latinos fueron también Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, y don Bernardo de Rojas y Sandoval, el marqués de Tarifa, el conde de Monteros y don Pedro Girón. Entre los altos funcionarios del Reino se contaban también espíritus preocupados por la formación clasicista. Para los hijos de Miguel Pérez de Almazán, secretario de los Reyes, compuso Nebrija su tratadito *De liberis educandis*⁶ y Antonio de Serón enviaba desde Roma varias Artes de Gramática⁷.

Pedro Mártir encontró no sólo una nobleza y un clero bien formados en las humanidades, sino maestros sobresalientes, creadores de la filología y de la lingüística desde sus cátedras de Universidades y Colegios Mayores. Las grandes figuras de las letras y de las humanidades en el siglo XVI sólo se pueden explicar por la labor preparatoria e instrumental del reinado de los Reyes Católicos⁸. El renacer de lo que entonces se llamaba la gramática y concebimos hoy como filología, el conocimiento de Grecia y Roma, el mejor estudio de sus autores y textos, permitió un latín renacentista más correcto. La barbarie —en término de la época— de los preceptistas y gramáticos de los siglos pasados, fué barrida por una serie de hombres doctísimos, sólo hoy empezados a valorar como precursores magistrales de las modernas doctrinas filológicas. Con sus trabajos lexicográficos, Alonso de Palencia había preparado la labor de Elio Antonio Nebrija, cuya figura y significación empieza a ser tenida en su debida cuenta. Conociábase la significación polémica

(3) *Letras de Fernando de Pulgar.* XI.

(4) CLEMENCIN: *Elogio de la Reina Católica. Ilustración XVI.* Memorias de la R. Academia de la Historia. VI. 1821.

(5) BERMÚDEZ DE PEDRAZA: *Historia eclesiástica de Granada.* Madrid, 1638. 212.

(6) OLMEDO: *Nebrija.* Madrid, 1942. 168.

(7) British Museum. Addit. Ms. 10248. 114.

(8) MENÉNDEZ PELAYO: *Antología de poetas líricos castellanos.* VI.

de su esfuerzo, sus luchas en Salamanca contra los adocenados e ignorantes comentadores de Gualterios, Ebrardos y Pastranas. Se sabía de sus trabajos escriturísticos y de exégesis teológica, de crítica histórica, de terminología jurídica y médica; ahora se admira su portentosa capacidad de penetración científica, su singular instinto filológico, la amplitud verdaderamente humanística de sus conocimientos: él solo inicia la fonética moderna del latín, restituye la pronunciación del griego, adelantándose a Erasmo; asienta, en suma, sobre nuevas bases el estudio de la filología hispano-latina. Como luego veremos, Pedro Mártir entró pronto en relación con él y supo apreciar siempre, entre el confuso ambiente de tantas disputas acaloradas, la valía excepcional de Nebrija y su absoluta superioridad sobre sus envidiosos contrincantes. A raíz de la publicación de su Diccionario, le dirigió Pedro Mártir una poesía alegórica en la que imagina la aparición de la *Barbarie*, quien le cuenta el modo cómo ha sido vencida en toda Europa y, últimamente, en España, por el poder de la sabiduría del Nebrixense⁹.

Simultáneamente, las letras helénicas encontraron su primer gran estudioso en Arias Barbosa (1530) y su más autorizado defensor en el gran Pinciano, aquel Comendador griego Hernán Núñez de Guzmán, gemelo de Pedro Mártir en el mecenazgo gozado bajo los Mendozas. Como estos grandes señores, otros protegen humanistas y artistas, financian ediciones o fundan Colegios Mayores para la juventud universitaria de la época.

Si las amistades de Pedro Mártir con helenistas y gramáticos españoles se asentaron fácilmente sobre la comunidad de aficiones y estudios, no dejó de encontrar en esta dura y fuerte tierra española a muchos compatriotas suyos que doctrinaban hijos de nobles, de burgueses o de altos funcionarios, parejos en la emulación de su educación erudita y renacentista. La moda lo exigía, además, así. Variable era naturalmente la valía y la situación social de estos italianos. Muy buscados en aquellos años, esconden los más, tras su fingido desdén por la pobreza del ambiente español, sus instintos mercaderiles y sus escaseces materiales. Cataldo Parisio escribe a Marineo Sículo sobre las necesidades de su familia. En triste competencia han de disputarse los discípulos y el propio Marineo Sículo, no obstante su excepcional significación y valimiento, ha de defender de las argucias interesadas de otros maestros a un hijo de Francisco Almeida, fugado de la casa del docto italiano, a quien, al cabo, le devolvió Federico Enriquez. En otra ocasión tendrá que lamentarse de que Luis Sánchez le haya sustituido con

(9) *Opera...* Sevilla, 1511.

su compatriota Sisamónio. A veces, sus haberes se retrasaban, aunque procediesen de caudales reales¹⁰. El mismo Marineo cobró por la mediación del tesorero real Juan Velázquez, los atrasos que le llegó a deber la Reina doña Juana. Los más eran bien retribuidos. Lucio Flaminio Sículo, huésped de Francisco de Bobadilla y más tarde catedrático en Salamanca, se muestra satisfecho de su paga en el difícil y calamitoso año de 1503. Pertenece al grupo más afortunado y mejor dotado de los italianos, pues protegido por su amigo Marineo, triunfó en la difícil lectura de Plinio en las cátedras salmantinas, donde quedó hasta su temprana muerte en 1509¹¹.

Los hermanos Giraldinos fueron excepcionalmente afortunados. Ya hemos recordado a Antonio con motivo de su encuentro en Roma con Pedro Mártir. Al llegar a España, nuestro italiano conoció y trató a Alejandro, preceptor de los infantes reales. Con doña Catalina pasó a Inglaterra cuando aquélla casó con Enrique VIII, y fué envuelto por los trastornos políticos y familiares de aquel azaroso reinado. La fortuna le había sido propicia hasta entonces, pues ya en 1496 recibía el Obispado de Voltoria, en Nápoles. Cuando el 5 de julio de 1509 lo libertó Enrique VIII de sus prisiones, pasó a Holanda al servicio de Margarita de Saboya. Pedro Mártir ha sostenido con él una correspondencia frecuente durante sus primeros años españoles.

De todos estos italianos, la personalidad más fuerte, el más docto humanista y escritor más valioso fué, sin duda, Lucio Marineo Sículo. Traído a España unos años antes que Pedro Mártir, en 1484, por el almirante don Fadrique Enriquez, logró rápidamente que la propia Universidad de Salamanca le ofreciese dos cátedras, la de Poesía y la de Oratoria, desde las que contribuyó a la labor restauradora que de la latinidad llevaba a cabo el gran Nebrija. No fueron precisamente cordiales sus primeras relaciones con el combativo gramático y, cuando Marineo tiene noticias de la llegada a España de su antiguo condiscípulo Pedro Mártir, se apresura a lamentarse con él del mal trato recibido de su compañero de claustro. La contestación de Pedro Mártir me parece insustituible documento, no para esta pequeña disputa entre doctos y rivales eruditos, sino para ayudar a comprender la psicología de su autor. Buen conocedor de la vida se muestra cuando aconseja a su compatriota que no olvide que, frente a Nebrija, él será siempre un extran-

(10) VERRUA: *Preceptori italiani in Spagne durante il regno di Fernando il Catolico*.—Adria, 1906.

(11) MARINEO SÍCULO: *Epistolae familiares*. Lib. X. NICOLÁS ANTONIO: *Biblioteca Hispana Vetustis*, II, 366.

jero. Todo es favorable al más fuerte y éste es Nebrija. *Periculosum est vasi vitreo cum marmoreo globo conflagere. Ne apem, quae lacesentem subito mordens se ipsam interimit, imiteris* ¹², y, al cabo, la astucia sería su mejor defensa. Pedro Mártir no la desconoció, pues no inútilmente había crecido en la Italia de Maquiavelo y tenido por amigos y compañeros a los Sforza. Pudo aprender, y en la mejor escuela, las artes del disimulo y de la falsía, porque en ningún tiempo ni en ninguna patria se había sacrificado más completamente al dios del éxito, el honor de la palabra dada, el servicio leal al amigo o al superior y el concepto moral de la nobleza de intenciones y propósitos.

Su estancia en la corte española le permitió conocer la excelencia de aquellas armas que él mismo recomendaba: *tutius vitam agit sospita vulpecula quam ursus hians* ¹³. Y para perfilar la silueta de su escéptica filosofía de la vida, hojearemos otras de sus epístolas a Marineo. No hay términos medios en las relaciones de los hombres: *Memini me tibi fallor idem consilium prebuisse ferendo sed ac plaudendo in alienis praecipue terris esse vincendum* ¹⁴. Digamos en su honor, que en su larga vida de cortesano español no siguió su propia doctrina. Sobre todo al final de sus días, más parecía severo y hasta enojoso censor que complaciente adulador de Reyes y poderosos.

(12) *Epístola XXXIV.*
(13) *Ibidem.*
(14) *Epístola LIV.*

III

Difícilmente podría haber llegado Pedro Mártir a la corte castellana bajo mejores protectores. Su señor, don Iñigo de Mendoza, volvía de una embajada felizmente concluída y otros Mendozas ocupaban sobresalientes puestos en el reino. El milanés quedó satisfecho de la acogida de los Reyes: *me autem benignissime sunt allocuti* ¹. Había venido atraído por su nombradía y nada podía serle más grato que quedar en esta tierra de España, escribe a su amigo el Obispo de Astorga.

Debía acompañarle fama de poeta; lo había sido en su juventud y lo recordaba con gusto cuando escribiendo a su amigo Bartolomé Scandiano, Nuncio en la Corte española, añoraba la temporada pasada en Rieti con el Obispo de Viterbo, Francisco M.^a de Scellonibus, huyendo de los calores y de la peste que infestaba a Roma ², y los había dedicado, después, a otros amigos como Teodoro de Pavía, Ascanio M.^a Sforza y el Cardenal Arcimboldi ³. Hay breves fragmentos métricos intercalados en dos cartas suyas: una al marqués de Mondéjar y la otra a su amigo Marliano ⁴. Más tarde editó una colección de Epigramas. Su valía poética debió ser estimada en mucho, pues Nebrija, nada benévolo en sus juicios, lo juzga como el mejor poeta, en latín, entre los extranjeros que entonces vivían en España ⁵.

El foco de los estudios humanísticos por aquella época era Salamanca. Los saberes y las doctrinas se justipreciaban en aquellos círculos científicos, y una multitud de estudiantes venidos de toda España alzaba o derribaba prestigios docentes, llenando o abandonando las aulas de los maestros famosos. Algunos de éstos invitaron a Pedro Mártir a visitar el famoso estudio. Gutierre de Toledo, sobrino del Rey, y Pedro Ponce, jurisconsulto ilustre, a quien ya él conocía por haber pasado una

(1) *Epístola IV.*
(2) *Epístola XIV.*
(3) *Epístola XX.*
(4) *Epístola DLIII y DLXXXI.*
(5) SCHOTT: *Hispaniae illustratae*. Francfort. 1603. I. 79r.

temporada en Mondéjar, el señorío de Tendilla, no lejos de Pozo de Almoquera, patria de Ponce.

Pedro Mártir emprendió su viaje desde Guadalajara, probablemente acompañado de Gabriel de Mendoza, el piadoso deudo de su señor. Su primera carta desde Salamanca es una buena prueba de la capacidad expresiva de este escritor, de su familiaridad para describir, suelta y elegantemente, los más diversos sucesos. Bajo un temporal de agua y nieve llega a Salamanca. Del espanto y de las molestias de aquel horroroso viaje ⁶ le compensa sobradamente la acogida que se le hace. Entre los primeros visitantes que acuden a saludarle está su antiguo condiscípulo Lucio Marineo Sículo. Hubiera querido conversar con él espaciosamente: un tropel de visitantes lo impidió. Cuando pudo preguntarle sobre su situación en la Universidad, llegaba el vicerrector con nuevos amigos. Pedro Mártir renunció a la conversación, y aquella misma noche le escribió una larga epístola consolándole de sus cuitas profesionales ⁷.

La lucha en un medio intelectual tan activo era muy dura. No faltaban mordiscos de los compañeros y, al cabo, Marineo era un extranjero. Las disputas de origen literario o científico degeneraban muchas veces en cuestiones personales. La lucha entre los gramáticos innovadores y los viejos maestros, alcanzaban por aquellos días su mayor acritud. Nebrija había roto el fuego desde su llegada, retando a todos a discutir con él. Cuando advirtieron que sus trabajos desbordaban el campo estricto de la gramática, dentro del cual casi lo toleraban con un despectivo desvío, arreciaron las luchas y se multiplicaron sus enemigos, capitaneados por Ticio, convencido más tarde e incorporado al campo y a la doctrina nebrijana. Pero no era Nebrija un luchador hábil ni dejaba con sus irregularidades de asistencia, con su tiempo empleado en tantos trabajos editoriales y lexicográficos, con su carácter violento y su vanidad de erudito, de brindar fácil blanco a los tiros de sus enemigos. Al fin dejó su cátedra de Salamanca y cuando quiso volver, opositando la vacante de su ex enemigo Ticio, el claustro prefirió a un ayudante casi desconocido, el bachiller García del Castillo.

Cuando Pedro Mártir llegó a Salamanca, Nebrija estaba temporalmente ausente, *delectarum me tamen non mediocriter, quaedam tui simulacra tui nominis scilicet exuscitatores iuvenes eloquentia pollentes, discipuli tibi haud aliter grati quam suo Socrati divinus Plato* ⁸.

Cuando el viento boreal barrió la tempestad de nieve que le tuvo

(6) *Epístola LII.*

(7) *Epistolae LIV et LV.*

(8) *Epístola LV.*

encerrado cuatro días en su hospedaje salmantino, Pedro Ponce, el jurisconsulto amigo de Tendilla, le exhorta a que medite bien sobre la lección que va a dictar y a pensar en la responsabilidad que contrae leyendo en Salamanca. La larga epístola en que cuenta a Tendilla los detalles de su lección ⁹, es una pieza de interés especial.

Por entre la algodonosa retórica del italiano, por entre la frondosidad un tanto contrahecha de su léxico rebuscado, corre un inesperado aliento de ironía. El que ante tantas figuras españolas, ante tantos sucesos históricos o banales de sus largos años en España encontrará, casi siempre, un tono elevado y un estilo enhiesto y casi artificial, el que sabrá cubrir con su fingido asentimiento y aplauso tantos espectáculos cuya intrascendencia o comicidad no podían escapar a su agudo ingenio, ironiza ante el espectáculo de las aulas universitarias salmantinas y ante la crédula ingenuidad del docto Ponce.

A la cariñosa prevención de éste, *me esse Martyre, de quo tanta promiserit, petiturumque dum suggestum ascendero, qui velint profitear respondeo.* Sabía que podría disertar sobre algún tema especialmente conocido, y así, llega a la cátedra casi en volandas por entre aquella multitud estudiantil que en la tarde de vacación de un jueves, llenaba la Universidad, *quom noster sit iste dies, ex suggestu quid velint interrogo. Secundam Iuvenalis satyram Marineus Siculus, que poesim hic profitetur pro cunctis assignat.* ¿Se había convenido entre los dos italianos aquella inocente picardía para burlarse —ambos extranjeros— de pequeñas molestias, de inevitables roces con los eruditos españoles? ¿La acogida de los oyentes, a la que él mismo alude veladamente, fué adversa e incubadora de un inolvidable resentimiento?

Estas hipótesis explicarían la irónica suficiencia del relato, lleno, por otra parte, de delicioso pintoresquismo. *Tanta priorum accurrit multitudo ut scholas ingredi minime potuerimus. Doctores plerique ut scholastico militi (quem bidellum vocant) ad iter aperiendum faverent, lanceis ac fustibus se accigunt, inclamitando, minando, percutiendo sic via. Capior ego hominum cervicibus et ad suggestum pensilis feror cuculatus unus, Gometius a Toledo . . . Alfonsusque Acevedus archiepiscopi compostellani filius et inferiores alii plures e multitudine semisuffocati efferruntur, crepidae innumerae, pilei non pauci, amituntur . . . hora tertia iam me arguente que prolixus essem, duo iuvenes, ut moris est, pedibus terram perfricant improbantur a senioribus; prosequar orant, perfecto quod inceperam capite, venians, descendo.*

(9) *Epístola LVI.*

Cuando el 15 de octubre escribe a su gran amigo Fray Hernando de Talavera, informándole, a su ruego, de la impresión que la Universidad le había hecho, estamos otra vez ante el circunspecto humanista: *Novas Athenas, novumque Senatum, me vidisse opinatus sum. Urbem vidi, severis Catonibus ac Licurgis, integerrimisque Solonibus refertissimam. Apollinis educationem; Esculapiique progeniem eminentissimam inveni. ¿A qué precio se podrían pagar tales grandezas? ¿Sed quid ego haec? favos apibus, piper venetis mercatoribus, Arabicis thura sabeis vendio? Tu ista adamussim sensisti quondam, didicisti in eadem ipsa academia et docuisti, nunc perfectus et consumatus ista exerces, Reges instruis, ut deo pleni, charitatem amplectantur*¹⁰.

A Pedro Mártir no le interesó la Universidad. Nunca enseñó en Salamanca, ni intentó hacerlo cuando Cisneros fundó la gran complutense¹¹. Deseaba triunfar en otros medios, amaba la política y ambicionaba situarse en la corte. Y como la corte guerreaba entonces de nuevo contra los granadinos, él se aprestó a militar en el ejército de Isabel y de Fernando, formando parte de la casa de su señor el conde de Tendilla.

(10) *Epistola LIX.*

(11) No ha sido, pues, Pedro Mártir catedrático de Universidad, como afirma SÁNCHEZ ALONSO: *Historia de la Historiografía española*. I. Madrid, 1941. 402.

IV

Pedro Mártir no improvisaba este propósito de hacer la vida militar entre las tropas que luchaban en las fronteras granadinas. Su visita a la docta Salamanca no debió de tener ningún propósito de estancia definitiva. En mayo de 1488, el mismo año de su visita a la Universidad, informando a su amigo Ascanio María Sforza de las escasas novedades cortesanas, ya le había impuesto del proyecto del Rey para recorrer con un fuerte ejército y partiendo de Lorca, *provintiam quandam, quae civitatem habet Veram provinciae caput*, dejando para otro verano el sitio de las ciudades. Le seguiría la Reina con la intendencia y *ut ego illam comiter, ne laborem irritum sumam, mihi imperatum est*¹.

El propósito se cumplió aquel mismo año y, como veremos, en los sucesivos; pero interesa precisar cuál ha sido realmente la participación personal del milanés en las acciones militares. De una carta suya de aquel año se ha deducido, precipitadamente a mi juicio, el fallo de esta cuestión. Confirmando al conde Borromeo su decisión, le recuerda cómo la Reina ha quedado en las fronteras de Murcia como reserva del Rey, que devastaba las tierras vecinas: *tota curia cum Regina sistente, ne frustra fatigarer, permansit*². Mariejol ha sobreestimado tal declaración, juzgando que durante los cuatro años que todavía iba a durar la guerra, Pedro Mártir permaneció invariablemente en el aula regia³.

Las catorce cartas que dedicara a la guerra de Granada no confirman esta hipótesis, aunque no aclaran del todo su figura militar. Con su carta a Arcimboldi de 13 de agosto de aquel mismo año, inicia una sistemática información de los sucesos de la guerra. Sus corresponsales preferidos son Arcimboldi y Ascanio María Sforza, a quienes se dirige alternativamente, sin duda para no repetir las noticias, que ellos a su vez se transmitían entre sí. Al empezar su corresponsalía hace un breve

(1) *Epistola XXV.*

(2) *Epistola XXIX.*

(3) MARIEJOL: *Pierre Martyr d'Anglicra*.—París, Hachette, 1887, 18.

resumen retrospectivo del estado de la lucha. Este resumen ha sido muy probablemente añadido en la reelaboración que la obra ha sufrido, y de lo que trataremos después ⁴. Recuerda los trabajos de los monarcas para pacificar su propio reino, las paces con los vecinos y la demanda al soberbio Muley Hacem para que satisfaga el tradicional tributo al Rey de Castilla. Con buena mirada histórica comprende el desarrollo de la guerra, partiendo de la toma del castillo de Zahara por los granadinos (diciembre de 1481) y de la fuerte réplica castellana de la conquista de Alhama por el marqués de Cádiz. En la siguiente carta, dirigida a Ascanio M. Sforza ⁵, narra la campaña estival de 1486. Las luchas entre los moros granadinos no están momentáneamente suspendidas. Abdicado y muerto Abulhasam, se logra una concordia entre el Zagal, su hermano, y Boabdil, su hijo, y dividido el reinado entre ambos rivales, se conciertan ahora para luchar con los cristianos. A los treinta y cuatro días de durísima lucha, Loja, sitiada por los cristianos y en apoyo de la cual había acudido Boabdil, fué conquistada. Pedro Mártir detalla la participación en los asaltos, del conde inglés Scales. Gravemente herido en el rostro por una saeta, fué retirado moribundo al campamento. Minucioso y cuidado, el relato de Pedro Mártir logra aquí la plasticidad de sus mejores trozos: la cura del herido, su diálogo con la Reina, su marcha a Inglaterra. Tras Loja, caen las fortalezas vecinas, Illora, Moclin, Colomera y Montefrío.

Aunque al contar, en la tercera carta, la campaña del año 1487, ha empezado a hablar en primera persona, *novi anni huius aprilis, Cordoba delectus, aducitur, tenditur ad hostes* ⁶. Por lo que sabemos de la fecha de su llegada a España y por lo que más tarde dirá él mismo en cartas posteriores, se puede afirmar que no ha participado todavía, en esta época, personalmente en la lucha. La de aquel verano fué prolongada y muy fructífera. La minuciosidad del relato es mucho mayor. El ataque a Vélez-Málaga fué largo y difícil. El Zagal valiente y combativo, acude en ayuda de los sitiados y amenaza desde las alturas a las líneas que defendía el marqués de Cádiz. El ánimo del Rey salvó una situación difícil: la ciudad se rinde y el Zagal marcha a Guadix, desconfiando de entrar en Granada, ocupada en tanto por su sobrino Boabdil.

Va a empezar el asedio de Málaga. En el relato no se olvida nada importante: el frustrado atentado contra el Rey, felizmente confundido con el conde Alvaro de Portugal, el elogio de las bellezas de la

(4) V. cap. X.

(5) *Epístolas XXXI, LXI y LXII.*

(6) *Epístola LXII.*

región y de su clima, la rendición y el ardor combativo de Ali Dordux. La población no logró ninguna piedad del Rey; los cautivos cristianos son liberados, y de los numerosos esclavos moros, treinta son regalados por la piedad devota del Rey Fernando al Papa Inocencio VIII.

Terminaba la campaña del año siguiente, es decir, del verano de 1488, cuando Pedro Mártir, de vuelta de Salamanca, se incorpora a la Corte ⁷. Allí debió recoger de los propios autores las noticias de la reciente campaña del Rey por los campos levantinos, de la rendición de Vera y de las villas de su comarca, la muerte del Maestre de Montesa, en una escaramuza tenida con la guarnición de Baza, cuando el ejército cristiano se retiraba hacia Murcia.

Inmediatamente se incorpora en Jaén a las huestes que se reorganizan y preparan para la campaña próxima. Junto a Tendilla es ahora un caballero de los que luchan a sus órdenes. Nada más grato para él que mezclar este servicio a Marte con sus habituales trabajos dedicados a las Musas, y variar la monotonía de sus ocupaciones: *quid melle, quid saccaro, fastidiosus?, quisi interdum acrimonia commisceatui? Iustum, igitur, laudabilemque imo et pium hac nostra tempestate Martem complexus sum.* Para ello ha cambiado su indumentaria: maneja la lanza, ensaya el yelmo y piensa vestir la coraza. *Martyr ille, quam tu, trepidus ex amore vehementi, tanquam in duro agone certantem suggesta Salamantino concionantem togatum intuebaris quondam, nunc praetextatus lanceam, enseque tergít, apparat, vibrat...* escribe, satisfecho de sí, a su cordial amigo el vicerrector salmantino Ponce, recordándole su recientísima lección en Salamanca ⁸.

Desde ahora ya no queda duda. Participa personalmente en la campaña, y sus narraciones serán las de un testigo presencial: *ad ex-leges nanque in castra miles cum rege profectus sum, propterea quae videro iam, non quae audiero, habebis* ⁹, promete a su amigo Sforza en junio de aquel año de 1489.

Se había preparado un gran ejército en Jaén y el Rey Católico lo revista en Sotorgordo a fines de mayo. A los tres días, Pedro Mártir está en campaña. Mientras el Maestre de Santiago estaba detenido ante Zújar, a donde se había llegado después de atravesar el Guadalentín,

(7) La última carta escrita en Salamanca lo fué el 30 de Septiembre de 1488 (LVIII). La siguiente está fechada el 15 de Octubre de 1488 en la Corte, que entonces debía estar en Valladolid o Plasencia (V. GALÍNDEZ DE CARVAJAL: ob. cit. 274). El 13 de Diciembre ya está con los Tendilla, en Guadalajara (LXV).

(8) *Epístola LXVI.*

(9) *Epístola LXIX.*

se tienen noticias de que tampoco Freila ni Baza se avienen a la rendición que le proponían los caudillos cristianos. Y el conde de Tendilla, y con él Pedro Mártir, salen contra ellas. El relato adquiere una gran viveza, no hay disgresiones ni reflexiones retóricas. Los sitiados vacilan ante la ballestería real y ante las nuevas fuerzas que trae Tendilla. El peonaje muy numeroso y servido por abundantes recuas, logra establecer un paso al valle, se comienza el ataque y aquel mismo día el conde podía volver victorioso al real de Zújar. A los habitantes de Freila y a los de Becor se les dejó marchar con sus familias a Baza.

Fernando anhelaba llegar a ella. Desde el mismo campamento de Zújar había enviado mensajeros para reconocer el terreno. El 3 de junio, el grueso del ejército estaba sobre la áspera ciudad. Probablemente la epístola LXX, escrita aquel mismo día a Arcimboldi, contiene el relato más logrado del milanés, en toda la guerra. La ciudad está *in eorum occidentalium collium radice sita, super edito leviter ad ipsa colle*, teniendo al Norte *editulos amigdaletis plenos clivos, ab orientem vastam planiciem*. Al mediodía, amenos huertos, entre los que las avanzadas cristianas escaramucean sin darse cuenta del peligro. Pronto están arrepentidos, porque *intra irriguas, fossas, maceriesque, multiplices ac rivo- rum innumeros giros atque arborum densitate, ita nos irretitos reperimus, ut magni septi videremur, quam repiremur*. Los moros atacan con ardor, mandados por un jefe capaz, el renegado Zafargial, y sólo la pericia del Rey evitó una gran derrota. Allí quedó muerto Zafargial, que era cristiano de nación, y de los nuestros, Juan Luna, caballero aragonés, queridísimo del Rey. Aunque el real se cambió de sitio, sacándolo de la insidiosa huerta, no se hizo sin nuevas luchas. La situación era difícil, por la amenaza de encontrarse los sitiadores entre las fuerzas de Boabdil, de Granada, y las del Zagal, de Guadix, si se ponían de acuerdo para atacar a los cristianos. Para dificultar el aprovisionamiento se empieza a asolar la región. Tendilla se dirige contra el vecino Caniles y Pedro Mártir, que lo sirve *semper tanquam Aeneae* ¹⁰, lo acompaña a la escaramuza victoriosa. Un verdadero cerco se ha establecido al fin en torno a la esforzada ciudad, con sus fosos, sus castillos y sus guarniciones de primera línea. El asedio se organiza. La Reina ha llevado hospitales y ambulancias que admiran al italiano: *providum Reginae pietatis invenium est opera precium videre...* Las luchas no cesan, y la posesión de una fuente nos costó cincuenta bajas. Los ingenieros levantaban albergues y chanizos, repostaban mantenimientos, reparaban puen-

(10) *Epístola LXXI.*

tes y caminos, deshechos bajo un implacable temporal de lluvias ¹¹. Pedro Mártir se siente totalmente envuelto por el bélico y duro ambiente, sufre las molestias y los peligros de la guerra y admira el esfuerzo de ambos contendientes, pues si los sitiados luchan *pro fortunis, pro libertate, pro laribus patriis, pro vita*, a los sitiadores la *gloria, quam Hispaniis insitum est a natura stare contra cogebat* ¹². Cuando escribe al Cardenal Condulmario, se imagina tan penetrado del espíritu militar, que piensa no podrá hacerlo con fortuna: *durius quippe mihi est aliquando ac molestius papyrus sulcare quam vibrare hastam* ¹³.

La venida de la Reina, su ayuda constante, aceleró el final de aquella durísima campaña. Se negoció con el Zagal, que estaba en Guadix, y se entró al fin en la codiciada ciudad ¹⁴. Apenas tres días después, el 10 de diciembre, las vanguardias cristianas siguen para Almería. En ellas iba Pedro Mártir junto a su conde de Tendilla y la Reina guardaba la retaguardia. Tomada Purchena, el ejército sufre una terrible prueba de los elementos en la Sierra de Filabres. *Inter nives ac gelum concretos rivus, subdno pernoctavimus. Iumenta pleraque, peditesque non pauci, ea nocte frigore rigerunt atque anima exhalarunt* ¹⁵.

Reorganizado el ejército en Tabernas, numerosas villas se rinden a Tendilla y en aquel mismo campo se encuentran, por vez primera, los dos jefes que tan ardientemente venían luchando desde hace años: el Zagal y Fernando el Católico. Pedro Mártir relata el encuentro con indisimulada simpatía por el valiente moro. Se adelanta con otros caballeros para saludarle. Cuando el vencido se encuentra con el Rey, el italiano no puede menos de tenerle lástima. *Fortunam illi fere condolui; ex-lex erat, ac barbarus, fateor. Rex tamen, atque idem egregius virtute bellica* ¹⁶. Almería no tardó en entregarse, y después de recorrer el duro camino hasta Guadix, la campaña de Pedro Mártir termina en Jaén, en las nonas de enero del año 1490.

Realmente había acabado la verdadera lucha militar, esforzada y peligrosa, de que el sitio de Baza había marcado el peligroso ejemplo. En adelante, tras los combates aislados de la vega de Granada, tras las escaramuzas y los bellos duelos de caballeros de gusto medieval y romanesco, correrán oscuras negociaciones, difíciles y sinuosos tratos. Pedro

(11) *Epístola LXXII.*

(12) *Epístola LXX.*

(13) *Epístola LXXIII.*

(14) *Epístola LXXIX.*

(15) *Epístola LXXX.*

(16) *Ibidem.*

Mártir ha vuelto muy pronto al frente granadino. Apenas terminaron en Sevilla los esponsales de la Princesa doña Isabel con el príncipe don Juan de Portugal, Tendilla recibe la guarda de la frontera norte del ya reducido reino granadino. A su paso por Espejo, la curiosidad del italiano le detuvo ante las armas que Boabdil llevaba cuando fué hecho prisionero en Lucena, y en Baena ante veintidós esclavos dejados por el mismo monarca ¹⁷. Fué a establecerse con su señor ad *Alcalam regalem super nubila in conspectu Granatae erectum*. Desde allí, los capitanes de Tendilla, con los de Martín de Alarcón, que guarnecía Moclín con cinco centurias, y los de Gonzalo Fernández de Córdoba, que mandaba las de Illora, recorrían la Vega trabando frecuentes combates con los granadinos, a quien se mantiene en constante alarma. El mismo Rey viene aquel año de 1490 a la campaña. Las negociaciones, que se renovaban por aquellos días, no debían de desarrollarse armónicamente, pues las tropas cristianas alardeaban por la Vega para mostrar al vacilante Rey de Granada su propósito de intensificar la campaña ¹⁸. Los apremios del Rey Católico para que Boabdil cumpliera los convenios que tenía concertados y en prenda de los cuales había dejado a su propio hijo, no obtienen una contestación definitiva. Boabdil se excusa: *daturum se arcem Alhambram quam ipse possidet pollicetur, coetera si granatensium consensu haud quamquam posse* ¹⁹, y el Rey tiene que anunciarle que su conducta posterior se ajustará al cumplimiento de las promesas granadinas.

Entre tanto, los combates continúan. Unas noches acechan el paso de fuerzas moras, las derrotan y llevan prisioneras a Alcalá; en el otoño queman y talan las mieses, tan cercanas a Granada, que *fractis clamoribus ululatibusque foemineis, inclusi urbi eo casu, nobis audientibus, repletant*. Salen los granadinos y se traban nuevas luchas, cada vez más frecuentes y encarnizadas.

En una de estas escaramuzas ha tomado parte personalmente Pedro Mártir, probablemente en la única. Fué a principios del año 1490, hacia el 15 de enero, cuando Gonzalo de Córdoba y Martín de Alarcón, los adalides inseparables, se aprestan en la Vega, escondidos con dos compañías ligeras, al amparo de unos montículos. Entre las no lejanas ruínas de Alhendín protege su retaguardia un fuerte destacamento, mandado por don Alonso de Aguilar y don Luis Portocarrero. Cuando al ama-

(17) *Epístola LXXXIII.*

(18) GASPAR REMIRO: *Últimos pactos y correspondencia íntima entre los Reyes Católicos y Boabdil, sobre la entrega de Granada*. Granada, 1910.

(19) *Epístola LXXXIII.*

necer, los emboscados se disponen a caer sobre los descuidados enemigos, Pedro Mártir *per tetram noctem errabundus, a cohorte pretoria dixerteram. Illico sese nobis in proximorum collium vertice, circiter centum quinquaginta equites hostiles, praesto in armis offerunt*. Gonzalo de Córdoba inicia la lucha, y mientras ésta alterna con combates indecisos, *praetoria cohors a longe utriusque spectantibus... maturo passu ad nos graditur. Trepidí fugient hostes, ad munita repagulis duo adhuc in accesa nobis oppidula turríta quae germanas apellant sese recipiunt* ²⁰. Recogido el botín, los cristianos se repliegan a sus cuarteles.

Esta es la única noticia que tenemos de sus actividades personales en la guerra, aunque estemos informados de su constante estancia junto al conde de Tendilla. Con él y los demás adalides cristianos ha presenciado la llegada de los Reyes al real y su excursión a La Zubia, para ver la ciudad sitiada. Del combate que en esta ocasión se trava con los vigilantes moros granadinos, nos da una minuciosa descripción en su epístola LXXXIX, recordando el grave accidente sufrido por el Gran Capitán y su salvación gracias al sacrificio de su soldado Quiromeno, que le cede su caballo. Sin el sacrificio de aquel oscuro peón, aquel día se habría frustrado la vida victoriosa del vencedor de Italia.

Aquel mismo año de 1491 no olvidará escribir a Ascanio María Sforza de la fundación de Santa Fe, con cuidados detalles. El incendio del real y el pánico consiguiente, la confusión de los capitanes que acuden a los Reyes —don Fernando se ciñe sus armas, la Reina busca a los infantes *chirographorum archanorum arrepto inter ulnas scriniolo*— se describen prácticamente ²¹. En aquella ciudad, que con sus plazas rectangulares y sus calles regularmente trazadas, perpetuará la memoria de la última campaña de la Reconquista, quedará también un recuerdo personal de Pedro Mártir, quien escribe cómo *rogatu Cifontei comitis... tetrasticon edidi, quo et conditorum nomina et condendae urbis causa, nomenque ipsius ac nominis ratio includuntur* ²² para que se grabe sobre el arco de la puerta occidental del recinto.

De las negociaciones que en tanto corrían para la entrega de Granada, Pedro Mártir no da noticia circunstanciada. Se conduce en ello como todos los demás cronistas, pues es sabido cómo sólo la moderna investigación ha dejado ver, en cuanto la documentación conservada lo permite, las difíciles jornadas de las negociaciones, el esfuerzo abnegado de Hernando de Zafra y la astucia resignada de Abulcasim el Muleh,

(20) *Epístola LXXXIV.*

(21) *Epístola XC.*

(22) *Ibidem.*

oscuro secretario de Boabdil y decisivo negociador de las paces para la entrega de Granada ²³. Pero, como antes, al narrar los sucesos del año 1490, también ahora Pedro Mártir recoge la noticia de nuevos tratos entre los Reyes Católicos y Boabdil como consecuencia de la depresión moral sufrida por los granadinos ante el propósito formal de conquista que revelaba la fundación de Santa Fe, *ut a longe appareret, candido de albore gipso* ²⁴.

La ciudad se entrega al fin y los más íntimos amigos de nuestro escritor van a quedar en ella. Tendilla será su gobernador y capitán general de todo el Reino. Talavera dejará vencer su modestia y ocupará la Sede granadina, iniciando la serie de sus Arzobispos, y Pedro Mártir mismo recibirá una merced de los Reyes que, cerrando su vida militar, *cessante Marte*, le lleve al servicio de la Iglesia.

(23) GASPARET REMIRO: Ob. cit.

(24) *Epistola XCI*.

V

La vida religiosa del Reino recién conquistado y que vivía en una fe distinta y apasionadamente enemiga, exigía una atención inmediata y celosa. Haciendo uso de la Bula concedida por Inocencio VIII, en el año 1484, para la organización eclesiástica de los Reinos que conquistasen, los Reyes Católicos crearon la Catedral granadina y la establecieron en lo que hasta entonces había sido mezquita mayor de la Alhambra: *templum dicte mirae erigitur. Sacerdotum ordo numerusque addicitur* ¹. Entre ellos lo situaron los Reyes, nombrándolo canónigo de la iglesia próxima a crearse. Diríase un momento que esta merced real iba a centrar definitivamente su vida en Granada, dedicándolo, pasadas las turbulencias de la guerra, al culto de las musas.

Antes de que fuese hecha pública la creación de la Catedral, anuncia a su amigo Arcimboldo, Arzobispo de Milán, con frase respetuosa y ferviente: *Ubi Christi nomen ignominis, hactenus iniuriis lacerabatur ibi nunc collitur* ². No era sacerdote, pero es bien conocida la costumbre de otorgar los beneficios eclesiásticos con la obligación de ordenarse dentro de determinado plazo. Y Pedro Mártir se dispuso a cumplirlo. En la misma carta anuncia a Arcimboldo cómo *ego autem per aliquot menses, ut apud sanctum hunc virum, habitum est romuleo in pompiliannum vertam, vitamque novam veterem pelliculum exeundo complectar, in hac urbe ad cuius perniciem pars una fui*.

Pero la noticia es tan concisa, tan en desproporción de lo que imaginamos que aquel cambio debió significar en su vida, que no nos queda duda del valor que tenía para Pedro Mártir. Era una merced real con la que se satisfacían sólo provisional y cicateramente méritos propios, no bastante estimados a juicio suyo. Pero, al cabo, el carácter eclesiástico que iba a recibir parecía en aquellos tiempos compañero inseparable de las letras, por las que él pensó siempre abrirse paso en la corte y triunfar en la vida pública.

(1) *Epistola XCI*.

(2) *Ibidem*.

No mucho tiempo después, en fecha que no se puede documentar, y tal vez en 1505, pasa a ocupar el priorato de la misma iglesia de Granada, dotado con la renta anual de treinta mil maravedís. Es el título que gustará de usar, que aparecerá en la portada de sus Décadas y por el que será conocido entre sus contemporáneos ³.

Aunque no sabemos exactamente la fecha de su ordenación, podemos situarla en los meses de mayo a julio de aquel mismo año, al menos para las órdenes menores, por lo que después hemos de ver. A Pedro Núñez, guarda del Príncipe don Juan, le recuerda la prudencia del Arzobispo de Granada, *sub cuius ductu, sacris initiavi, velim* ⁴. Y al día siguiente, el primero de abril, informa más detalladamente a Gutierre de Toledo, el sobrino del Rey, de sus ocupaciones en aquellos días: *Quid nunc Granatae faciam interrogas? Pro thorace quem me in castris gestare vidisti, lineam (quam dicitis superpellicam) porto. Pro ocreis, talarem vestem, pro lancea pelteque in manibus est horarium* ⁵. Un mes más tarde, Ascanio M. Sforza pudo enterarse por carta de su amigo, fechada en Granada el 30 de julio de aquel año, cómo *meque, ut sacris sub sancti huius viri granatenses antistitis iugo, initiarer, Granatae permansisse, scriptum puto* ⁶.

Sus propósitos no eran tan firmes en cuanto a su permanencia en Granada. Cuando se encuentra entre los muros de aquella ciudadela, que tantas veces había oteado desde las alturas de Moclín o contemplado desde el cercano Alhendín, gustó muy a la manera del hombre del Renacimiento que era, *acrea quippe temperie, quae ad alicuius patriae foelicitatem in primis querenda est*. Condolido todavía de los duros temporales de Baza y de Filabres, admiró que las nieves *in montium cucumminibus adiacentium urbe perpetuae, vix ad milliare sextum ex urbe conspicuuntur, ad urbem vero rarissime descendunt*. Y él, que añora a Venecia, pese a la monotonía de sus aguas, y a Milán, alegrado por su opulenta campiña, no pudo tampoco olvidar los inviernos de Florencia ni los vientos emponzoñados de palúdicas corrientes de su Roma querida. Aquí encuentra como *cedrinis arboribus aureisque malis omnigeneris et amoenis viridariis gaudet. Hortos esperidum emulatur, in vicinis montibus*

(3) La fecha de 1505 para su elevación al priorazgo de Granada la dan los editores del vol. 39 de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, sin decir de dónde la toman (pág. 398). La documentación de la Catedral de Granada no conserva datos de estos años. El primer libro de Cabildos empieza con el acta del celebrado el 28 de octubre de 1510.

(4) *Epístola XCVIII.*

(5) *Epístola XCIX.*

(6) *Epístola CXII.*

insurgunt uberrimi passim colles, ac lenes tumuli, vinetis mirteisque passim referti nemoribus odoratisque arbustis, omnia circumvicina suaviter compta, elisios sapiunt irrigantur haec universa ⁷. Pero su voluntad estaba decidida y toda sugestión del ambiente era inútil.

Probablemente sus proyectos para ir a la corte estaban trazados ya desde su misma elevación a la canonjía de Granada. Ya en las primeras cartas escritas desde aquí en 20 de marzo de 1492, anuncia a su amigo Borromeo que *in hac urbe per aliquot menses canonicus inmorabor*, y a Diego Muro, deán de Santiago, le promete que *ibo igitur ad vos quandoquidem vocatus, ut arbitror prope diem* ⁸.

Y esta llamada que parecía esperar, no tardó. Incluso podemos pensar que estaba decidida a pesar de su canonjía, y que este nombramiento se hizo ya con el propósito de que pasase a la corte y sirviera desde allí, según una viciosa práctica de la que aquella época no guardó, por desgracia, la exclusiva.

Es posible que en algún momento vacilase en su esperanza de conseguir un lugar fijo en la corte. Finge estar fatigado de la vida y desear ardientemente entregarse a las letras: *ad assuetas Musas confugio, non ut cuiquam propterea placeam, non ut me oblectem solum, sed ut me fallam*. Y a su amigo Gutierre de Toledo se confiesa atemorizado por la vida cortesana: *sed memisserunt rapior tamen ad curiam; vocor ab amicis fateor, ne credas tanti esse communem hominum amicitiam, ut in manifestam se quis voraginem immergat* ⁹.

No es sincero o está transitoriamente sugestionado por estos meses de quietud y paz en la conquistada Granada, entregado a sus lecturas y recién nombrado canónigo. Porque tres días después abandonaba la ciudad, cuya paz tanto parecía complacerle, para unirse a la corte. Empezaban a cumplirse con ello sus ambiciosas esperanzas y recogía los frutos, paradójicos aparentemente, de su campaña militar. Durante la vida de campamentos y de viajes, con la intimidad que crea la comunidad en el peligro y en las preocupaciones, el espíritu ágil y cultivado de aquel italiano prendió en la amistad de nobles y altos funcionarios. Sin ninguna historia política ni militar, sin obra escrita de importancia, aquel extranjero cambiaba sus cartas con las primeras figuras del Reino, se dirigía al Príncipe don Juan y a la propia Reina. A sus naturales

(7) *Epístola XCIV.*

(8) *Epístola XCV.*

(9) *Epístola XCIX.*

dotes de simpatía y sociabilidad, debió de ayudar su superior formación cultural, su instrucción refinada, que se imponía a la mayoría de aquellos caballeros menos cultivados, más curtidos en las lides de la guerra que en las lecturas de los clásicos.

Su adscripción a la corte no tendría al principio una situación administrativa suficientemente definida. El había dicho a sus amigos que se le llamaba para maestro de los hijos de la nobleza y así fué efectivamente, como veremos, pero el nombramiento que algunos meses después recibía, fué de *contino* de los Reyes. Lo nombraron éstos el 2 de octubre de aquel año, con el haber anual de treinta mil maravedís ¹⁰. Y con ello lo unían a los oficiales de la corte.

De todas maneras, se dedica, desde luego, a la enseñanza de la juventud noble. A fines de junio de aquel mismo año anuncia a su amigo Ascanio M. Sforza: *In curia igitur sum; Reginae, quae bonarum artium cultrix est, imperio Hispanis optimatibus ludum aperii literarium, ut Atheniensibus Socrates, ut multis Plato*. Era demasiado. Esta vez la satisfecha vanidad del italiano había sido arrastrada demasiado lejos por el sistemático juego de los recuerdos clásicos. Y pudorosamente añade: *diversi longe praeceptores, diversi etiam discipuli* ¹¹.

La educación en las letras de éstos era imitada de la que recibían los príncipes y de la que la misma Reina se complacía en seguir todavía. Un bastardo del Rey, Alonso de Aragón, estaba confiado al cuidado de Lucio Marineo Sículo; los Giraldinos, ya recordados antes, adoctrinaban a los infantes reales, y el príncipe don Juan, el malogrado heredero de los dos Reinos, era alabado por su educación literaria. Años más tarde, Juan Luis Vives celebrará los saberes de las infantas Catalina y Juana ¹².

El método de la enseñanza era bastante homogéneo y continuaba, en lo esencial, la tradición de la pedagogía clásica. El maestro no es especialista en determinadas materias, ni siquiera un gramático o lingüista excelente. Se intentaba mantener el tipo complejo e inestable del ayo o preceptor que viviendo en casi comunidad con sus alumnos, los adoctrinaba tanto en letras divinas y humanas cuanto en hábitos sociales, gus-

(10) Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. XXXIX. 398.

(11) *Epistola CXII*.

(12) *Opera Omnia*. 1782. IV. 82.

tos y educación cortesana: *cum namque rarissimum sit in vestra fortuna, latinis litteras, egregiosque mores, vosque utramque dotem magnifacere aperte cognoscamus...* recordaba Pedro Mártir a sus discípulos Alonso de Silva, hijo del conde de Cifuentes, y a Pedro Fajardo ¹³. Muy frecuentemente los alumnos vivían con el maestro o visitaban su casa para ser aleccionados, como aquella multitud de la que se enorgullece Pedro Mártir: *domum habeo tota die ebullentibus procerum iuvenibus repletam* ¹⁴. Se comenzaba la enseñanza con la de la gramática latina repitiendo la lección oída al maestro, *quibus cum docui grammaticae precepta ex meo instituto pertractent* ¹⁵. Ya entonces se habían simplificado los textos gracias a los esfuerzos de Nebrija, en los que le seguía el propio Marineo Sículo, asistido de la repugnancia de los alumnos a los grandes y difusos volúmenes de los gramáticos ¹⁶.

Los textos literarios eran el complemento de estos rudimentos gramaticales. A Cicerón, *De Officiis*, leyó con Pedro Mártir el hijo del duque de Alba ¹⁷, y otros no desdeñaron sus *Discursos* ni dejaron de recordar el segundo libro de la *Retórica*. Otros años, los textos comentados por el milanés eran de los poetas latinos.

Esta era la parte lingüística de la enseñanza, pues probablemente Pedro Mártir ni supo ni enseñó el griego. El elogio de Aristóteles en el recordatorio emocionado del Príncipe don Juan, no debe engañarnos ¹⁸. Probablemente su propio maestro Pomponio Leto era *grecorum ignarus* ¹⁹; mas lo que nos confirma respecto a la insuficiencia de Pedro Mártir en la lengua helénica es que cuando uno de sus más constantes discípulos, Luis de Mendoza, el marqués de Mondéjar, hijo de Tendilla, quiso aprender el griego, aprovechó la estancia en Granada del humanista holandés Nicolás Clenardo, para seguir, en unión de su hijo, sus enseñanzas ²⁰. Si en una carta a Arcimboldi ²¹ se habla en forma equívoca de unas cartas griegas, la alabanza de otro amigo que conocía esta

(13) *Epistola CCIV*.

(14) *Epistola CXV*.

(15) *Ibidem*.

(16) *Epistolae*. Lib. I, pág. 4.

(17) *Epistola CLIV*.

(18) *Epistola CLXXXII*.

(19) *SABELLICUS: Epistolae*. Lib. XI.

(20) *Epistolae*. 1606. págs. 39 y 83.

(21) *Epistola LXIV*.

lengua nos hace pensar que estimaba en mucho esta habilidad porque no la poseía ²².

La enseñanza se completaba con nociones históricas, especialmente de la vida de la Iglesia, cuya significación siempre sobresaliente, adquiriría en aquellos siglos, cuando el Papado participaba con su poder material en las luchas civiles y militares, una decisiva importancia. *Tu ergo qui ex nostra officina liras mediocres exhaustisti, quid ex studiosa veterum autorum lectione repereris, ecclesiae disertoribus accidisse, si videris ancipite edicito* ²³ recuerda al duque de Guimaraes y de Braganza, su antiguo discípulo, y al marqués de los Vélez lo hará de la especial circunstancia de haber sido frecuentes los cismas y las perturbaciones heréticas en los tiempos de los Pontífices que llevaron el nombre de León, *ut alias per exempla innumera tibi tuoque condiscipulo enarravi* ²⁴.

Las deducciones obtenidas de las lecturas de los textos clásicos no eran sólo lingüísticas o literarias. Para un hombre del Renacimiento, la creación artística del mundo antiguo no significaba la realización de una fórmula estética agotada tras una vivencia más o menos larga, sino la concreción de un conjunto vital completo cuya repetición era siempre —y debía ser— posible. Por su calidad era, además, digno de imitación. Un círculo cerrado de vida tenía, pues, sus principios morales. ¡Con qué devoción recuerda Pedro Mártir al conde de Cabra la grandeza moral de Catón, a quien *natura formavit honestum, gravem, temperantem, magnanimum, iustum, excelsum, denique ad omnia virtutum genera* ²⁵. Y qué diversa la naturaleza de César según se ve en Salustio, en aquel Salustio que era la predilección de su discípulo ²⁶.

Y los que bajo su férula fueron pasando en los largos años de un magisterio que sólo tuvo fin con el de su vida, se formaron en las letras latinas, en la elegancia de los textos clásicos, en el refinamiento espiritual. Cuando empezó a educar a los primeros nobles, advirtió que *opinio de literarum studiis falsa est, obliterabitur; existimabant nanque nobilitas atque absurde arbitrabatur, militari disciplinae, literas adversari* ²⁷. Pudo

(22) La sospecha de Bernays (Ob. cit. 2, 3), de que sea una adulación, no tiene fundamento serio.

(23) *Epístola CCCCLXXV*.

(24) *Epístola DCCXXIII*.

(25) *Epístola CXLVI*.

(26) *Epístola XLIX*.

(27) *Epístola CII*.

decir más tarde que sus discípulos *litteras non esse impedimento militiae, uti falsi illi fuerat a maioribus imbibitum, discere iam incipiunt* ²⁸.

La trascendencia difícilmente ponderable, pero cierta, de esta labor de Pedro Mártir, reside en la calidad de los alumnos, la mayor parte de la nobleza de su época. A ellos se ha dedicado desde que salió de Granada, aunque el nombramiento oficial de maestro de los caballeros de la Corte sólo se lo otorgaba la Reina por cédula de 15 de diciembre de 1502 ²⁹. Pero el hecho de que en documento del año 1501 se le diese de pasada tal denominación, prueba que Pedro Mártir ejercía desde antes su magisterio en la corte.

Allí fueron discípulos suyos don Juan de Portugal, duque de Braganza, el duque de Villahermosa, don Alonso de Silva, don Pedro Girón, el conde de Cabra, don Iñigo de Mendoza, Pedro Fajardo, hijo del adelantado de Murcia y contador de los Reyes Católicos don Juan Chacón y nieto del comendador y señor de Casarrubios del Monte, don Gonzalo. A la muerte de éste había heredado la casa de su madre, doña Luisa Fajardo ³⁰, este discípulo de Pedro Mártir, a quien los Reyes dieron en 1513 el marquesado de los Vélez ³¹, y de quien pudo decir Marineo Sículo que fué *vir undequoque conspicuus, litteris scilicet, armis et omni generis virtutis* ³². También siguieron las mismas enseñanzas el marqués de Priego ³³, don Pedro Hernández de Córdoba y, muy constantemente el hijo del conde de Tendilla, el segundo marqués de Mondéjar, don Luis Hurtado de Mendoza, que desde muy joven servía en Palacio a los Reyes y que después había de lograr brillantísima carrera, heredando los cargos de su padre en Granada, dirigiendo la caballería en la jornada de Túnez, en 1535, cuando fué gravemente herido, siendo Virrey de Navarra, gobernador de España en la ausencia de Felipe II a Inglaterra para sus bodas, Presidente, en fin, de los Consejos de Castilla y de Indias ³⁴. Con él mantuvo Pedro Mártir continua e interesantísima correspondencia, a la que hemos de referirnos con frecuencia.

(28) *Epístola CXIV*.

(29) GALÍNDEZ DE CARVAJAL: Ob. cit. 284 y 320.

(30) *Colección de Documentos inéditos*. XXXIX. 399.

(31) CASCALES: *Discursos históricos de Murcia*. 229, b.

(32) CLEMENCIN: Ob. cit. Ilustración XVI. 609.

(33) MARÍN OCETE: *Gregorio Silvestre*.—Granada, 1939. 16.

(34) MONDÉJAR: *Historia de la Casa de Mondéjar*.—Ms. Academia de la Historia, 74-12-21-2.

Por admitido se ha tenido siempre entre los biógrafos de don Diego Hurtado de Mendoza, que el gran literato había sido discípulo de Pedro Mártir, como sus otros hermanos. Sus más recientes críticos³⁵ no encuentran una prueba decisiva de ello, aun aceptando su probabilidad, ya que don Diego pudo pasar su primera juventud en la corte, donde residía su probable maestro.

Y este camino de las letras no fué el único que siguió el milanés para amistades múltiples que con él mantenían correspondencia y fueron además, ayudándole para su personal encumbramiento.

En mucho le estimaban los visitantes más notorios de la corte y sus epístolas fueron poco a poco cruzando las fronteras para alcanzar corresponsales letrados o poderosos en la política y las armas. Así, a Luis de Mendoza le recordará aquella intempestiva llamada nocturna a Guiacciardini, el historiador y embajador veneciano en España, para informarle de la elección de León X³⁶. A otro embajador también veneciano, Gaspar Contarini, le enviará una relación de los descubrimientos oceánicos³⁷. Y al fin de sus días, en esta Granada que la visita del César Carlos I convertía transitoriamente en corte imperial, centro de las actividades políticas del mundo en aquel momento, conoció y trató al doctísimo Navagiero, iniciador de Boscán en la métrica italiana en una memorable entrevista. Era por el estío de 1526 y el veneciano le recordará cuando hable de los portentosos y recientes sucesos de las Indias.

(35) GONZÁLEZ PALENCIA y MELE: *Vida y obras de don Diego Hurtado de*

(36) *Epístola DXVII.*

(37) *Epístola DCCLXVI.*

VI

Las circunstancias de la política internacional de los Reyes Católicos iban a brindar a Pedro Mártir ocasión para satisfacer sus ambiciones diplomáticas. No hacía muchos años que había quedado sin efecto su designación de embajador cerca del Rey de Bohemia¹. Ahora puede anunciar a su amigo Carvajal, Cardenal de Santa Cruz, que iba a ser enviado como embajador cerca del Sultán de Egipto².

La relación del viaje y los detalles del mismo no se incluyen en la serie de cartas que forman el *Opus Epistolarum*, pues Pedro Mártir se mostró siempre satisfecho de su gestión diplomática y redactó una relación de su interesante viaje, bajo el título *Legatio Babilónica*, que se imprimió con las primeras *Décadas*. Pero este episodio de la vida del milanés es el único sobre el que poseemos trabajos modernos de la crítica española y podemos llenar así este vacío de los datos biográficos que las cartas ofrecen.

El conocimiento y publicación de los documentos cancillerescos castellanos en que se encargaba a Pedro Mártir su gestión diplomática, resuelven las dudas planteadas por los diversos historiadores que se han ocupado de la finalidad del viaje. "Mucho le rogamos —encargan los monarcas que diga Pedro Mártir al Sultán— que le plega aver mucho recomendado los lugares santos de Hierusalem, e a los religiosos que biuen e moran en ellos y en todas las tierras a él sujetas, y les faga guardar sus preuillejos, segund que los soldanes pasados los fauorecieron, guardaron y bien trataron, y aya por bien que puedan rrehedificar y rreparar los edificios de aquellos santos lugares; e que assy mismo mande bien tratar a los peregrinos christianos, de cualesquier naciones, que los van a visitar, e que les sean guardadas las orde-

(1) *Epístola CLXXXVI.*

(2) *Epístola CCXXI.*

nanças antiguas y mande rreuocar algunas que dis que de nuevo son fechas en su perjuysio; y especialmente prouea que el trujamán Sabatino, que mora en Ramule non les faga agrauio ni desaguado alguno”³.

Aunque no se dice, se deduce del texto que el régimen tradicional en los Lugares Santos se había alterado por decisión del Sultán de Egipto, bajo cuya autoridad estaba por entonces Siria. Y tales sucesos, cualesquiera que ellos fueran, pudieron ser consecuencia más o menos directa de la conquista de Granada y de la conversión y expulsión de los moros. Especialmente fueron muchos de éstos los que salieron de España después de la sublevación que intentaron los residentes en el antiguo Reino granadino, el año 1500. La noticia de estos sucesos iba llegando a Egipto por muchos emigrados que alcanzaron aquel país o que, al menos, quedaron en los norteafricanos vecinos. Enisarios de estos últimos reyezuelos instaban al Sultán a tomar represalias contra los cristianos sometidos a su poder en alguno de sus vastos territorios. Por ello, sin duda, los Reyes encargan a su embajador que “si no vos hablare en como tratamos los moros de nuestros rreynos, no hableys palabra de ello; pero si, por ventura, os dixiere que no han sido bien tratados los dichos moros y que desto tiene algund sentimiento, dezirle eys que la verdad es que ningún agrauio, ni daño, se les ha fecho, ni nos diéremos lugar a que se les ficiese, por que, segund nuestras leyes, no deuen ser agrauiados ni maltratados, estando y biuiendo pacíficamente en nuestros rreynos e señoríos e no faziendo subuersiones ni escándalos contra nuestra fe”.

Es posible que en el ánimo de Fernando e Isabel estuviese más el deseo de evitar males futuros para los cristianos de Oriente y especialmente para los de los Santos Lugares que reparar los ya acaecidos, y que la embajada se encaminase, sobre todo, a explorar el ánimo del Sultán con vistas a toda la política mediterránea y aun a la interior española, muy afectada de la numerosa población morisca que en el Reino vivía.

Y el poder islámico más fuerte en el S. del Mediterráneo eran los sultanes mamelucos. Desde el siglo XIII dominaban en el país del Nilo, al que dieron dos dinastías, la segunda de las cuales reinaba por estos años de la embajada de Pedro Mártir. La victoria de Katib-Bey (1468-

(3) *Instrucciones a Pedro Mártir de Angleria, embajador al Sultán de Babilonia*. Publicadas en *La embajada a Egipto de Pedro Mártir de Angleria*, por Antonio de la Torre, en *Homenaje a Rubió y Luch*. — Barcelona, 1936. II, 446.

1496) sobre Bavaceto II, Sultán de Constantinopla, les aseguró la dominación de Siria.

Las cartas de creencia que los Reyes Católicos⁴ firman en Granada el 7 de agosto de 1501, iban dirigidas al entonces Sultán Kansuh el-Ghuri, todavía poderoso y enérgico jefe de aquel poder político, cuya decadencia, sin embargo, iba a comenzar bajo su mismo reinado. Muy pocos días después, el 14 del mismo agosto, Pedro Mártir emprende su viaje. Diversas cartas todavía recogidas en el *Opus*, jalonan sus jornadas. Desde Granada se había despedido de Pedro Fajardo⁵; el 2 de septiembre estaba en Salsas, el pueblecito leridano⁶, después de haber pasado por Barcelona⁷.

En Venecia, el puerto de las comunicaciones regulares con Oriente, admira la ciudad, visita el arsenal y se informa de la elección del Dogo y de la vida política de la República. Escribe cartas a los amigos y a los Reyes, termina la primera parte de la *Legatio* y se embarca en una de las cinco galeazas que el 2 de septiembre parten para Alejandría.

Un tiempo tempestuoso y vientos contrarios, dilatan su viaje por el Adriático y el Mediterráneo oriental. Muy graciosamente el humanista va evocando los recuerdos clásicos de las islas y paisajes helénicos, que los actuales habitantes han olvidado por completo. Su sensibilidad recordará después las rosas y violetas de Candía, el laberinto de Minos, las riberas llenas de memorias eternas de la Arcadia y del Peloponeso.

Cuando se logró anclar en el Puerto Nuevo de Alejandría, hubo todavía que esperar el permiso del almirante, y en casa de un catalán, Felipe de Peretz, una especie de cónsul para españoles y franceses, aguardó que llegase el salvoconducto para su viaje a El Cairo.

El ambiente no era favorable a un embajador cristiano, pues a las noticias sobre la suerte de los moros en España, se une la efervescencia religiosa producida por las primeras propagandas reformistas de los Seferys. Y todavía, de un país cristiano, Portugal, había sufrido Egipto su reciente derrota naval de Calicut.

En Bulaq, donde desembarcó acompañado de dos mamelucos, encontró, por fin, a Tangaribardino, aquel drogman para quien llevaba cartas de creencia de los Reyes. Pedro Mártir da múltiples noticias de este

(4) *Ibidem* 448.

(5) *Epístola CCXXIV*.

(6) *Epístola CCXXVII*.

(7) *Epístola CCXXVI*.

pintoresco personaje, a cuya beneficiosa intervención se debió el éxito de su embajada. Era valenciano, hijo de Luis Prats, y habiendo naufragado siendo joven, cayó en la esclavitud, al cabo de tres años de la cual renegó y llegó a ser trucidado o intérprete general del Sultán: a él correspondía introducir cerca del Sultán a los embajadores extranjeros.

Al día siguiente de la llegada y concedida la audiencia por el Sultán, atraviesa Pedro Mártir las galerías y tránsito del palacio, que le despiertan el recuerdo de la Alhambra, y llega al fin al tercer patio, donde, sentado sobre un gran tapiz, le recibe el propio Kansuh el-Ghuri. Imaginamos una escena parecida a la que Bellini reprodujo en su lienzo sobre una embajada veneciana ante los mismos sultanes. La presentación de Pedro Mártir terminó felizmente, pero las dificultades aparecieron seguidamente. La agitación contra el cristiano aumentaba, instigada por los enviados africanos. Se difundieron amenazas, y el Sultán, atemorizado, le hizo saber la conveniencia de abandonar la ciudad. Según su propia versión, nuestro autor se negó a aceptar la invitación y con su resuelta audacia y firmeza de ánimo decidió a Tangaribardino y logró obtener una entrevista secreta con Kansuh el-Ghuri.

La oratoria del embajador triunfó plenamente. La política seguida por los monarcas cristianos con los moros de sus reinos, quedó justificada y el poder naval de Aragón en el Mediterráneo debía hacer meditar al vacilante mameluco.

El consejo de los beys, celebrado al día siguiente, se inclinó también ante la conveniencia militar de una alianza con Castilla y Aragón. El temor a la flota de Apulia pudo ser una consideración decisiva y Tangaribardino encargó al embajador español que formulase por escrito sus propuestas. Aconsejado por los monjes de Monte Sión, obtuvo la autorización para que los cristianos reedificaran sus iglesias en Jerusalem, Belem y otros lugares palestinos, y la protección de los peregrinos a los Santos Lugares.

Los trámites cancelarescos para la firma del tratado concedieron al embajador unos días de libertad, durante los cuales visitó el valle del Nilo y los grandes monumentos de la civilización faraónica. Atravesando la ciudad con el alba, Pedro Mártir y sus acompañantes alcanzan las pirámides, que se alzan a su vista de hombres del XVI como el más grandioso enigma de lejanas civilizaciones, tentadoras de su curiosidad despierta. Por la abertura practicada unos años antes por un moro buscador de tesoros, hace entrar Pedro Mártir a algunos de sus

acompañantes. Y esto le permitió intercalar en su relato una descripción de la cámara de los sepulcros y de la cámara de la reina, de interés dentro de su forzosa vaguedad, por la época en que se redacta.

Para un hombre formado en el espíritu antiguo y para quien todavía el Egipto, como las otras civilizaciones orientales, es un terreno inexplorado y por estudiar, los monumentos faraónicos no hacen más que una huella superficial en su ánimo. Más cerca, en Heliópolis, el lugar donde Jesús pasó la persecución de Herodes despierta en él emociones religiosas. Sobre la arena del desierto, no lejos de la maltrecha fuente de la Virgen, de dulce leyenda, el abad de Monte Sión, que le acompañaba, celebró la misa para aquel pequeño grupo de españoles reunidos en torno del embajador de los Reyes Católicos cerca del protector del Islám.

El tratado se firmó en una audiencia de despedida, solemne y cordial. El Sultán regaló a Pedro Mártir una ropa bordada con oro, de la que él hizo sus ornamentos sagrados y que legó, a su muerte, a la Catedral de Granada.

Hasta el 22 de abril esperó en Alejandría para embarcar. Volvía satisfecho de su gestión y creará siempre haber prestado un extraordinario servicio a la causa española. En su mismo testamento recordará “que fué redimir que el gran Soldán no tornase moros por fuerza o ficiese morir con tormentos a los cristianos que estaban dentro de sus señoríos y a los flayres de Iherusalem”.

VII

El 29 de mayo de 1502, la galera de Alejandría en que viajaba Pedro Mártir, entraba en el puerto de Venecia. *Felicioribus suspiciis in Europam regresus sum* ¹, anuncia a los Reyes desde las lagunas adriáticas. Dos frases más para aludir a la salida de Alejandría y, en la tercera línea, Pedro Mártir ya se deja llevar por su temperamento político y, en este caso, un poco por la ambición que hace tiempo le tentaba de desempeñar una embajada en Italia. Por estos años parece ser su ilusión volver a su tierra entre sus antiguos amigos y conocidos, investido de tan noble representación como entonces significaba el apoderamiento de aquella Monarquía y ninguna mejor prueba de su carrera a los ojos de sus paisanos. Avisa a los Reyes Católicos: *elegerunt in principem sibi veneti Leonardum genere Loredanum virum quippe gravem*. El momento era importante para los agitados y cambiantes asuntos de Italia. Si el tratado de Granada (1501) había repartido entre Fernando el Católico y Luis XII de Francia el reino de Nápoles, deponiendo de éste a Fadrique III, no se había logrado una paz duradera. Los franceses habían ocupado Capua y Nápoles y el Gran Capitán, al mando de los españoles, las dos Sicilias, después del largo sitio de Tarento y la rendición de Manfredonia. Pero la suerte de otros territorios italianos como el Principado, la Basilicata y la Capitanata, no se había determinado con claridad en el tratado y los choques entre las tropas franco-españolas recomenzaron. Los franceses penetraban en territorios atribuidos a España. Venecia, neutral, era un poder de importancia casi decisiva en aquel momento. Pedro Mártir se apresura a advertirlo a los monarcas y a recomendar la necesidad de actuar con rapidez cerca de la República y, naturalmente, de tener junto a ella un embajador. Sorprende un poco la franqueza comunicativa con que el milanés

(1) *Epístola CCXXXVII*.

se dirige a los Reyes: *¿Oh, proh me misserum, quid expectabis? quid sospiti istis? nullum hic habetis hac tempestate oratorem ad hunc impetum rescindendum?*

Y claramente, movido tanto de su auténtico amor por España como por su antiguo deseo, insiste: *hunc vel volitando mititte, vel quid in tantum rerum turbini velitis mihi date in mandatis*. Cambiaría él, si se hacía así, la suerte de los asuntos españoles; si no, *res vestras praeceptari magis ac magis in dies...*

Los Reyes no fueron, sin embargo, de la misma opinión. Siguieron en parte su consejo y nombraron un embajador, pero éste no fué Pedro Mártir. Prefirieron un diplomático experimentado para un puesto tan decisivo; quizá temieron enviar allí a un italiano, siquiera les sirviera con la fidelidad con que lo hacía el milanés. Fué designado don Lorenzo Suárez de Figueroa, tercer conde de Feria, que ya había desempeñado la misma embajada desde 1495 a 1499, dando muestras de indudables condiciones diplomáticas, bastantes a satisfacer al exigente Zurita ². No opinó lo mismo Pedro Mártir y lo reprochó a la Reina, apenas llega a Zaragoza, sorteando los peligros de los franceses, que amenazaban a Perpiñán. No se dirige ahora al Rey, sino a la Reina, con quien, sin duda, le une accesible amistad, sin disimular su desencanto ni su descontento. El nuevo embajador no tiene todas las condiciones, a su juicio, necesarias, y hubiera preferido, dice con ruda franqueza a Isabel, *virum qui latinam coleret, vel saltem intelligere linguam*, pues el designado, a su juicio, *inter ignaros litterarum, satis esse gnarum*. *Re: ipse mihi testatus est*, añade, recordando, sin duda, privadas conversaciones cortesanas. Llega a sorprender que el sagaz italiano no haya disimulado más prudentemente su despecho y que deje a su pluma reprochar irrespetuosamente a la Reina, diciéndole: *Hic denuo, ignoscat tua maiestas, vestram iecusavi nescio an audeam dicere, negligentiam, incuriam, appellemus* ³.

Si realmente llegó la carta así a manos de Isabel I, su afecto por el milanés se puso bien a prueba, pues en compensación de la frustrada embajada se le confirmó en una misión cortesana y se le nombró maestro de los capalleros de la corte. La cédula de nombramiento, que se firma en Madrid el 15 de diciembre de aquel mismo año, no tenía, pues, otra finalidad que acreditarle el sueldo de treinta mil maravedís

(2) *Anales* V, 63, b.

(3) *Epístola CCXLV*.

anuales que en ella se le reconocen, pues su enseñanza databa, como sabemos, de diez años atrás ⁴. Su estrecha unión con la Reina se había acentuado también desde antes, pues en esta fecha Pedro Mártir era ya su capellán. No ha quedado prueba documental de cuándo empezó a ejercer este cargo, pero Zurita ya le da tal título hablando de su partida para la embajada de El Cairo en 1501 ⁵.

Si en su carrera diplomática no lograba los triunfos que deseaba, la corte seguía siéndole fiel y, por su mediación, las prebendas eclesiásticas mejoraban su situación económica. No había olvidado nunca el hacerse presente a la corte papal, y en fecha que se ignora, pero anterior a 1514, aquella le concedió el título de protonotario apostólico. Por los mediados del mismo año pretende una prebenda en Italia que tuviese una dotación importante, al menos unos quinientos ducados de renta anual. Por circunstancias desconocidas no llegó a obtenerla, aunque en la corte debió tenerse casi por concedida, pues los Reyes escribían en 8 de julio desde Medina del Campo al Gran Capitán, virrey a la sazón de Nápoles, exponiéndole cómo “el protonotario micer Pedro Mártir nuestro capellán y orador es persona que nos ha tanto servido, que cierto es merecedor de ser por nos favorecido y gratificado de sus buenos servicios: e nos teniendo mucha voluntad a su colocación en la yglesia de Dios para la qual él está dedicado y tiene ya órdenes sacras, como por agora aquí no se ofrezca cosa tal, de que pueda ser proveydo: havemos escrito a nuestro embaxador en corte de Roma, para que, vacando en este nuestro realme (sic) algunas abadías o beneficios assi de los que son de nuestro iuspatronazgo real como de otros cualesquier fasta en suma e valor de quinientos ducados de oro de renta en portado, suplique por ello de nuestra parte a nuestro muy santo Padre en persona del dicho Pedro Mártir. Por ende nos vos rogamos y encargamos que siendo proveído el dicho Pedro Mártir como dicho es fagais dar le posesión de los tales beneficios a su procurador” ⁶.

La prevista posesión de la nonnata sinecura en un procurador permite deducir que las pretensiones de Pedro Mártir no significaban su propósito de abandonar la corte española para volver a su Patria. Con-

(4) *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. XXXIX. 399.

(5) *Anales*, V. 205, b.

(6) Museo Británico. Addi. Ms. 28698. 10. Publicado en Bernays: *Petrus Martyr Anglerius und sein Opus Epistolarum*.

forme a la práctica de la época, trataba de mejorar su posesión y lo lograría acumulando prebendas y rentas sin dejar su puesto en la corte, donde todavía le quedaba un amplio campo de actividad a sus aficiones y capacidades políticas. La esperada abadía no llegó y, tal vez entonces, y desde luego antes de noviembre de aquel mismo año, asciende al priorato de la Catedral de Granada, de la que ya sabemos que era canónigo desde su erección, *regis et reginae beneficentia* ⁷. Más tarde recibía otras sinecuras, pero bruscamente, con la irremediable sanción de la muerte, su carrera y su fortuna pareció que iban a cambiar. El 26 de noviembre del año 1504 moría la Reina en Medina del Campo.

Entregado en Granada el cadáver de Isabel I a la autoridad de Tendilla y Talavera, Pedro Mártir no abandona la ciudad para volver a la Corte, como parecía natural, una vez cumplido el objeto de su viaje. ¿Ha quedado aquí, en la casa que en el Realejo ocupaba fray Hernando, el santo Arzobispo, su protector y amigo invariable desde su venida a España, sólo en atención a su condición de Prior de la Catedral y a sus deberes como tal? En una carta del mes de mayo del año siguiente, 1501, ha dado al secretario Pérez de Almazán una explicación poco clara. Ha aludido a su retraso en ordenarse y al deseo de *eius ductu sacer initiarer* ⁸, pero aparte de lo que antes dijimos respecto a la fecha de su ordenación sacerdotal, debía tener razones más íntimas y menos confesables por el momento, para mantenerse lejos de la corte.

Los asuntos públicos estaban muy agitados. El día mismo de la muerte de Isabel I, el Rey Fernando proclamaba a los nuevos monarcas de Castilla, doña Juana y don Felipe, conservando él la Regencia, en cumplimiento de la disposición testamentaria de la Reina Isabel. La salud de la desdichada doña Juana impedía una sucesión normal de la Corona y el agudo sentido político de Fernando temía que la separación de las dos grandes Monarquías peninsulares reprodujese los disturbios y males que su reinado había conseguido, a fuerza de tales trabajos, extirpar. Entre parte de la nobleza resurgían, al asomo de posibles medros, antiguas ambiciones, que esperaban ocasión de satisfacerse bajo el reinado de Juana, incapaz de una acción eficaz de gobierno, y de Felipe, ajeno totalmente al ambiente y a la tradición nacionales. El marqués de Villena y el duque de Nájera dirigían en España,

(7) *Epistola CCLXXX*.

(8) *Ibidem*.

y en Borgoña el inquieto prócer don Juan Manuel, a los partidarios del flamenco y del cese de don Fernando en la Regencia.

El gobierno del aragonés en Castilla no era tampoco bien visto por los celosos castellanos. La corte, que había rodeado durante tantos años a Isabel, esperaba perpleja el desenlace del pleito dinástico. Pedro Mártir, en su retiro de Granada, también esperaba. ¿Volvería a la corte donde había gozado de una tan completa confianza de Isabel y podría esperar de Fernando un trato semejante?, o ¿se renovarían los puestos áulicos con otras personas de la intimidad del Rey?

En la primavera de 1505, una carta del secretario real Miguel Pérez de Almazán llamándolo a la corte, resolvió las dudas. Pedro Mártir no se hace rogar: unas excusas formularias, una explicación, por obligada, confusa, de su detención en Granada y la promesa de una vuelta inmediata.

A poco de llegar pudo informar ya a sus amigos de Granada, a Talavera y a Tendilla, de la extrema decisión real. Fernando ha concertado con el Rey de Francia su casamiento con Germana de Foix, princesa de sangre francesa, privando así a su inquieto yerno, Felipe el Hermoso, de un presunto y peligrosísimo aliado. Su devoción por la memoria de la Reina, recoge la indignación castellana por un matrimonio impopular y que ofendía el recuerdo de una muerte tan reciente⁹, pero siempre leal, el milanés va a ser en estos últimos años de Fernando de Aragón un excelente colaborador.

Como en ocasiones diversas, el instinto político de Fernando se sobrepuso a otras consideraciones. El disgusto de Castilla no impidió, naturalmente, que ante el tratado de Blois y el matrimonio del Rey, Felipe el Hermoso se mostrase más conciliador. Una hábil carta de don Fernando, que Pedro Mártir reproduce, probablemente con literalidad¹⁰, pareció decidirlo a una concordia. El tratado de Salamanca permitió ganar tiempo al archiduque y, al llegar a España, las dificultades se reprodujeron. Desde que desembarca en la Coruña y gran parte de la nobleza castellana acude a obedecerle, los cambios de embajadas con el Rey católico no cesan. Este busca a quien, por tener relación personal con Felipe, ofrezca alguna garantía de éxito. Cuando, muerto el príncipe Miguel, Felipe había venido para sus bodas con la

(9) *Epístola CCXCIX.*

(10) *Epístola CCXCII.*

maranta castellana, Pedro Mártir era *familiarisimus, nihil benignius*¹¹. Fernando quiso probar, aconsejado de Fonseca, aquella antigua simpatía y Pedro Mártir marchó al encuentro del borgoñón. Desde Ponterrada, por Villafranca, y pasado el Miño, llega a Santiago. En Clunium estaba Felipe. La mediación de su cortesano Claudio de Cilli facilitó la audiencia, y el mismo Cilli, que se muestra conciliador, *quia recti erat iudicii*, guarda las puertas de la estancia. Hábilmente, nuestro autor recuerda al Rey Felipe la acogida que le había dispensado *redeuntem a legatione mea babilónica, anno quo tu princeps haereditarius hic erat*. Y él le hablará, si se lo permite, acogido a su benevolencia y por amor de ser útil en el futuro. Concedida la venia, el milanés expuso los males que se originarían de no llegar a un acuerdo entre los dos soberanos. Se repetirían las desgracias del comienzo del reinado de Isabel, pues la nobleza es inquieta y ambiciosa. *Non intelligo qualis ab eorum famelicis, sis exasurus cruentum, et in mille frustra lacerandum, puto regnum, quod uxorio tibi iure habiturus es*¹².

Analiza razones y ejemplos; el Rey *audivit atentis auribus, auscultavit, mihi gratias egit*.

La entrevista fué, pese a las esperanzas del embajador, inútil. Se concertó, por mediación de Cisneros, el encuentro de los dos Reyes en Villafranca, pero en el último momento Felipe se arrepintió. Al fin se reunieron en Remesal. Con Fernando el Católico venían Pedro Mártir y Lucio Marineo Sículo, leal al monarca que la nobleza abandonaba. Nuestro escritor ha asistido de cerca a la desagradabilísima escena en la que Fernando de Aragón avanza desarmado, con escasísimos soldados, hacia aquel imberbe Felipe, que se rodeaba presuntuosamente de mil soldados alemanes. Los gestos fueron lo suficientemente elocuentes para que Pedro Mártir pudiera conjeturar, a su vista, que las cordiales palabras del aragonés se estrellaban ante los propósitos decididos de su yerno. Aquél solicitó ver a su hija; Felipe lo negó con pretextos.

Se separaron más irritados que antes de encontrarse. La siguiente entrevista en Renedo no fué más afortunada para el Rey Fernando y en presencia de Cisneros, se firmó un acuerdo entre ambos monarcas. Realmente era la renuncia por parte de aquél a toda intervención en Castilla. El Reino queda en manos del joven monarca, tal vez bien inten-

(11) *Epístola CCLXXXIV.*

(12) *Epístola CCCV.*

cionado, pero que, a juicio de Pedro Mártir, *rerum caret experientia* ¹³. El gigantesco esfuerzo de un reinado largo y difícil, le ponía en peligro de perderse y la hija, demente, sin voluntad, sería incapaz de manejar el timón del gobierno.

Fernando salió de Castilla y pasó a Italia, donde encontraría los reinos que Gonzalo de Córdoba le había conquistado. *Apud Ioahannam eius filiam ex ipsius mandato*, queda Pedro Mártir. Enmedio de una corte de flamencos, cruza en el estío de 1506, camino de Burgos, la llanura castellana, de aquella Castilla a la que imprecará, apesadumbrado: *Redibis, o misera Castella, redibis ad pristinam confusionem tuam* ¹⁴.

El reinado cuyas consecuencias tanto tenía Pedro Mártir, terminó con la pronta muerte de Felipe (25 de noviembre de 1506) y la salud mental de la Reina desvarió definitivamente. Cuando dispone el reconocimiento del cadáver del Rey en la fosa de Miraflores, los embajadores estantes en la corte asisten a la macabra ceremonia: Juan Rufo, por la corte pontificia; Andrés Burgense, por el Emperador Maximiliano; Hernando de Herrera, enviado del Rey Católico. Y Pedro Mártir, que desde 17 de diciembre de 1507 era capellán de la Reina con ocho mil maravedís de ración y quitación ¹⁵, con los Obispos de Jaén, Burgos, Málaga y Mondoñedo, *ven aperta utraque capsula... nihil propter hominis quandam formam iacentem*. Comenzaba aquella peregrinación de la Reina por los campos de España, huyendo sombra de mujer y conventos de monjas, celosa que la privasen de sus amados despojos. Aquel caminar que traicionaba el tópico reposo de la muerte, se detuvo en Arcos, primero, y en Tordesillas, por fin; allí vivía la Reina, pero la historia se hacía otra vez en la corte de su padre, en las tierras de Africa y de Italia. De otras lejanas y extrañas empezaba a saber el mundo por pluma de cronistas y de corresponsales.

La vida de nuestro autor no sufrió, sin embargo, cambios sustanciales. Al priorato de Granada se unieron nuevas mercedes reales, quizás porque aquella no era demasiado abundante ni constante en sus rentas. Repetidamente el Cabildo de su Catedral y su amigo el Arzobispo Talavera han utilizado sus buenos oficios cerca de los contadores mayores,

(13) *Epistola CCCX.*

(14) *Ibidem.*

(15) *Colección de Documentos Inéditos. XXXIX. 401.*

del Nuncio y de la propia Cancillería apostólica en Roma, para intentar regularizar la percepción, por la mitra granadina, de las rentas que la Bula de erección le había asignado ¹⁶. Quizá él mismo sufría las consecuencias de aquellas dificultades y retrasos. Se intentó conciliar su ausencia sistemática de su prebenda de Granada con las exigencias de los canónigos y dignidades estantes en la ciudad. Se pensó en que Pedro Mártir renunciase las rentas del priorazgo para que pudiera percibir las algún compañero. Para no perjudicarlo en sus haberes, se solicitó de Roma autorización para imponer sobre las rentas y frutos de la mesa capitular, veinte mil maravedís de renta, como pensión de por vida al milanés ¹⁷. En reuniones posteriores se propuso que la pensión citada se distribuyese en un tercio sobre las rentas y frutos de canónigos y racioneros y dos tercios sobre la mesa capitular ¹⁸. La prebenda de Pedro Mártir había de ser cobrada por Alonso de Campos, quien apoderó también a los representantes del Cabildo, en Roma, para que pidiesen la concesión de la citada renta fija ¹⁹.

Las dificultades continuaron, sin embargo. En agosto de aquel mismo año, el rey escribió al Cabildo pidiéndole que acudiese con su pensión a Pedro Mártir por su priorato con cuarenta mil maravedís. El Cabildo acordó, en 30 de agosto de 1512, que se diesen, en cuanto durase la voluntad del mismo, treinta y cinco mil maravedís con las cargas acostumbradas ²⁰. La protección real y episcopal continuaba sobre Pedro Mártir. En octubre de 1515, el Arzobispo disponía que se le diesen quince mil maravedís sobre los treinta mil que ya cobraba, pero el Cabildo votó negativamente ²¹. Años más tarde intentó de nuevo obtener mejoras en sus rentas del priorazgo de Granada, a cuyo Cabildo comunicó "como se le avían ofrecido ciertas permutaciones para su dignidad del dicho priorazgo e le davan raçonable e buena cantidad de renta en equivalencia", por lo que les suplicaba que "no dando lugar a que la dicha permutación viniese en efecto" le concediesen, al menos, cincuenta mil maravedís cada año. Y que en caso contrario, que "supie-

(16) *Epistola CCCXXXVI.*

(17) Acta del 26 de enero 1512. Libro I de Cabildos de la Catedral de Granada. Fol. 18.

(18) Acta del 6 de febrero de 1512. Libro I. 21, v.

(19) Acta del 7 de febrero de 1512. Libro I. Fol. 25.

(20) Libro I. Fol. 29.

(21) Libro I. Fol. 111.

sen que haría e determinaría de la dicha permutación lo que viese que le cumplía”. Después de una votación empatada, los capitulares resolvieron que se consultase con el Arzobispo ²².

Pero las otras prebendas que la merced real le otorgó no fueron incompatibles con el priorato de Granada. Si sus aspiraciones a una abadía italiana se frustraron, en 1506 le concedía Julio II el beneficio de Renera, en la diócesis de Toledo ²³, por mediación del Cardenal Luis de Aragón y en lucha con otro aspirante, como él, a los sesenta ducados de oro de sus rentas. El mismo Pontífice parece haberle dado opción a otra prebenda, mediante la dispensa de todas las reservas que le obligaron a negociar sus asuntos en Roma ²⁴. En 1515 el Rey Católico le recomendaba para la Abadía de Lorca ²⁵, cuya posesión tropezó con algunas dificultades administrativas, pues el agraciado acudió a Mateo Langue, Cardenal electo, rogándole intercediese por el pronto despacho de la provisión, en la Cancillería pontificia. Es posible que algún otro beneficio se agregase a éste en la misma diócesis. El cobro de sus rentas debió de ser siempre irregular, pues en su testamento se refiere a la inversión que había de darse a los atrasos “de los beneficios que teníamos en la diócesis de Cartagena” ²⁶.

Pero sus aspiraciones se orientaron en estos años hacia la Abadía de Arona, su patria, que no olvidó nunca, cualquiera que hubiese sido hasta entonces su fortuna en la corte española ²⁷. Si los años transcurrían sin que alcanzase una posición definitiva, su vida debía desenvolverse sin grandes dificultades económicas. Tenía de su época el gusto por la riqueza y la suntuosidad en el vestir y en el adorno de su casa. Formado en aquella Italia renacentista tan amante a las comodidades materiales y del embellecimiento de la vida diaria, Pedro Mártir vive, en cuanto lo permiten sus medios, cómoda y hasta un poco epicúreamente. Es posible que su paisano y amigo Lucio Marineo se haya dejado arrastrar un poco por la hipérbole, pero su carta a Pedro Fajardo, aquel marqués de los Vélez, antiguo discípulo y amicísimo siempre de nuestro milanés, vale por muchos documentos. Cuando Marineo, invitado

(22) Libro I. Fól. 296.

(23) *Epístola CCXXXI*.

(24) *Epístola DXLVIII*.

(25) *Epístola DLXIII*.

(26) *Colección de Documentos Inéditos*. XXXIX. 405.

(27) *Epístola CCCLXXXVII* y otras.

por su compatriota, llega a su casa *pueri alii fercula parant, alii abacum struunt*. El visitante, descuidadamente, penetra *Martyris secretorum percupidus mox cubiculum, cuius fores late patebant... circumspiciens oculis ac totum lustrans. Ubi cubiculi angulos et latera omnia satis inspevi, thoro qui sericis ornamentis ac purpura stratus erat accessi. Hic autem ipsum ante thorum et sponsa sub ipsa nimio cultu et ornatu atque arte summa politissime perfecta et elaborata patebat arca*. Sobre un mueble, objetos de plata, *in altero plures compositosque libros*. No pensemos, por las palabras de Marineo, que Pedro Mártir fuese un cuidadoso coleccionista ni un célibe de gustos caseros: *in medio et alia plura maximi pretii male servata omnia et negligentissime custodita*, advierte el visitante, tanto, que se lamentó de haber entrado *miratus cubicularii et aliorum domesticorum negligentiam*. Aquel descuido era una tentación para los ladrones; para Marineo lo fueron, en cambio, los libros abandonados. *Furtim statim legere coepi... perlegere cupientem vocat me Martyr, naturae ut satisfaciamus...* ²⁸.

Lograrlo era proverbial en la mesa de Pedro Mártir. Los más ricos manjares se consumían en ella, y su amigo se regocijará recordándolos: *Nam pavos, turtures, perdices, phasianos, coturnices, turnos, ficedulas, attagenes, metulas et alia omnia ferculorum genera, quibus me satiare consuevisti* ²⁹. En el ambiente de las grandes ciudades italianas de su época, este modo de vida hubiera parecido modesto y se hubiera eclipsado por el de cualquier prócer, sin recordar a Riario y Salutati, pero en la corte española, más sencillamente austera, parecía desusado lujo y grandeza.

No era, pues, extraño que Pedro Mártir pareciese a su amigo *convivantium omnium principem*. La liberalidad fué siempre el mejor camino para las amistades y el milanés podía recordar satisfecho que sus conocidos se dirigían a su casa, para comer, sin necesidad de ser invitados ³⁰ y que lo lograban *non Hispanos modo, sed Lucullum quoque Romanum* ³¹.

Por estos años, asegurada su situación en la corte y mejoradas sus rentas, aumenta su actividad literaria. Nada le impidió una múltiple y variada correspondencia. El continuo viajar de la corte lo lleva por

(28) *Epístolas familiares*. Lib. IV.

(29) *Ibidem*, lib. XV.

(30) *Décadas VII*. Cap. II. 519.

(31) *Epístolas familiares*. Lib. IV.

todos los rincones de España, sin darle apenas una semana de reposo, y si se reconstituye su itinerario, siguiendo sus propias cartas, se completarían perfectamente los *Anales* de Galíndez de Carvajal. Cualquier año que se observe, muestra cómo de posada en posada, Pedro Mártir ha escrito sin descanso, sin corregir sus epístolas, ni sus versos, ni sus historias, que de todo produjo en aquellos años. No se cuidaba de sus ediciones, y las más de sus obras se imprimieron por el celo de amigos y mecenas, viviendo él, las menos, y ya muerto, las más y más importantes.

En Sevilla se imprimen sus epigramas. En Venecia, la *Legatio Babilonica*, con sus poemas y las primeras *Décadas*, que constituyen la más importante obra de Pedro Mártir. Por la novedad de su contenido fué también la primera impresa, incluso fragmentariamente, de todas las suyas y la que mereció difusión y traducciones inmediatas. Cronista fidedigno de cuantas actividades corrían ante su vista, epistológrafo incansable, Pedro Mártir había recogido en sus cartas las primeras noticias del descubrimiento del Nuevo Mundo. Su perspicacia se revela en cómo advirtió pronto que la pequeñez del marco no se compadecía con la grandeza de los sucesos que se avecinaban y se aprestó a dedicarle una obra distinta y especial. Ya en noviembre de 1493 había comenzado, y enviado a su amigo el Cardenal Sforza, una narración bastante extensa sobre el primer viaje de Colón, su llegada a las Antillas, sus tratos con los indígenas, su vuelta a España y el comienzo del segundo viaje.

Antes de un año, al fin del siguiente abril, y apenas nuevas noticias llegaban a la corte, continuaba su narración. Una vez más, el espíritu independiente del escritor le lleva a una radical determinación. A la muerte de Ferrante II de Nápoles, el Papa Alejandro VI reconocía a su heredero Alfonso II, desoyendo las pretensiones francesas a aquel trono. La hábil diplomacia de Carlos VIII de Francia logró el apoyo para su causa, y para más amplias miras sobre un poder europeo en general, de personajes rivales del Papa, Juliano della Róvere, el primero. Ascanio M. Sforza se une a los conjurados, atrayéndose a los Colonnas y decidiendo así la entrada del francés en las tierras italianas el 3 de septiembre de 1494. Pedro Mártir no participó del subido entusiasmo que sus paisanos de Turín, Luca o Pisa, sintieron ante el invasor de su patria, al que recibían con flores y homenajes populares. El no perdonará nunca a su amigo Ascanio M.^o Sforza que haya llevado a Italia a los bárbaros, como él llama a los franceses. Su ardiente patriotismo

era superior a las estrechas circunscripciones políticas de la época. No se siente milanés o veneciano, sino italiano, y los demás pueblos que no alcanzan el estado de cultura de aquella brillante Italia de sus años, están fuera de los términos y de los límites normales de la vida civilizada. Y una amistad trabada en los años juveniles, se rompe por voluntad del milanés.

Con ello, las narraciones de las fabulosas Antillas, de sus pájaros extraños, *anseris sylvestres cygneo candore, capite purpureo*³², de sus habitantes *aurea aetate viventes, sine legibus, sine calumniosis iudicibus, sine libris*, se interrumpió por algún tiempo. Su amigo el Cardenal de Aragón le apremia para que las continúe. Con la facilidad peculiar en su pluma, escribiendo un libro cada día, completa a principios del año 1501 los capítulos de una década, y el 22 de abril puede dedicársela a su amigo, que se aprestaba para volver a Nápoles. Había podido alcanzar en su narración noticias sobre la situación de las tierras descubiertas, el tercer viaje de Colón y su prisión por Bobadilla, cerrándose el relato con un extracto del escrito del fraile gerónimo Román Pane, que después incluiría Fernando Colón en sus escritos.

Las relaciones enviadas a Sforza se difundieron por Italia antes de ser impresas y el Rey de Nápoles conoció aquellos *ascanios epistollares libellos*, que no muchos años más tarde, el 1511³³, se imprimían juntamente con la *Legatio Babilonica* del mismo autor. No se hizo con su conocimiento, aunque no se mostró enojado con el responsable. Mariejol sospecha que fué Marineo Sículo, teniendo por base el contenido de la carta en que comunica a Pedro Fajardo cómo había tomado de la casa de su amigo el manuscrito de una obra terminada y que aquél no se cuidaba de imprimir³⁴. Pese a su declarado apartamiento, el autor solicitó y obtuvo la licencia real necesaria para la impresión, el 6 de octubre de 1511. Para poner al día sus noticias, llevaba un apéndice dedicado al conde de Tendilla.

Completa la primera década, el secretario de Estado veneciano, Angel Trevigiano, la traduce al italiano. En 1504 se imprime en Venecia bajo

(32) *De Orbe Novo*. 7.

(33) *Opera scilicet legationis babilonicae libri tres: Oceani Decas; Carmina, Janus, Inachus, Pluto fureus, et reliqua poemata, hymni et epigrammata; cura Aelii Ant. Nebrissensis.*—Hispani, per Jacobum Crumberger, 1511.

(34) *Pierre Martyr d'Anghera.*—París, Hachette, 1887. 193.

el título ³⁵ "Libretto di tutta la navigazione de Re de Spagna de le isole et terreni novamente trovati", y tres años más tarde se reimprime en Vicenza, dividida en cuatro libros, por los cuidados de Francano de Montalbordo ³⁶. La difusión de los textos martiriales continúa por los más extraños caminos, pues, olvidados paradójicamente los impresores del autor y del primitivo texto, Pedro Mártir reencuentra su propia obra en el torpe latín a que la vertió del italiano Angel Modrignano ³⁷, aunque él creyó que el traductor era Alviso de Cadamosto.

El éxito de las relaciones de sucesos indianos se explica por la extraordinaria novedad del contenido, que satisfacía la curiosidad que los descubrimientos despertaban en toda Europa, y por la riqueza de su información. Solamente estando situado en la corte y cerca de los organismos directores de la política, se podía disponer de las escasas comunicaciones que, en los primeros tiempos, llegaban a España desde las tierras recién descubiertas. Al principio, los asuntos de Indias se reunían en la secretaría de Gaspar de Grizio, pero su volumen aumentaba tan rápidamente, que pronto debió asignárseles un organismo especial. Independientemente de la Casa de contratación de Indias, existió un Consejo Real y Junta de Guerra de Indias, pero no se puede precisar con exactitud la fecha de creación o el comienzo del funcionamiento del Consejo de Indias, posteriormente reorganizado. La fecha de 1511 que le asignó Riol ³⁸ es evidentemente tardía. Antes de esa fecha ha debido de existir ya un organismo semejante, un Consejo al que Pedro Mártir pertenece. En diciembre de 1510 lo ha llamado su amigo Marineo *consiliarius regius*, y en 6 de enero del año siguiente lleva el mismo título, quizá como anejo al de cronista de Indias, que en realidad era ya. Es posible, pues, como supone Bernays ³⁹, que estuviese encargado de la reseña oficial de los acontecimientos ultramarinos y que, con tal carácter, fuese consejero nato de Indias, si bien su nombramiento definitivo sólo tuviese lugar posteriormente. La influencia de Tendilla en la Corte había aumentado con los años, y su apoyo decidido a Fernando de Aragón en su reciente pleito dinástico con Felipe I, lo ha fortificado. Su protección ha podido, pues, asegurar a Pedro Mártir este nuevo empleo

(35) HARRISSE: *Biblioteca Americana Vetustissima*. Ad. 16. 21.

(36) *Ibidem* 36.

(37) *Ibidem* 37.

(38) VALLADARES: *Semanario Erudito*. III. 159. 87.

(39) Bernays. *Ob. cit.* 23, n. 2.

con el cual dispuso ya de todos los materiales para los trabajos históricos. Conocía a los descubridores, conversaba con los marinos y aprovisionadores, escuchaba a los correos o recogía sus relaciones. De Colón ha recordado cómo *scripsit enim ad me praefectus ipse marinus, cui sum intima familiaritate devinctus, sese mihi latissime quaecumque sors ostenderit significaturum* ⁴⁰.

Las Casas reconocía esta situación privilegiada del informador: "A Pedro Mártir se le debe más crédito que a otro ninguno de los que escribieron en latín, porque se halló en Castilla por aquellos tiempos y hablaba con todos y todos se holgaban de le dar cuenta de lo que vían y hallaban, como a hombre de autoridad y él que tenía cuidado de preguntarlo" ⁴¹.

Algunos años después, en 1518, era nombrado miembro honorario del Consejo, según cuenta sabrosamente Las Casas: "En estos días negoció Pedro Mártir, que lo hiciesen del Consejo mismo de las Indias, y así lo alcanzó y lo fué" ⁴².

Como cronista lo tuvo Carlos I desde una fecha que no se puede precisar, pues sólo está determinado que, en 5 de marzo de 1520, el César mandaba a sus contadores mayores que "tenga de nos de ración y quitación en cada año, ochenta mill maravedís los quales hasta en fin del año pasado de quinientos e diecinueve le habemos mandado librar por cédulas particulares nuestras en cada un año, en el licenciado Francisco de Vargas nuestro tesorero y del nuestro Consejo, y de aquí adelante no se le han de librar en él, ni en otra persona alguna, salvo por virtud desta nuestra alhalá en la cual se convierte el dicho salario" ⁴³.

(40) *De Orbe Novo*. Pág. 22.

(41) *Historia de las Indias*. II. 272.

(42) *Ibidem*. Lib. III, cap. 103.

(43) *Colección de Documentos Inéditos*. XXXIX. 400.

VIII

Para la carrera cortesana y la situación personal de Pedro Mártir su confirmación en el cargo de cronista real, significaba que el cambio de monarca no le había sido desfavorable. Favorito de la fortuna, su habilidad y sus dotes personales le crearon pronto amistades entre los círculos próximos a Carlos I. Había muerto Fernando el Católico (1516) y con el marqués de Priego y el conde de Cabra, acompañó su cadáver hasta Granada, para que reposara *eodem quo miranda Helisabetha, eius uxor, iacet sepulcro*¹. La regencia de Cisneros le abrió un interrogante. Nunca había sentido simpatía por la rígida severidad de aquel varón franciscano. Su flexible cortesanía, su educación y su temperamento le inclinaban siempre del lado contrario al de las decisiones cardenalicias. Le repugnaban las soluciones de fuerza, tanto como odiaba el desorden en la vida pública sin que haya que buscar motivos personales en esta actitud hacia Cisneros. Si al llegar éste a la regencia en espera de la venida de Carlos a España, había adoptado medidas financieras y suprimido pensiones cortesanas, había escrito, al mismo tiempo, al Rey para que la de Pedro Mártir fuera mantenida. El milanés urgía a sus nuevos amigos para que la corte lejana y parsimoniosa resolviese la petición. Al fin, acudió a Luis Marliano, médico de Felipe I² y que ahora lo era de su hijo el Emperador. *Nunc ad te scribit: tibi fient omnia plana; quandoquidem tam iusta peto, ac tam debita; quae non Iudaeis, maurisque etiam potuere negare*³. Cerró la epístola con unos versos mendicantes cuyo latín paganizado y mitológico no consigue elegantizar la sordidez de la demanda.

Se le ofreció una nueva ocasión de ejercer sus deseadas funciones

(1) *Epístola DLXVI.*

(2) *Epístola CCCXII*, donde hay un gran elogio del médico milanés, *qui est inter philosophos et medicos lucida lampas*, aunque no logró diagnosticar la dolencia mortal del joven Rey.

(3) *Epístola CCCLXXXI.*

diplomáticas. Los planes de Soleiman, sultán de los turcos, preocupaban en Occidente. Se pensó *de mittendo ad illum oratore sermocinantur consultores regii, quo sub specie salutationis, quos vicinus nostris sit regnis et congratulationis victoriarum, exploretur quid animi habeat, qualesque sint eius copie*. Se le ofreció a él la embajada, quizá recordando la que había hecho cerca del sultán de Egipto, en nombre de los Reyes Católicos. Pero declinó el ofrecimiento. Las circunstancias habían cambiado. *Neque Selimsachus is est qui decipi queat argumentis, est nanque astutus et vaser, neque ea sunt tempora, deest etiam mihi robur illud ad labores perferendos, quatuor et quadraginta tunc annos agebam, octo decem superadditi, vires illas hebetarunt*. Días más tarde: *ad nos reiteratus est sermo, de me ad Selimpsachum destinando*. Repitió sus razones de edad y de salud—había estado enfermo de los riñones— para no aceptar. Pero sospechaba, además, que el oro necesario para el viaje no abundaría y que los subidos gastos correrían sobre el embajador. Al fin fué designado García de Loaysa.

Continuaba su actividad literaria. No desempeñaba cargo oficial de otro carácter, pero en ningún año de su vida cortesana ha tenido ocasión de practicar mejor sus aficiones políticas, su tendencia a la acción y su amor por el recto gobierno de su patria adoptiva. Escribe sin cesar, pero no sólo, como podía pensarse, textos históricos y narraciones de los sucesos de Indias. Vibraba diariamente con los acontecimientos de la vida pública y trataba de intervenir en ellos con su consejo y con su advertencia. Previene los peligros, advierte los yerros, amonesta los deslices y se permite alzar al tono de sus recriminaciones hasta llegar a un exceso de celo, que su buen propósito disculpaba a los ojos de sus amigos. Porque la fortuna volvía a prepararle un camino fácil bajo el César y junto a él se hallaba aquel milanés, su médico preferido, ligado a Pedro Mártir por lazos de parentesco, pues estaba casado con una Angleria⁴. En los tiempos inciertos de la regencia de Cisneros el escritor le había apremiado para que hiciese venir al Rey: *Caroli principis vehementer cupitum adventum pollicemini* aunque el título de Rey, *regina matre vivente, nescio an intempestive. Solent enim, etiam inertes equi calcariibus stimulat, calces in dominum aliquando excutere, cui gentium hoc soleat magis accidere quam Hispanis non intelligo*⁵. Es discreto, advierte, no tentar la paciencia de los pueblos.

Otras veces son sus cartas a Marliano, simples noticiarios de suce-

(4) *Epístola DCLXIV.*

(5) *Epístola DLXVII.*

sos en España ⁶ o amistosas y gratulatorias como aquella en que le felicita por su obispado de Tuy ⁷. Hasta su muerte, en 1521 ⁸, ha unido a ambos una constante amistad.

Hacia años, en las Cortes de Monzon de 1510, había conocido a otro italiano, Mercurino de Gatinara *vir italicus meo natalis vicinus. Distat nanque passuum millia tantum duodecim, a Verbanu lacu Gatinera, qui lacus maior apellatur antonomacise, is est literis et rerum experientia clarus* ⁹. Y ahora cuando Carlos I logra ser jurado por Rey de Castilla y de Aragón, venciendo la resistencia de villas y ciudades, la muerte de su abuelo Maximiliano y la decisión electoral de Francfort, le llevan a la dignidad imperial. Mercurino de Gatinara es nombrado gran canciller. En 19 de mayo siguiente el emperador y los altos funcionarios abandonan España por muchos años. Durante ellos las cartas de Pedro Mártir han seguido informando al Canciller de los más salientes sucesos españoles ¹⁰, de las Comunidades y las Germanías, que devastaban y empobrecían al país y, sobre todo, de las tropelías de los flamencos, dirigidos por el señor de Chievres. Como las cartas dirigidas a Marliano estas informaciones aspiraban a llegar a las alturas del César. Con una constancia incansable, denuncia una y otra vez los errores de la administración y los peligros que para la paz pública entrañaban tan continuados abusos. Esta posición adversa a Chievres servía felizmente la posición de Gatinara, representante dentro de la corte imperial del partido antifrancés. Creía que incorporada España a la corona imperial, los intereses de esta eran forzosamente opuestos a los de Francia y que la orientación de Felipe I, aproximándose a Luis XII, era ya inoportuna. Nada tiene, pues, de extraño que Gatinara aprobase y viese con simpatía la resistencia y la oposición españolas a Chievres, cuyo eco eran las cartas de Pedro Mártir. Además veía el canciller en aquella correspondencia un medio de hacer llegar a los círculos españoles, como un moderno servicio de propaganda, las noticias y propósitos de gobernantes, cuya difusión le interesaba asegurar. Acepta las múltiples noticias que le da Pedro Mártir: *Plures habuimus tuas ex Hispania, de rerum ista perturbatione, turbati quippe sumus, sed audi quibus causis ausim ego Caesarem ab ea labe qua incusatur, liberare* ¹¹. Le explica minuciosa,

(6) *Epístola DLXXII.*

(7) *Epístola DLXXIII.*

(8) *Epístola DCCXXIV.*

(9) *Epístola CCCCXL.*

(10) *Epístola DCCLXXVIII.*

(11) *Epístola DCXCVI.*

y no siempre convincentemente, las razones que el emperador tenía para adoptar resoluciones que molestan a los españoles y termina de esta manera, bastante elocuente para comprender el valor que la actuación de Pedro Mártir tenía para la lejana corte imperial: *interim tu vale ac apud tuos Hispanos, quandoquidem non vulgaris es apud eos opinioni ac inominis, tui nostrique regis Caesaris rationem tuere, nostrasque illis causas praeponito* ¹².

A su salida de España el emperador había dejado el gobierno de estos reinos a su antiguo maestro el Deán de Lovaina, Adriano de Utrecht. Junto a este Gobernador prudente y débil, Pedro Mártir ha continuado siendo un comentarista ardiente de la actualidad. La amistad entre ambos se había iniciado años antes, cuando Adriano vino a España, enfermo ya Fernando de Aragón, como embajador de Carlos I. Se le presentó en La Serena, donde el rey había celebrado las navidades del año 1515 ¹³. Ya la enfermedad real mostraba signos de un desenlace funesto y el futuro emperador había confiado a Adriano, poderes amplios y secretos para gobernar los reinos hasta su venida. Mientras el Rey empeora en Madrigalejos, Adriano vive en la no lejana Guadalupe, *insygnem Iheronymorum fratrum coenobium* ¹⁴ y con él Pedro Mártir, probablemente agregado a su séquito, a juzgar por los detalles que da Zurita de sus relaciones de amistad por aquellos años ¹⁵. La ignorancia del castellano por parte de Adriano hacía necesarios los servicios de Pedro Mártir, que este le recordará más tarde, *ob linguarum carentiam, nesciebat enim praeter latine proferre quicquid aut aliam intellegebat e nostris, comes et interpres ac negociorum director* ¹⁵. De ello no puede inducirse que Pedro Mártir tuviese un puesto oficial de intérprete cerca de Adriano.

Su posición cercana a los altos poderes del Estado, le aseguraba una insustituible información para su correspondencia y sus obras históricas. Su personal relación con el gobernador parecía deber unirle al partido flamenco. Pedro Mártir se mantiene imparcialmente sereno ante las agitaciones de la vida española durante aquellos años. Ni su condición de extranjero ha puesto el menor desdén en su pluma, ni su nacimiento italiano y su paisanaje con los consejeros más íntimos del César —Marliano y Gatinara— ha empañado su amor por los intereses españoles. Procura hacer presente al nuevo rey su devoción con la cortesanía

(12) *Ibidem.*

(13) *Epístola DLVIII.*

(14) *Epístola DLI.*

(15) *Epístola DCCLX.*

que los tiempos imponen ¹⁶, aunque una enfermedad le retenía en Madrid, *id est in carpetana regione* ¹⁷, pero en su juicio sobre la política flamenca de los primeros años carlinos y en sus comentarios a sucesos y desventuras de comuneros y agermanados no habría puesto el español más auténtico, un amor tan apasionado y sincero. Vivir en los círculos de Adriano, donde todo comentario sería naturalmente adverso al partido español, ser amigo y protegido de italianos y flamencos y mantenerse fiel a sus propias convicciones, revela un temperamento excepcional y una personalidad recia y entera, poco usual en las altas esferas sociales.

Frente a las depredaciones y abusos de los llamencos, a la rapacidad de Chievres, Pedro Mártir pone su comentario indignado o su burlona ironía. Sabe calibrar las calidades y no le deslumbra el poder del ministro; cuando haya que referirse al coleccionismo de perlas que practicaba Madama Chievres, le llamará siempre, él tan ponderado, la *vieja de Chievres*. Por desgracia, los males no quedaron limitados a este anecdótico tan funesto como pintoresco. Con una mirada que le acusa de buen político, va anunciando los peligros de la política oficial. La situación en Valencia se agrava y la ausencia del rey crea diarios problemas. *Amisurum se regnum illud prudentiores Regi prognosticantur, ni accesserit* ¹⁸. El mismo va a Valencia ¹⁹ pero ya desde antes presume los sucesos: *audivimus Valentinum populum de insurgendo in proceres et nobilitatem cogitare* ²⁰. Recoge toda la gestación de las Germanías, la arrogancia de los gremios, sus primeras peticiones políticas. Su constante clamor llega a parecer indiscreto y ha debido de llamársele la atención. Su carta DCLXII es transparente en su misma anfibología: *Invidiam, ambitionemque et avaritiam aiunt sapientes esse pestiferas et humano generi perniciosas, quia turbatos trahunt animos hominum in diversa vitia sunt quae a bono, iusto et recto divertunt, fateor. Adulationem ego in Regum atriis perniciosorem esse hospitem censeo* ²¹, y más adelante: *est id ministerium a mea natura dissonum. Nullius boni viri officium est adulari*.

Ahora, trasladado a Valladolid, está en la escena misma del drama que va a comenzar. Nada más contrario a su temperamento ni a su sentido de la política. Allí vuelve a ver, en primer lugar, las consecuen-

(16) *Epistola DLXXX.*

(17) *Epistola DLXVI.*

(18) *Epistola DCXLIX.*

(19) *Epistola DCL.*

(20) *Epistola DCXL.*

(21) *Epistola DCLXII.*

cias de la conducta de los flamencos y de la ausencia del Rey. Su desapasionamiento no le oculta las ambiciones de la nobleza, sus rivalidades e incluso sus traiciones. Pero lo más urgente es, para él, poner término a aquella lucha que destroza a Castilla.

El incendio de Medina por las tropas de Fonseca parecía prender en todo el reino. Los representantes de las ciudades y villas organizan un elemento de gobierno, la Junta Santa. Padilla toma el mando militar y una entrevista con la pobre reina, reclusa en Tordesillas, al ser esta conquistada por Bravo, parece dar al movimiento el tinte legal que le faltaba. La ampliación de la Regencia, por la resolución de Carlos I de colocar junto a Utrecht a don Iñigo de Velasco y a don Fadrique Enriquez, resta muchos nobles a la causa castellana. Aunque los regentes habían perdido Valladolid y alguno se refugiaba en Medina de Rioseco, las vacilaciones de los conjurados, la falta de carácter de Padilla y la traición de don Pedro Girón ponen a los comuneros en una situación difícil. Excelente momento para intentar una mediación.

El grupo de cartas que siguen contienen, con otras muchas noticias que en ellas se mezclan con la habitual variedad, minuciosos detalles de la participación que su autor toma en gestiones de concordia y paz entre ambos bandos. Pedro Mártir había quedado en Valladolid y aunque nuestro autor se muestre complacido de no haber seguido a los regentes fuera de la ciudad castellana y de la comodidad y lujo de su aposento, se advierte pronto que los verdaderos motivos de la demora no son los indicados. Aunque cuadra muy bien a sus gestos suntuarios su satisfacción por vivir en el palacio que al comendador Ribera le había sido incautado por la Junta de Valladolid, a causa de su adhesión al regente, es falto de toda lógica pensar que se separó de su amigo, y casi su señor, el Deán de Lovaina, por razones meramente domiciliarias. De más peso debieron ser las que tuvo para continuar en una ciudad que prácticamente estaba en el bando de los rebeldes, que seguía las instrucciones de don Pedro Girón y que tenía constituida su Junta de Comunidad. Por lo que después ocurrió, se está autorizado a imaginar que Pedro Mártir, quedó allí por encargo, discreto hasta el misterio, del propio Adriano, para intentar gestiones de paz o mantener, al menos, contacto con los rebeldes. Su posición de menor responsabilidad, su condición de extranjero, y las opiniones sobre la lucha que exponía continuamente, propugnando una concordia, le señalaban como especialmente apto para unas negociaciones que otros personajes más encumbrados no podían iniciar sin comprometer la autoridad real. Nada podía,

(22) *Epistola DCXCVIII.*

además, agradar más su espíritu pacificador. Ni las murmuraciones de los envidiosos le sacan de la ciudad; el conoce perfectamente la situación de ánimo de los rebeldes y sus mutuos recelos. Pese a la gravedad de sus resoluciones, la propia Junta prohibía el 30 de noviembre de 1520 a su Presidente, don Pedro Lasso, salir de Valladolid. Dos días antes, por lo menos, el milanés tenía establecidos ya contactos con los regentes para intentar una concordia y claro es que lo haría contando con el conocimiento de sus vecinos los junteros, entre los que vivía tolerado, pese a su conocida amistad con los próceres.

A principios de aquel mes y presenciando desde su posada en el palacio Ribera, los grupos de rebeldes que discutían las noticias de la guerra, pudo reconocer entre ellos a dos antiguos conocidos, jefes ahora de los comuneros. Nos cuenta: *Vetere familiaritate in Regina catholica capella cum episcopo Zamorensi et cum don Pedro Lasso a Vega ob consuetudinem apud me cum suggeret una, cum proceribus regnorum, ubera mea literaria fretus; quidquid his fuerit huius fomenti motor ad meum cubiculum utramque accersivi* ²³. Con vivacidad italiana Pedro Mártir les recrimina sus errores y faltas con la autoridad real y su responsabilidad en la desdichada situación de Castilla. Bien dispuestos, preguntan cual podría ser la solución y quien actuaría de componedor entre los enconados rivales. Se acepta la mediación del Nuncio apostólico y Pedro Mártir empieza sus gestiones, en las que se acredita de hábil aunque no afortunado diplomático. El mensajero para sus comunicaciones con el partido real, es su familiar Hernand Rodríguez, que ordenado de sacerdote llegó después a capellán real y a quien su actual señor encargaba en su testamento, la ejecución de su última voluntad. La salida de la ciudad no era fácil; sus relaciones con el Nuncio que estaba en Rioseco, junto al regente, parecían justificar tales viajes. Pero de vuelta de uno de ellos, los guardas se mostraron más recelosos y detuvieron al mensajero. Pedro Mártir acude en su ayuda escribiendo, al mediodía del 28 de noviembre, al Licenciado Bernardino: *Praestantissime. Audiui demandatam tibi esse portarum huius oppidi curam, ne quis exeat introeatque vobis insciis* ²⁴. Mariejol pretende haber identificado este licenciado en la persona del mismo nombre citada por Pedro de Alcocer como espía real ²⁵. El tono de la carta justifica tal pretensión, pues se solicita en ella la libertad del detenido, atribuyendo su viaje a un arbitraje entre la cámara apostólica y el obispo de Mondo-

(23) *Epistola DCCIX.*

(24) *Epistola DCCI.*

(25) MARIEJOL: Ob. cit. 136, n. 2.

ñedo, que se decía confiado al obispo de Cuenca y al propio Pedro Mártir. Pero, después, se declara: *Nihil aduersi potestis a mea expectare familia. Quantum ego sim pacis amator, nosti. Crucior ego multo magis quam vos ipsi, cum videam nauim hanc vestram in tanto discrimine fluctuare ut ista nubila iam tandem conuertantur in serenum opto.* El favor fué concedido y nuestro autor se aprestará a escribir, aquel mismo atardecer, a Bernardino, dándole las gracias y, de pasada, volviendo a insistir. Con razón podía justificarse años después, el licenciado Bernardino ante el Rey “de el buen comportamiento de todos los que sabía ya que eran servidores de vuestra magestad”.

El 13 de diciembre trasmitía Pedro Mártir al Obispo de Oviedo sus buenas impresiones sobre la ansiada concordia. Después de repetir su opinión sobre la guerra, añade: *causas motuum, occultas esse aio, affectus autem tumultuarios in propium regem apertos esse, audior et auscultor, sentio sedere illis animo quae refero, quia me ad rectum tendere intellegunt* ²⁷. En el bando contrario la situación de ánimo era también favorable, pues aceptaron la mediación pontificia. *Nuncio apostolico suadent ut rem aggrediatur, fore ut gloriam assequatur ingentem, si suo ductu res effectum fortietur. Annuit Vianeseus Albergatus Nuncius. Regressus est Fernandus meus cum litteris Nunci quibus sese ofert venturum* ²⁸. Cuando Pedro Mártir se reunió con los junteros y se las tradujo, *ita iunterix ambigunt Cardinalis et Nuncius ad proceres et regnorum arcem, iuncteri ereptam Turdesillas profecti sunt* ²⁹. Pedro Mártir ironiza suavemente: *Sic stamus expectantes iuncterorum sapientem promulgationem, de suo medico Pontificis halitu et Vianesii opera* ³⁰.

Los comuneros no estaban muy de acuerdo sobre la carta del Nuncio y la llegada de Juan de Padilla a Valladolid reanimó los vacilantes ánimos. Aunque los ejércitos enemigos no llegaron a encontrarse en Villabrágima, la reina fué liberada con Tordesillas del poder de los sublevados. En tanto el Nuncio se dirigía a Valladolid para iniciar la mediación. Salen a su encuentro los miembros designados por la Junta y se celebra la primera entrevista, que Pedro Mártir, con buen sentido dramático, esquematiza en este diálogo: *Quid velint, interrogant. Nihil se aliud cupere, inquit, quam Pontificem velle scire an pacem optent. Optare, respondent. Quid velint proceres qui sunt in Turdesillis oppositi,*

(26) *Epistola DCCI.*

(27) *Epistola DCCVIII.*

(28) *Epistola DCCIX.*

(29) *Ibidem.*

(30) *Ibidem.*

o quibus ipse venit percunctantur. Quid vos ad rem tantam moueat, vellet sanctissimus dominus noster cognoscere, quo, re tanti momenti habita, queat aptius me medio regni commodo consulere. Inquiunt ut regni leges seruantur. Ididem proceribus dici debere, aiunt ³¹.

Mientras Hernand Rodríguez va de nuevo al encuentro de los reales, el Nuncio, a quien los junteros no dejan entrar en Valladolid, resuelve abstenerse de toda mediación en tanto se le inflinga tal agravio. Nuevamente ha de intervenir nuestro autor convenciendo a cada uno de los miembros de la Junta. Cuando al fin, el Nuncio es admitido en la villa castellana, los junteros le preguntan: *Qua fretus pontificia potestate valle se nomine pontificis inter eos et proceres tractare, percunctantur*. Se sorprende uno del desenfadado relato del autor y del no menor del Nuncio, pues este contestó: *litteras se habere a Cardinali Medices, qui Pontificatum gubernat mentitur, eas enim ex meo consilio confinxit, ostenditque* ³². A Pedro Mártir le parece tal superchería tan natural que ni le presta un comentario, ni se disculpa por ella. Sin duda a su vista la necesidad justificaba tal decisión. Y Hernand Rodríguez viaja incansable entre Tordesillas y Valladolid, no sin sufrir daños y molestias, *lapidatur miser a pueris, depraedatur a custodibus, mille modis perturbatur. Patiebamur aequo animo casus omnes quia res tanta sicco pede perfici non poterat* ³³. Se consiguió redactar un proyecto de convenio formado con ciento diecinueve artículos, *iusta quaedam, Regi auctoritatem dementia plaeraque, tolerabilis multa, vana etiam nonnulla* ³⁴. Los próceres del partido del Rey no creían que podría obtenerse ningún resultado sino se establecía una negociación directa en el lugar que se conviniese. Cuando el Nuncio salía de Valladolid para presidir la reunión, un incidente con los guardas del recinto frustró definitivamente tan laboriosos esfuerzos. Sospecharon los vigilantes y detuvieron al Nuncio, que sólo al cabo de dos días fué liberado. *Cum spumosa rabie proceribus persussit ne ullo pacto de pace loquantur*.

Así terminó esta negociación para poner fin a la contienda de las Comunidades. *Taliter se gessit bonus Vianesius. Haec fuit Vianesi opera ut instrumenta pacis iam parata discerneret* ³⁵.

Sólo Pedro Mártir obtendría todavía resultados de ella y bien desfavorables. La noticia de las frustradas negociaciones debió de llegar a

(31) *Epístola DCCX.*

(32) *Ibidem.*

(33) *Ibidem.*

(34) *Epístola DCCXII.*

(35) *Ibidem.*

conocimiento de la masa conjurada y envolver a Pedro Mártir y a su familiar en la censura de traidores. *Huius oppidi aegroti consultores lictorem cum notario ac testibus ad me imperatum ut priusquam sol occidat exeam ex oppido, miserunt. Iam proditorem apellant Fernandum Rodoricum, aiunt meo ductu eorum consilia proceribus sub umbra pacis agitantur, detexisse* ³⁶. Pedro Mártir se dirigió a la Iglesia Mayor, donde la Junta se reunía, y valientemente, pregunta por la causa de su destierro, aunque supone que son sus deseos de paz. La acogida debió ser totalmente adversa. Pide que se amplie, al menos, el plazo para su salida y que se ordene a los guardas de las puertas que no lo traten como al Nuncio, dejándolo sacar sus cosas propias. Por toda respuesta, la Junta expidió un mandamiento en el que se ordenaba a los mencionados guardas: *Neque tuis, neque alienis pedibus audiebis exire. Id si tentaveris in quascumque possideas facultates mulctaberis, temporalibusque bonis, si quae habes in Castella, privaberis* ³⁷.

(36) *Epístola DCCXVIII.*

(37) *Ibidem.*

IX

La proximidad de los sucesos que narra y su personal intervención en ellos durante los dieciséis meses de su estancia en Valladolid, no le han hecho olvidar las noticias de los otros acontecimientos que se desarrollan en la extensa monarquía del César. En las cartas de estos mismos años, Pedro Mártir continúa recogiendo cuanto llega a su conocimiento de Italia y del Nuevo Mundo, especialmente. Estas noticias las conoce sobre todo, porque Carlos I "eligiendo a aquel célebre y erudito varón Pedro Mártir de Anglería, primer Deán (sic) de Granada y su embajador al Soldan de Egipto, para que escribiese todos los sucesos de las Indias, y para que lo ejecutase con mayor puntualidad y acierto y supiese todas las cosas de ellas, descubrimiento de tierras y otras nuevas que cada día venían, mandaron al gran Canciller y al obispo de Burgos que los días en que se hubiesen de ver en el Consejo las relaciones de conquistas, descubrimientos y otras, llamasen y dejasen entrar y estar en el Consejo a Pedro Mártir, para que al tiempo de tratar de lo referido se hallase presente, viese y entendiese para que cumpliese mejor con su encargo" ¹.

Después de la edición de sus Décadas, había abandonado nuevamente la redacción de su obra histórica sobre los descubrimientos oceánicos, para reanudarla en 1514, según él, a ruegos del entonces Nuncio en España Galeazo Butrigario y del embajador Veneciano Juan Cursio. Sistematizando las noticias dispersas en sus cartas, termina el 4 de diciembre de 1514 su segunda Década y la dedica al Papa León X. Es posible que esta Década se redactase en dos partes y que la primera se enviase anticipadamente al Pontífice. El éxito de este nuevo relato de los sucesos de Indias fué superior al de la primera. El Pontífice leyó personalmente, después de la comida, la relación de Pedro Mártir ante una reunión de cardenales y ante su misma hermana y sólo el cansancio del lector puso fin a la interesante recitación. Cuando se advierte que

(1) RIOL: Informe que hizo a su majestad, en Semanario erudito, de VALLADARES. III. 159.

allí se narraba el grandioso momento en que Núñez de Balboa, atravesando los límites de Panamá, ha visto brillar ante sus ojos asombrados la inmensidad azul de aquel mar que le parecía pacífico, se comprende la acuciante curiosidad de la corte papal. Agradecidísimo quedaba el autor a este desusado honor y al hacerlo presente a León X, en su carta de 26 de diciembre de 1515, le anuncia el envío de un ejemplar de la *Legatio Babilónica*.

La carta, además, anticipa, que se prepara una edición de las dos primeras Décadas, bajo el docto cuidado de su amigo Antonio de Nebrija; apareció, en efecto, en Alcalá de Henares el año 1516 a expensas del conde de Tendilla y Marqués de Mondejar, el antiguo discípulo del autor. Los sumarios correos de las tierras indianas continuaban trayendo noticias cada día más sorprendentes y venciendo, con ello, los propósitos del autor de no continuar su obra. El descubrimiento de Méjico, su elevada cultura y civilización se recogieron en el *Enchiridión de nuper sub Divi Carolo repertis insulis*, terminado en marzo de 1520, que hoy forma la cuarta Década comprensiva de los viajes de Hernández de Córdoba, Grijalva y Cortés. En la sexta se contiene la conquista de Méjico y los viajes de Magallanes.

En los últimos años se puede decir que el escritor ha prestado una atención preferente a la redacción de las Décadas, a cuya consecución le han instado repetidamente los Papas. A Clemente VII le dedicó la VI y la quinta lo estaba a Adriano VI, aquel Deán de Lovaina, amigo del autor. Su muerte acaeció antes que el escrito se terminase y la obra se dedicó a su sucesor.

Si unimos esta actividad de historiador a la propia del epistológrafo, que nuestro autor no abandonó nunca, podríamos pensar que las ocupaciones puramente cortesanas lo empleaban menos que en los años anteriores. Desde luego, el final de las Comunidades, marcado por la derrota de los rebeldes en Villalar, ha llevado algún cambio a sus relaciones con el cardenal gobernador Adriano de Utrecht y con el Nuncio Albergati, que los escasos pasajes costaneos del *Opus* no permiten perfilar con justeza.

Apenas terminada la guerra y sin esperar siquiera que la valerosa doña María Pacheco rindiese a los Reyes la ciudad de Toledo, los regentes tienen que desplazarse al Norte donde amenazaba un nuevo peligro. La rivalidad franco-española levanta el primer episodio de unas largas guerras con la invasión de Navarra por Francisco I. Los regentes marchan a Logroño, cuyo sitio consiguen levantar sus propias armas y las del duque de Nájera. Pedro Mártir no les acompaña y sólo más tarde

les expresa el deseo de ir a su lado. Había pasado con Adriano los primeros de sus años en España y nada más natural que, tras el paréntesis de la guerra, quisiese volver a estarlo. *Scripti crebro alias, sed paucis ante diebus unas per Luppum. Nunc autem quandoquidem tua reverendissimo Domino iussu sit illum accersiri, quid me iam diutius hic patitur morari. Revoce et ego iam tandem cui esse in oppido amplissimo et auratis atris est per solitudine silvestri, abesse a curia* ². Adriano y el Nuncio se excusan hábil y, un tanto, irónicamente: *Delector et ego tibi que optimo in loco, ornatissimo in atrio quiescat invidemus, procul ab annonae caritate* ³. ¿Habría traspasado los límites de la prudencia y del tacto en las recientes y fracasadas negociaciones para la concordia de los bandos en lucha, incurriendo en el enojo de sus amigos? Tal vez su ardiente deseo de paz pareció inclinarlo demasiado del lado de los rebeldes, frente a la autoridad real que Adriano representaba.

No obstante este evidente enfriamiento de su amistad con el gobernador, Pedro Mártir se dirigirá a él sin demora, cuando en enero de 1522 y de una manera inesperada, Adriano de Utrecht fué elegido Papa. Adriano le contesta con afecto, *Martyrs nostri semper primus memores* ⁴, pero cuidó de disuadirle de que fuese a su encuentro: *Vobis consulimos ut a labore veniendi nos salutatum abstineatis, quia speramus fore ut nos in Castellam vobis propius recipiamus* ⁵.

Pasado un mes y desoyendo aquellas advertencias, se traslada a Vitoria para saludar al nuevo Papa. Había tenido noticias de que al día siguiente se marcharía y no quería en modo alguno dejar de verlo. Aunque se ha declarado dispuesto a no pedirle ningún favor, podemos suponer que la repentina elevación de su amigo a la más alta jerarquía de la Iglesia debió hacerle pensar en su carrera eclesiástica frustrada, en las abadías italianas que no llegaban nunca, quizá en más altas aspiraciones. Su impaciencia no se contiene ante nada. *Ante lucem atrium in eo; id erat Beati Francisci Canobium, ex Oriente aurora prodiit e cubiculo uti est moris a iuventute, rem divinam celebravit. His peractis pedes illi osculaturus sterno me, pedem porrexit cruce fulctum. Sublevato veteris amicitiae memor eblanditur* ⁶. El Papa aplazó toda resolución para cuando llegase a Logroño, y allí volvió a verle Pedro Mártir,

(2) *Epistola DCCXXIX.*

(3) *Epistola DCCXLIV.*

(4) *Epistola DCCLV.*

(5) *Ibidem.*

(6) *Epistola DCCLX.*

pero no debió de ofrecerle claramente un puesto en Roma y nuestro autor se volvió a Castilla: *regressus sum illi terga vertens, nihil ultra salutato, aut venia petita, ipsi soli benedicens ac miserans ab occipite* ⁷. Con todo, Adriano VI no se olvidó de su antiguo intérprete castellano, y apenas llegado a Roma le concedió el arciprestazgo de Ocaña, en la diócesis de Toledo.

Trayendo sobre sus juveniles hombros el peso de las más graves cuestiones europeas, atento a las guerras de Italia, vigilante del francés Francisco y de la pravedad de la secta luterana, Carlos I llegaba a España en julio de 1522. Pedro Mártir empezó a recoger inmediatamente los frutos de sus servicios, de su amistad con Gatinara y de su infatigable ardor por la causa del César. Este le nombró el 25 de septiembre de 1523 conde palatino, su hermano Jorge recibió la misma merced y otros parientes fueron nombrados caballeros del Imperio. A todos se les concedió un escudo de armas que los colocaba, así como a sus bienes, bajo la protección imperial ⁸.

En agosto del año siguiente y al reorganizar Carlos I el Consejo de Indias, atendiendo a sus peticiones, le nombró su miembro. Su condición de cronista de Indias fué el motivo determinante de esta designación, comenta Alonso de Santa Cruz, "no habiendo otras ciencias y cosas que al dicho Consejo pudiesen aprovechar" ⁹. Desde la vuelta del emperador a España, está más unido que nunca a los asuntos de Indias. En aquel mismo año de mercedes cortesanas redactaba su séptima Década, dedicada a narrar la conquista de las Lucayas y las costumbres de las Carolinas del S. Recogía allí el autor importantes noticias sobre la colonización y las fundaciones de los Dominicos en relación con la esclavitud y otras sobre Haití, Cuba y Florida cierran el librito, dedicado al duque de Milán, Francisco Sforza. A Clemente VII lo fué la octava, escrita el año 1525 para narrar el viaje de Garay a Panuco y la descripción de Chiribiri. Se le unieron dos apéndices sobre la cuestión Cortés-Olite y una postrer noticia sobre asuntos de las Molucas.

El espaciamiento de las Décadas a través de tantos años, justifica y explica el método de trabajo que ha seguido el autor. Como en el *Opus Epistolarum*, no hay una recogida sistemática de materiales, elaborados después bajo un pensamiento de unidad. Se van reuniendo noti-

(7) *Ibidem.*

(8) Archivo Stórico Lombardo, XV. 883.

(9) Historia del Emperador Carlos V.—Madrid, 1920.

cias en un recitado común lleno de naturalidad y vivacidad. Con un gran sentido selectivo toma lo más importante, dejando olvidada aquella porción de menudencias que los viajeros consignaban en sus cartas por la natural vanidad de los hechos propios. Y ante las noticias de lejanos paisajes o de extraños mitos, hay en el milanés un auténtico goce de gustador espiritual de novedades, un verdadero impulso de sabiduría. Elige lo que su talento de escritor valoraba como más expresivo, logrando cuadros tan llenos de vida y animación y tan exactos históricamente como los dedicados a la cultura mejicana o a los ritos isleños y a su pueril cosmogonía. Para la comprensión artística de elementos tan dispares le basta la universalidad de su espíritu renacentista, esa extraordinaria capacidad de los hombres de su época para captar y manejar los elementos más heterogéneos, para estimar la delicia de las formas bellas, la profundidad atrayente del pensamiento, al mismo tiempo que para percibir la impresionante grandeza de los fenómenos naturales, con sus provisionales explicaciones causales, y los tentadores caminos de los países lejanos y misteriosos.

Entre la niebla raptante de las informaciones indianas, la aguda mirada del escritor acierta a distinguir la realidad de los acontecimientos: mientras Colón morirá pensando en su camino al Asia y las costas de este continente, que cree tan próximas a España, Pedro Mártir se atreve a declarar: *Insulas Colonus quidam reperit plures; has esse de quibus sit apud cosmographos mentio extra Oceanum orientale, adiacentes Indie, arbitrantur. Nec infitior ego penitus, quamvis sphaerae magnitudo aliter sentire videatur; neque enim desunt qui parvo tractu a finibus hispanis distare littus indicum putent*¹⁰. Como fuente primaria quedan las Décadas con el insustituible valor que le presta su prioridad. Todas las grandes historias sobre América son posteriores. Fernández de Oviedo no escribirá hasta 1526; Las Casas, en 1552, la *Historia e veri relazione della vita e da fatti dei Ammiraglio*, en 1571.

En verdad que parecía justo que el 15 de agosto de 1524, Carlos I encargase a su embajador en Roma, que, pues el P. Luis Figueroa pasaba como obispo a la Isla Española, “dejando el dicho fray Luis la abadía de Santiago llamado Jamaica, a la cual presentaréis de nuestra parte al protonotario Pedro Mártir del nuestro Consejo”. La belleza paradisíaca de aquel lugar, que no visitó nunca, la ha ensalzado a sus amigos con una reiteración y un amor que revelan la satisfacción que sentía con aquella postrera merced real. *Apello foelicissimam, quod ibi sit toto anno fere par nocti dies, quod non horrida vigeat aestas, non*

(10) *Epístola CXXXVI.*

*hyems rigida, quod perpetuis fruatur vere ac automno, ab equinoctio gradus tantum sexdecim et alicubi pauciores distat*¹¹. A aquellas tierras de encanto, que nunca vería, se sentía unido de una manera que quizá la distancia o el misterio hacía más delicadas y quiso dejar huella de su abadiato construyendo allí, a sus expensas, la primera iglesia de piedra, aunque también ayudó el emperador y los familiares del novel abad¹². Todavía en 1688, un naturalista pudo copiar, torpemente por cierto, su inscripción. Sobre la tierra de Indias, que nadie antes que él explicó al mundo occidental, esta inscripción entregaba a la posteridad el recuerdo de nuestro escritor: PETRUS MARTIR AB ANGLERIA, ITALUS, CIVIS MEDIOLANEN., PROTHON. APOST. HUIUS INSULAE ABBAS, SENATUS INDICI CONSILIARIUS, LIGNEAM PRIMUS (sic) AEDEM HANC BIS IGNE CONSUMPTAN TATERICIO ET QUADRATO LAPIDE PRIMUS A FUNDAMENTIS ETRUXIT¹³.

En estos años últimos de su vida, formando parte de organismos consultivos del reino, Pedro Mártir ha seguido a la corte en sus viajes por España. En marzo de 1526, Carlos I contrae matrimonio en Sevilla con Isabel de Portugal, aquella emperatriz de dorados cabellos que ennoblecía un famoso retrato del Tiziano. Los ardores de la canícula empujaron al matrimonio imperial a Granada, a donde llegaba el 5 de junio la brillante y numerosa comitiva real. En ella figuraba Pedro Mártir, que sobre su mula Pardilla y con varios criados y una sumaria y precavida impedimenta, conllevaba los achaques de la vejez y de sus dolencias. Padecía una nefritis que en varias ocasiones se había agudizado y que en 1517 había puesto en peligro su vida. Sin embargo, estas crisis no debieron de dejar rastro de importancia, pues las referencias a enfermedades propias en su numerosísima correspondencia no pasan de cuatro en treinta y nueve años¹⁴, y su buena salud le permitía alcanzar los 70 años. Esta postrer estancia en Granada sería para él una especie de recordatorio de sus años escolares: la guerra en la que había vestido la loriga y a cuyo final cambió su estado por el eclesiástico; los amigos más íntimos, Talavera y Tendilla, ya desaparecidos. Aquí estaba su discípulo Luis de Mendoza, aquel marqués de Mondéjar, corresponsal predilecto para sus correspondencias epistolares.

El pensamiento de la muerte, “no obstante estar sano de mi cuerpo conforme al tenor de mi edad” le tentaba, por lo que “estando en mi

(11) *Epístola DCCCIV.*

(12) *Ibidem.*

(13) EDWARD: *The History of the British Colonies in the west Indias*. I. 166.

(14) *Epístola CCCXCVI.*

seso entero, qual Dios me lo dió..., quiero manifestar mi voluntad sobre aquellas cosas que Dios me ha dado de su fuente de benignidad, conociendo cuán flaca sea la vida humana, cuán peligroso el descuido si alguno muriere sin ordenar su testamento de donde suelen nacer escándalos que agravan las ánimas de los defuntos, lo qual es contra la voluntad de Dios, conforme a su sentencia *Ay del hombre por cuya causa viene escándalo*, determiné ordenar mi testamento en lengua castellana, porque el Dios nuestro señor fuese servido de me llevar en estas partes, pueda ser mejor entendida mi última voluntad de todos”¹⁵. El documento se otorgó ante Juan Suárez, notario público en la Iglesia arzobispal de Granada.

Después de encomendar su alma al Creador, “siendo intercesora la Virgen Santa María con todos los otros Santos”, entrega su cuerpo a “la tierra de donde fué criado y mando que sea sepultado en la iglesia mayor desta cibdad de Granada, en el lugar que está señalado por los señores deán y cabildo della, segund que entre sus mercedes y mí está asentado”. Su buen conocimiento de los hombres, teñido del leve escepticismo que su larga vida le prestó, se puso aquí de manifiesto una vez más, al disponer que “no embargante que los dichos señores por ser su conbenimiento (sic) lo habían de hacer gratis; pero porque lo hagan de mejor voluntad, mando que le sean dados para las denidades, canónigos e racioneros, que realmente a ellos concurrieren, tres mil maravedís, e a los capellanes dos ducados e a los acólitos un ducado, los cuales sean obligados a llevar mi cuerpo a la dicha iglesia y hacer el enterramiento desta manera”.

Regula minuciosamente la cera para su entierro, funerales y misas. Sus preocupaciones suntuarias reaparecen incluso aquí: “Item mando que se dé de vestir a mis criados en esta manera: que se le den lobas no largas hasta la espenilla y sayos y capirotos y caperuzas de paño de a doscientos y cincuenta o de trescientos maravedís la vara”. Había fundado una memoria para que se dijese una misa en la dicha Santa Iglesia de Granada “para siempre jamás después de la misa mayor” y ordenado por patrono de ella a su antiguo criado, aquel activo mediador de las fracasadas negociaciones de Valladolid, Hernand Rodríguez de Sevilla, y a Gerónimo de Madrid, abad de Santa Fe, señalándoles, como a sus sucesores, la remuneración por su trabajo de dos mil maravedís.

(15) *Testamento que otorgó Pedro Mártir de Angleria en la ciudad de Granada a 23 de septiembre de 1526, ante Juan Suárez*. Colección de Documentos inéditos para la Historia de España. XXXIX. 401.

Como hemos notado repetidamente, Pedro Mártir había vivido, si no con lujo, con suficiente holgura y, sobre todo, con generosidad; en cuanto a sus familiares, declara: que “ninguno salió jamás del número de mi familia que no haya llevado algo más de lo que se le debía; que no devo a ninguno un maravedí, de lo qual podrán dar fe los que se hallaren presentes y vivos”, pues “aunque haya vivido liberalmente, de contino he procurado que el gasto no sobrepujase a la renta”.

Hay unas mandas para Martín López de Aguinaga, su antiguo familiar, para el Hospital que Fray Hernando fundó en Loja para redención de cautivos y para Hernand Rodríguez.

El resto del testamento, muy extenso, se dedica a disponer propiamente de su herencia en favor de su familia. Designa por heredero de todos los bienes que quedaren después de pagar las mandas, a Gaspar Rótulo, mercader genovés, avcindado en Almagro. A él le encarga que vaya a Arona, su patria, y procure recuperar los bienes que habían sido de la familia Anglería u otros mejores en su lugar, para que, constituyendo un capital conjunto, sea entregado a Laura de Anglería, sobrina del testador, en cuanto termine su educación con su tío Jorge, que había sido gobernador de Monza en tiempo de Ludovico el Moro. Su padre, Juan Bautista Anglería, después de luchar con el ejército veneciano, había muerto en Brescia en 1516, dejando viuda y cuatro hijas. Cuando Pedro Mártir testaba, habían muerto dos de ellas.

Encomienda también a Rótulo que cuide celosamente del casamiento de Laura con algún joven de Arona o de fuera, pero que vaya a vivir allí, “porque mi intención es que nuestra casa no perezca en aquella villa”. En esta sobrina sueña él con reconstituir su patrimonio familiar, venido a menos, para lo cual ruega a su hermano Jorge que también haga su heredera a Laura. Todavía señaló algunas mandas para su sobrina Lucrecia, monja en Santa Marta de la Observancia. Y de su sobrino bastardo Juan Antonio de Anglería, casado con una hija de micer Francisco Pépuli, según se desprende de la concesión del escudo de armas familiar, antes citada, nada dice el testamento. Ningún descendiente se cita tampoco. La perpetuación de su nombre, hecho apellido por él mismo, en Juan Pablo Mártir Riço, cronista de Cuenca, no está documentado suficientemente, aunque Nicolás Antonio le atribuye una traducción española de las Décadas, que dejó preparada para la imprenta¹⁶.

La previsión testamentaria de Pedro Mártir había llegado a tiempo y quizá las afirmaciones de su buena salud no eran sino cláusulas notariales formularias, pues pocos días después, en los primeros de octubre,

(16) *Bibliotheca Hispana Vetust. I. 755.*

moría en Granada y era enterrado en la Catedral, entonces establecida en la que fué mezquita mayor de los moros, convertida en iglesia cristiana bajo la advocación de Santa María de la O. Para su memoria, el Cabildo hizo grabar sobre su sepultura esta inscripción ¹⁷:

RERUM AETATE NOSTRA GESTARUM
ET NOVI ORBIS IGNOTI HACTENUS
ILUSTRATORI PETRÒ MARTIRI MEDIOLANENSI
CAESAREO SENATORIS
QUI PATRIA RELICTA
BELLO GRANATENSI MILES INTERFUIT
MOX URBE CAPTA
PRIMUM CANONICO
DEINDE PRIORI HUIUS ECCLESIAE
DECANUS ET CAPITULUM
CLARISSIMO COLLEGAE POSUERE SEPULCHRUM ANNO MDXXVI.

El destino quiso llevarlo junto a los restos de su protector en la Corte de Isabel I y su iniciador en la vida sacerdotal, Fray Hernando de Talavera. Las caprichosas mudanzas de los tiempos borraron toda huella de sus sepulcros cuando, sobre el solar de la vieja mezquita, se alzó la actual iglesia del Sagrario.

(17) Ibidem. 373.

X

La colección de cartas de Pedro Mártir se publicó por primera vez el año 1530, en Alcalá de Henares, y se reimprimieron en Amsterdam, por Daniel Elzevirio, en 1670.

Esta edición, más cómoda tipográficamente y, sobre todo, más fácil de encontrar, ha sido la manejada por todos los críticos de Pedro Mártir. En el presente esbozo crítico hemos utilizado, en cambio, la primera. Para el análisis del difícil problema textual de estas cartas y del proceso probable de su colección y edición, es preferible un texto lo más cercano al autor y a la época de su redacción. Las citas van, pues, referidas a la edición del año 1530.

La colección comprende 812 cartas divididas en XXI Libros. La primera aparece fechada en Zaragoza el 1 de enero de 1488 y la última carece de fecha. La penúltima lleva la del 25 de abril de 1526, en Toledo. Los errores tipográficos son abundantísimos, sobre todo en su segunda mitad. Allí el descuido es completo y la numeración salta, a veces, decenas enteras.

Pero un análisis detenido de sus textos muestra una porción de alteraciones, contradicciones, errores y repeticiones que exigen un estudio detenido y un intento de interpretación.

Hay errores de fecha fácilmente corregibles por tratarse, evidentemente, de erratas ordinarias. El lugar de la carta en la serie, cuando no su propio contenido, bastan a subsanarlos. La carta LI aparece fechada *decimo kalendas octobris*. Se ha omitido la palabra *quarto*. La carta L estaba escrita el *XVIII kalendas*, la LII el *IX kalendas*. Y además, no pudo trasladarse en un día, el autor, desde Guadalajara, donde según el texto, firmó la del 22 de septiembre, a Salamanca, donde ya lo hace el 23 del mismo mes. La carta se escribió, pues, el 18 de diciembre ¹. Se

(1) La carta LXXXV es de 1491 y no de 1490, pues los sucesos que narra son de aquella fecha y no de la primera. La LXVI es del año 1488 y no del 1489; en diciembre de éste se había tomado Baza y se acercaba el ejército a Alema-

podrían añadir errores de líneas que faltan y otras erratas tipográficas.

Pero otras contradicciones entre la fecha y los hechos relatados en el texto también abundantes, no pueden tener la misma causa. En la carta DCXCV, se relatan sucesos del 28 y 29 de noviembre, aunque estaba ya escrita el 8 del mismo mes, por no citar más que un caso. Habrá que pensar que las fechas de muchas cartas no constaban en el original que ha servido para la impresión, ya que, naturalmente, no ha sido la misma epístola dirigida por el autor a sus corresponsales, sino una copia. El error de algunas direcciones confirma esta hipótesis. Si el autor hubiese dispuesto por sí mismo el original, estos errores serían difícilmente explicables.

En otros casos, los hechos que la carta relata no guardan el lógico enlace con la fecha del documento. Aunque ésta sea una sola, la carta se compone, indudablemente, de varias partes, redactadas en momentos distintos. En la CCIII informa Pedro Mártir al conde de Tendilla de los sucesos de Italia y cómo Venecia se ha unido con Francia para combatir a Luis Sforza, el Moro, y del viaje de César Borgia a Francia, llevando la Bula de dispensa para matrimonio, sucesos todos anteriores a diciembre de 1498 y que, además, eran conocidos en la corte, para que fuesen narrados como novedad en abril de 1499. En este y en otros muchos casos se trata de fragmentos reunidos bajo una sola fecha al ser impresos.

Esos fenómenos de desorden cronológico son más abundantes al final de la colección, en las cartas que tratan de los asuntos de Italia, pero no faltan tampoco en las demás cartas. Y acusar de falsedad el texto de las epístolas, basándose sólo en estas contradicciones cronológicas es desde luego, apresurado. Si nos parece que una noticia se encuentra demasiado pronto en una carta de Pedro Mártir, en relación con la fecha de su acontecimiento, olvidamos los complejos caminos que la noticia ha podido seguir, hasta alcanzar a nuestro autor o a los medios en que vivía.

Muchas noticias son de un contenido muy vario y, además, desiguales en la estimación de las noticias que transmiten. Después de dedicar un amplio comentario a un tema; se alude, como de pasada, a sucesos cuya importancia sancionó el postrer desarrollo de los acontecimientos. Dan la impresión de que estas últimas noticias han sido añadidas de manera complementaria. El tránsito de un argumento a otro se hace brusca-mente, sin cláusulas de enlace.

Conviene, en presencia de este frecuentísimo fenómeno, no dejarse

nia. La XXIX es de 1489 y no de 1490, por las mismas razones que la anterior. La XXXIII es de 1491 y no de 1490, dados los sucesos que narra. La LXXXVIII es de 1491 y no de 1490, según la cronología del contenido.

arrastrar a difíciles conjeturas y análisis un tanto hipotéticos. La heterogeneidad de las Epístolas no necesita, en primer lugar, más explicación que la viveza y naturalidad de su estilo, la abundancia de su correspondencia y la misma variedad del horizonte histórico del escritor. Más sospechosa me parecería una correspondencia donde se ponderase con absoluto equilibrio las noticias —múltiples, contradictorias y muchas veces falsas— que Pedro Mártir recoge en sus cartas. La hipótesis de una ficción textual tendría entonces un más autorizado fundamento.

Mas, junto a estas cartas a cuya explicación bastan estas reflexiones, hay otras muchas que parecen haber sufrido una reelaboración o haber sido concordadas con otras de la serie, o con el posterior —y entonces inesperado o desconocido— desarrollo de la historia o, en fin y más sencillamente, haber sido adicionadas con alguna noticia o detalle olvidado. La DCCLXXVIII comienza con la caída de Rodas, se interrumpe para contar la entrega del castillo de Milán y sólo después continúa refiriéndose a la voluntad de paz del Papa; la interpolación de la noticia sobre Milán es aquí evidente. El mismo fenómeno se presenta en otras muchas: la DCXLI, de 7 de julio de 1519, en la que, después de recordar la reunión de los electores imperiales en Francfort, interrumpe el relato, disertando sobre las fracasadas negociaciones de Montpellier para volver luego a la elección. En alguna ocasión la edición puede testificarse por el cambio de estilo. La carta CXLII refiere las pretensiones de Ludovico Sforza al ducado de Milán y, aparte de inexactitudes procedentes de defectos de información, todo el final de la epístola es un período de gusto muy clásico, añadido indudablemente tras los primeros párrafos.

En ocasiones estas informaciones heterogéneas en una misma carta pueden ser deliberado propósito del autor, para informar a un corresponsal un tanto olvidado, sobre un conjunto de sucesos de fechas muy dispares², a la manera de una ojeada retrospectiva.

Sin excluir la posibilidad de que las ediciones o interpolaciones de párrafos breves lo hayan sido en la misma época de la redacción de las cartas, parece más probable que lo hayan sido cuando fueron impresas y con el fin de llenar vacíos, sólo entonces advertidos o de concordar el texto con otros pasajes de las mismas cartas. Me parecen corresponder a esta última clase las interpolaciones breves, simples alusiones a algún suceso olvidado. Frecuentemente, el autor alude a una demanda de información por parte de su corresponsal, para justificar la interpolación. Esto es visible en la carta DCXXIV, de 4 de agosto de 1518, en la que

(2) *Epístola CCCCXIV.*

contestando a las preguntas de su amigo el marqués de los Vélez sobre la campaña tunecina, interrumpe bruscamente el relato con la frase: *ad legatum venio*. Se trata de las ceremonias religiosas celebradas en Zaragoza el 30 de julio anterior, y de las que ya habló. Creo que el sistema de intercalación o adición, cualquiera que sea la fecha en que ésta se llevó a efecto, está perfectamente marcado. Las frecuentes ocasiones en que el texto se lamenta del retraso de los correos y, por consiguiente, de su retrasada o defectuosa información, no deja de ser muchas veces un recurso para insertar una adición ³.

Este injerto de relatos de procedencia distinta no es, además, ajeno a la técnica de nuestro narrador. En las *Décadas* abundan los ejemplos de estas transiciones y cambios de temas, probablemente porque se tejían, también allí, relatos ya redactados o porque se añadía una noticia a un texto anterior. Los consabidos enlaces se repiten también allí, *ad aliam veniamus* ⁴, *ad castellanos redeamus*. Entre las *Epistolae*, las *Décadas* y la *Legatio* hay también otros contactos. Se advierte que algunas cartas que tratan asuntos de Indias han sido redactadas sobre el texto de aquéllas. Esto ha podido ocurrir en el momento de ser compuestos ambos textos, pero nada impide que se hayan utilizado los textos narrativos preexistentes para completar la colección de las epístolas en el momento de ser impresas.

Aparte de las numerosas cartas que presentan señales de interpolaciones y adiciones, las hay también añadidas, por completo, a la serie primitiva, es decir, que han sido redactadas e intercaladas al imprimirse el *Opus*. Hay algunas que no contienen relato alguno de importancia y parecen destinadas a llenar un largo espacio de tiempo, al que no se refería ninguna información de la serie. La carta CCCCXLV, de 1 de noviembre de 1510, no contiene ninguna noticia que la justifique y se destina a llenar con ella todo el último trimestre de aquel año, sobre el que la colección no contenía ningún informe. Sólo expresa el propósito, por cierto no cumplido, de emplear en lo sucesivo los nombres castellanos, en vez de los latinos, de las antiguas ciudades castellanas.

Esta declaración tiene desde otro punto de vista, aquí intrascendente, especial interés. *Ne te aut eorum quem piam ad quos meae pervenerint, confundam, monemur ut delucide scribamus*. El texto está redactado pensando en otros lectores que no son el destinatario. Tenemos, pues, que aceptar que no se trata de una colección de cartas privadas reunidas después para ser impresas y con ello nos enfrentamos con la cuestión

(3) *Epístola CXLIV*.

(4) *Década I*, cap. 4, 44.

esencial desde el punto de vista crítico-textual. El propósito de que las cartas representen un texto informativo de los sucesos históricos está probado, claro es, con el hecho de su publicación, pero ante éste es preciso preguntarse cómo se ha preparado la edición, en qué momento y por quién.

Los críticos de Pedro Mártir han contestado de diversas maneras a estas cuestiones y han valorado, por tanto, la significación heurística de manera algo diferente, aunque no tanto como parecía exigir la divergencia en la respuesta, según veremos ahora.

La utilidad para la historia que, según declara la portada de la primera edición, ha motivado ésta, se acepta plenamente por autores como Prescott, que ha utilizado las cartas como base informativa para su conocidísima *Historia de los Reyes Católicos* ⁵.

Ranke representa el primer intento crítico profundo y minucioso del *Opus Epistolarum* ⁶. Según el famoso historiógrafo alemán, estamos en presencia de una obra totalmente reelaborada, que no se ha escrito ni en el lugar ni en la fecha en que se pretende. Tan radical juicio se basa en una personal interpretación de las singularidades textuales que ya hemos señalado. Para Ranke las cartas forman una historia completa, para lograr la cual han sido modificadas y completadas en cuanto ha sido preciso. Como no puede dejar de reconocer la condición de auténticas de muchas de las cartas, concluye que una primera revisión ha sido hecha cuando aun no estaba terminada la colección; la primera parte está, por ello, mucho más interpolada que el final, pues éste ya se había redactado con una finalidad preestablecida.

El *Opus Epistolarum* es para Gerik ⁷ una crónica que ha adoptado la forma fingida de cartas para acrecer su crédito entre los lectores. Lanzado a esta posición extremadamente negativa, Gerik acepta, sin embargo, que tal supuesta crónica ha sido redactada sobre un diario del autor y sobre algunas cartas. Estas serían las propiamente privadas, que se han retocado al imprimirlas y su número disminuye al final, porque, en su opinión, la obra pudo quedar incompleta al morir el autor.

Aunque más adelante advirtamos los fundamentos erróneos de la tesis de Gerik, anticipemos ya su dificultad inicial. No hay que inferir la falsedad de la obra porque ésta haya sufrido una reelaboración, siquiera haya sido tan radical como pretende Gerik. Tal refundición es casi imposible materialmente. Las cartas salen de la pluma del autor en los

(5) Barcelona, 1845.

(6) *Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber*. Berlín, 1874.

(7) *Das Opus Epistolarum des Petrus Martir*.—Braunsberg, 1881.

intervalos de sus continuas ocupaciones cortesanas y docentes. ¿Ha dispuesto de tiempo, en estos años últimos de su vida, para rehacer obra tan voluminosa? Modificar cartas antiguas, añadir otras, escribir muchas de nuevo, y concertar sus noticias, intercalándolas en otras preexistentes para que los sucesos posteriores vengan a confirmar su capacidad de escritor y sobre todo de político, es un esfuerzo que carece de sentido. El *Opus Epistolarum* no es además, una obra de tesis. Ningún propósito tendencioso se advierte en su lectura. No se trata de demostrar nada, ni de desvirtuar una campaña militar, el sentido de un reinado, ni siquiera el perfil de un monarca. Mucho menos, apenas habrá que decirlo, mantener una posición ideológica, un sistema de conjunto de principios morales o filosóficos. ¿A qué fines serviría, pues, una tan difícil y laboriosa falsificación?

El error de Gerik como el de Ranke, procede, a mi juicio, de su concepción un tanto rígida de la fuente histórica y a su excesiva desvalorización del sentimiento humano en su elaboración de aquellas. No es posible aceptar la idea de una obra, del tipo de las epístolas de Pedro Mártir, redactada con un pensamiento rígido y una voluntad de verdad y de celo histórico rectilínea. A los naturales desvíos del autor de sus propósitos iniciales, se une, inevitablemente, la lógica alteración de sus sentimientos y pasiones, las tendencias variables, humanamente hablando, de su espíritu. La obra resultante será, pues, todo menos un bloque homogéneo, de una lógica rígida, de una posición personal inmutable ante los acontecimientos, como si toda pasión hubiese podido ser eliminada y toda apetencia espiritual o temporal vencida.

La posición de Heidenheimer ⁸ es más comprensiva y fundamentada. Los errores de fecha o de contenido que encuentra en el texto determinan en él minuciosas hipótesis justificativas o, al menos, explicativas. Advierte la coincidencia entre las noticias de la obra y las demás fuentes contemporáneas y, aceptando el hecho de que las cartas han sido muy retocadas al formarse la colección, atribuye al editor muchos de los errores que en la datación se advierten.

Debemos a Mariejol, el conocido historiador francés, el único trabajo de conjunto sobre la personalidad de Pedro Mártir. Su tesis doctoral sobre el milanés, uno de sus primeros trabajos históricos, no muestra todavía las excelentes condiciones de investigador del profesor de París. Con el característico buen gusto de la escuela francesa su pintura de la vida de Pedro Mártir se lee sin cansancio; su documentación es la suficiente, aunque no se haya agotado, a mi juicio, el gran filón autobio-

(8) *Petrus Martyr Anglerius und sein Opus Epistolarum*.—Berlín, 1881.

gráfico que son las epístolas. Los capítulos críticos acusan cierta ligereza. Muchas cuestiones de la historia española a las que las heterogéneas cartas se refieren, son enjuiciadas sin el suficiente fundamento. Se va con demasiados juicios previos a la interpretación de nuestros años imperiales y se manejan las fuentes históricas con una graciosa flexibilidad, que sin llegar a la falsedad, deforman, no obstante, el perfil auténtico de aquellos siglos. Las cuestiones críticas sobre la formación y edición del *Opus* y, en consecuencia, sobre la fijación y valoración histórica de su texto, están apenas rozadas. Mariejol cree sencillamente que las cartas han sufrido modificaciones poco profundas y que los errores que se han deslizado son atribuibles al editor ⁹.

Si el trabajo de Mariejol ofrece las características del gusto francés, tenemos en el más moderno, pese a su fecha, de los trabajos dedicados al *Opus Epistolarum*, una representación justa del método histórico alemán. J. Bernays estudió en 1891 las cartas del erudito milanés y esbozó los principales sucesos de su vida. Bernays ha utilizado ampliamente las conclusiones y los trabajos anteriores y los ha completado con un auténtico esfuerzo personal. La parte biográfica es muy breve y se anota en los pasajes y en los documentos conocidos. La crítica textual está realizada con esa paciencia erudita y ese esfuerzo exhaustivo de la moderna historiografía. Aunque el trabajo no se refiere más que a las cartas, en apéndice se estudia más ligeramente la *Legatio Babilónica* y las *Décadas de orbe novo* ¹⁰. En conjunto tengo a Bernays por el mejor crítico del *Opus Epistolarum*, aunque creo que todavía se ha dejado arrastrar demasiado por la radical posición de Gerik, en cuanto a la valoración de los errores del texto. A sus concretas opiniones sobre este extremo vamos a referirnos repetidamente en lo que sigue.

Puede decirse que la posición más extrema de la crítica ante el *Opus Epistolarum* consiste en inducir la falsedad de la obra de las correcciones que las cartas han sufrido al ser impresas. Este hecho me parece fuera de duda. Un colector ha debido reunir las, ordenarlas por fechas y titularlas marginalmente, con indicación muy sumaria de su contenido y de su carácter. Ya hemos aludido antes a los errores materiales que se deslizaron en esta ordenación. La edición es muy defectuosa y revela poco conocimiento y, sobre todo, poco cuidado en quien la dirigiera. Pero de ello no puede inducirse su falsedad total, como pretende Gerik.

Es cierto que se quiso ofrecer con la colección de cartas una obra de conjunto que informase sistemáticamente de los sucesos de los años

(9) *Pierre Martyr d'Anghera. Se via et ses ouures*.—París, 1887.

(10) *Petrus Martyr Anglerius und sein Opus Epistolarum*.—Strasburgo, 1891.

comprendidos entre 1488 y 1525. La pretendida ordenación cronológica, la agrupación en libros que quieren corresponder a años completos, ya lo anuncian. En algún pasaje se declara que aquella carta es la última dedicada a los acontecimientos de aquel año, declaración imposible en el momento mismo en que se escribe y que tuvo que ser añadida al coleccionar las cartas.

Muy repetidamente una carta remite a otras donde se ha tratado del mismo asunto, lo que sólo puede hacerse pensando en una colección ya formada, pero que carece de sentido en una carta aislada, no destinada en principio a reunirse con sus anteriores. Frecuentemente, estos fragmentos están equivocados y el pasaje aludido no se encuentra. Me parece hallar en este error una prueba de al ficción completa que pretende Gerik. En un texto totalmente fingido, en una narración seguida y ordenada de un período histórico, este error sería muy raro. Cuanto más se hubiese deseado —en la hipótesis de Gerik— dar la sensación de cartas escritas en diversas fechas, más se hubiera evitado esta falta de correlación entre los diversos pasajes que tratan del mismo asunto. Y las frecuentes disculpas al retraso de los correos, que antes señalábamos como prueba de intercalaciones, lo son al mismo tiempo de la colección de las cartas. En una aislada un suceso no tiene una posición relativa a considerar.

A estas pruebas indirectas de haber sido coleccionadas las cartas con el propósito de que formaran un cuerpo informativo completo, pueden añadirse las propias declaraciones del autor. Arrancábamos antes nuestra crítica del pasaje en que el texto se dirige, no sólo al destinatario sino a sus lectores, en general. En otros pasajes un descuido descubre el retoque o la adición: carecería de sentido que Pedro Mártir hablando a su hermano Juan Bautista, de Jorge que lo era sólo de padre o madre, tuviera que aclarar *qui medius frater est* ¹¹.

En la dedicatoria de las *Décadas* al emperador Carlos I firmada el 30 de septiembre de 1516 declara netamente: *Quod universam tibi avi materni subdiderunt Hispaniam, angello excepto, cum pulchram tibi cum feracibus nostri maris Insulis Parthenopen reliquierint, magnum equidem et ea nos per annales annotavimus*. La referencia, dado que no han quedado más obras debidas a la pluma de Pedro Mártir, es indudablemente dirigida a una colección ordenada de sus cartas. En la misma *Opus Epistolarum* se pueden encontrar referencias idénticas; me parece la más expresiva aquella en que recuerda las noticias que ha remitido a su fraternal amigo Ascanio M.^a Sforza *praeter alia multa*,

(11) *Epístola XVII*.

quae ex meis latentibus adhuc commentariis aliquando videbis ¹². Y el segundo libro del *Ous* se titulará *Epithomatum philosophicorum et historialium nostri temporis per epistolas ad amicos liber secundus*. Y los contemporáneos, en fin, han hablado de que “era verdad que el proto-notario Pedro Mártir... no como crónista, mas por una nueva manera de epístolas escribió en latín aquellos años y otros muchos adelante” ¹³. Podría precisarse que a fines de 1512 ya preparaba Pedro Mártir la colección de sus cartas, pues solicita del Alcaide de los Donceles noticias para que “*ad posteros nomen tuum nostris annalibus remittamus*”. ¹⁴.

Cuanto va dicho hasta ahora, me parece probar que el propio Pedro Mártir concibió la colección de sus epístolas como un texto histórico completo y que las enmiendas indudables que en ellas se encuentran obedecen a este propósito. Todavía será preciso resolver la última de estas cuestiones críticas y establecer si alcanzó Pedro Mártir a realizar sus propósitos y si el texto que poseemos del *Opus Epistolarum* ha sido, en fin, establecido por él.

Hemos notado repetidamente, y los ejemplos podrían multiplicarse, que muchos de los defectos formales que en el *Opus Epistolarum* se advierten revelan una mano poco cuidadosa en la ordenación de los materiales. Muchas adiciones llevan a una conclusión, antes no existente y aun podríamos decir que los repetidos esfuerzos por concertar las diversas cartas han fracasado. Un observador atento advierte, desde luego, que los descuidos, las interpolaciones, las fechas equivocadas son más frecuentes conforme se avanza en el voluminoso *Opus Epistolarum*. Además, creo que no se ha advertido hasta ahora, que en los primeros libros las cartas se disponen en un orden lógicamente natural. Los destinatarios se suceden y mezclan como debieron estar en la realidad.

Así, por ejemplo, si se repasan las cartas correspondientes al año 1496, encontramos los corresponsales más diversos: el conde de Tendilla, don Bernardino de Carvajal y Rojas, Pemponio Leto, Ascanio M.^a Sforza, el Arzobispo de Braga, el Cardenal de Santa Cruz, de nuevo Tendilla, Hernando de Talavera, y así sucesivamente. Conforme se avanza en el texto esta diversidad de destinatarios va disminuyendo y las cartas empiezan a agruparse, sin perder su pretendida cronología,

(12) *Décadas* I, 10.

(13) GALÁNDEZ DE CARVAJAL: Ob. cit. 245.

(14) *Epístola DVII*.

por destinatarios. Una labor ordenadora y, lo que es más importante, seleccionadora, se adivina, pues no habiendo disminuído, según lo que sabemos, las relaciones epistolares de Pedro Mártir, ésta homogeneidad de su correspondencia, en algunos años, se ha logrado eliminando otras cartas menos importantes, a juicio del colector. La segunda parte del *Opus Epistolarum*, produce la impresión de haberse ordenado el material con mucho menos cuidado. Las cartas de la primera parte empiezan invariablemente con una dirección de este tipo. *P. M. A. M. Comiti Tendillae Ductori suo in Hispaniam*. Hacia el libro IX las direcciones empiezan a abreviarse progresivamente. En el XIV, por ejemplo, es frecuente encontrar ya cartas dirigidas a *suo comite* y desde el siguiente, que comprende las escritas en el año 1512, se suprime la dirección cuando la carta tiene el mismo destinatario que la anterior. En estos mismos libros finales las cartas llevan muchas veces dos destinatarios, uno en España y otro en el extranjero.

Según todo ello, juzgo que se puede pensar autorizadamente que Pedro Mártir resolvió reunir sus cartas en una obra de conjunto que tuviese el carácter de unos anales y, probablemente, empezó a ordenar los borradores de las cartas que él mismo conservaba. Es muy posible que, incluso, se intercalasen entonces algunas epístolas para lograr un relato corriente y sin grandes lagunas. Las tres epístolas ¹⁵ en que resume la guerra de Granada hasta el momento de su intervención en ella pueden obedecer a este propósito y consiguientemente las frases iniciales de la carta dirigida a Ascanio Sforza con las que atestigua personalmente la veracidad de los relatos. En ocasión ¹⁶ estas intercalaciones producen errores fácilmente explicables, como el de atribuir al Papa León X una entrada en Roma en Domingo de Ramos, que realizó en efecto, Julio II.

Pedro Mártir no debió de terminar su labor seleccionadora. Podría pensarse un poco hipotéticamente que su selección no pasó de las cartas correspondientes al año 1492, aproximadamente. Otra persona continuó la selección valiéndose de materiales de calidades distintas, originales y minutas conservadas por el autor. Las cartas con dos direcciones, ya aludidas, son una prueba indudable de la conservación de las minutas destinadas a informar a dos destinatarios diversos de las mismas noticias. La falta de fecha en estas explicaría tantos errores cronológicos sobre todo en las relativas a Italia, cuyos sucesos serían difíciles de datar para un español, aun contemporáneo. El colector seleccionó

(15) V. cap. III.

(16) *Epistolae DLXX et DLXXI*.

mucho o dispuso de colecciones de cartas homogéneas, dirigidas a una persona y facilitadas por ésta, lo que explica estos libros enteros, compuestos de epístolas con un destinatario único. Y estos son precisamente, y con ello se confirma nuestra hipótesis, el Marqués de Mondéjar, Pedro Fajardo o Mercurino de Gatinara, el gran Canciller, es decir los más íntimos corresponsales de nuestro autor, interesados, sobre todo, el primero, en la propia publicación del *Opus*. De tantos descuidos y errores como aparecen en esta segunda parte, las fechas equivocadas, que en las Décadas están, en cambio correctamente consignadas prueban que aquellas no pueden atribuirse a ignorancia del autor y confirman su ausencia en el momento de la edición.

Si el colector ha continuado intercalando después fragmentos, si ha reunido en una varias cartas (prescindiendo de los errores), es sin duda porque le animaba el mismo propósito que al autor en su labor coleccionadora. Se aspira a una impresión de conjunto, no sólo informativamente, sino con pretensiones artísticas de plástica unidad, aunque para ello se olviden los detalles contradictorios y los pequeños anacronismos. Y cuando la sencilla correlación de las epístolas no bastó se acude a las interpelaciones, a la sutura de fragmentos diversos y, quizá incluso, a la ficción de alguna epístola completa que pareció necesaria para llenar una laguna demasiado extensa, siempre tendiendo más al orden externo de la colección que a la disposición intrínseca.

Podremos ahora plantearnos la última cuestión crítica. ¿Quién ha sido este colector, benemérito a pesar de su torpeza y su descuido?

Nebrija había publicado, por encargo del Conde de Tendilla, en el mismo Cómpluto, las *Décadas de Orbe Novo*. Descuidaba Pedro Mártir editarlas y su antiguo discípulo Luis de Mendoza recogió los originales, confiándolos al docto celo del humanista sevillano. Pero Nebrija murió en 1522 y no podría ocuparse de la edición de las epístolas. El mismo año que aquellas salían de las prensas de Miguel de Eguía, lo hacían también los XXII Libros de la obra de Lucio Marineo Sículo, *De rebus hispaniae memorabilibus*. Su autor, como ya sabemos, estaba unido a Pedro Mártir por razones de paisanaje y, sobre todo, de amistad. No hubiera sido imposible que Marineo se ocupase de la edición de la obra de su amigo, pero no hay ningún motivo para afirmarlo justificadamente y la calidad de la edición no me inclina a atribuirla a tan buen latinista como era Marineo.

Bernays ¹⁷ lanzó la hipótesis, más sugestiva que probable, de que el editor hubiese sido el gran humanista Alfonso de Valdés. Para ello se

(17) Ob. cit. 136.

apoya en la inserción de tres cartas del Secretario de Carlos V entre las de Pedro Mártir. La primera (DCCLXXXIX) lleva la fecha de 31 de agosto de 1520, la tercera de 13 de mayo de 1521. En ambas se informa a su amigo Pedro Mártir de la situación de la Iglesia en Alemania, a consecuencia de la actitud de Lutero. Con su hábil dialéctica, Valdés reprocha al Pontífice su retraso en la convocatoria de un Concilio, para tratar de aquellas cuestiones religiosas. Bernays ha pensado que esta extraña intercalación de las cartas de Valdés —prescindiendo ahora del análisis de su contenido que haremos en otro lugar— entre las del milanés, se ha realizado sólo después de la muerte de éste y que no tiene más posible explicación que el deseo de Valdés de aprovechar también aquel lugar y ocasión para divulgar sus puntos de vista sobre las candentes cuestiones religiosas y políticas que conmovían al mundo a principios del siglo XVI.

La inserción de los escritos de Valdés entre los de Pedro Mártir, aunque no frecuente, no es tan excepcional como supone Bernays. En la mayoría de los casos las cartas de Pedro Mártir tenían su fuente de información bien próxima y concreta en alguno de sus inmediatos corresponsales, pero él acostumbra a relatar los hechos, dondequiera que estos hayan tenido lugar, como versión propia. Pero esta intercalación de cartas de Valdés en el *Opus* no basta a justificar la intervención de Luis de Valdés en la edición de las cartas de su amigo. La segunda epístola (DCXCIX) de 25 de octubre de 1520 no pudo intercalarse con el mismo propósito, pues sólo narraba la coronación de Carlos I en Aquisgran, como Rey de Romanos. Demasiado ocupado estaría, además, el Secretario del César para dedicar su tiempo a una edición tan extensa y que se publica, además, cuando llevaba más de un año fuera de España.

El editor del *Opus Epistolarum* ha debido de ser un latinista modesto y poco conocido. Sólo así se explican tantos errores como se han deslizado y que se llegue a incorporar, mecánicamente, al texto las notas marginales y adiciones que encontraba en el original, como ha hecho en muchos pasajes. Tan modesto era que no se ha atrevido, en muchas cartas, a expresar las fechas con la calendación romana, en contra de la práctica común en Pedro Mártir: se ha limitado a latinizar el orden directo de los meses, en que llevarían las minutas de que dispuso para la impresión.

XI

El *Opus Epistolarum* no es, como se ha advertido repetidamente, una historia orgánica de la vida española, ni tampoco una obra estrictamente literaria, creada bajo el impulso de una preocupación exclusivamente artística. Participa de una y otra categoría y a este doble carácter deberá ceñirse todo comentario crítico, aunque sea provisional, como en este caso.

El interés histórico de las cartas de Pedro Mártir se deriva de la amplitud e importancia de los sucesos que narra. Los años comprendidos entre la llegada del autor a España, pocos antes de la toma de Granada, y su muerte, cuando Carlos I, ya emperador, emprendía su lucha de defensa del catolicismo europeo, combatía en Africa y consolidaba las conquistas americanas, son decisivos para la historia moderna de nuestra patria, asientan los principios de nuestra grandeza nacional y crean las premisas del imperio.

Como fuente de información para el conocimiento de este período histórico, plantean las cuestiones críticas que se han esbozado en nuestro apartado X; bastará advertir ya que para la cronología, es preciso manejar el *Opus Epistolarum* con exquisito cuidado. La revisión que el texto sufrió antes de ser impreso y la adición a intercalación de noticias sueltas ha creado una confusión extraordinaria en las fechas. Las mismas cartas privadas han de ser, en este sentido, manejadas con desconfianza. Algunas de las que el colector ha llamado morales son adiciones posteriores. Estas piezas literarias, mal situadas en la colección, presentan múltiples contradicciones entre contenido y fecha, máxime cuando pretenden conservar el orden cronológico de la serie, no obstante agruparse por destinatarios, sobre todo en los años 1507 y 1508. Muchos de los errores son tipográficos, pero la mayoría se deben a la torpísima revisión que el texto ha sufrido y a la preocupación tardía de ofrecer un relato de los sucesos sin grandes lagunas. Habrá que someter, pues, todas las fechas a una crítica previa para utilizarlas, desestimándolas ante otra fuente histórica autorizada.

Las informaciones en sí, que las epístolas contienen, son de un alto valor y deben ser estimadas en tanto más cuanto se consideran las fuentes de que el autor ha dispuesto. Se podrían multiplicar los ejemplos de casos en que una verificación de sus noticias, mediante su compulsión con otras fuentes, ofrece un resultado completamente favorable: el atentado contra Fernando el Católico durante el sitio de Málaga, las guerras navarras en el año 1512, la venida a España de Carlos I, etcétera.

Su posición era excepcional para el género de noticias que él transmite. Estaba en diario contacto con los personajes de la corte, hablaba con secretarios y embajadores y recogía cuantos rumores e informaciones corrían por antecámaras y camarillas. Su vanidad se satisface muchas veces con la aclaración: "el rey me ha dicho", y no es posible dejar de reconocer en algunas de sus cartas una inspiración directa del monarca. Mariejol ha señalado el caso de la carta CCCCLXXV, en la que advierte al duque de Braganza, con amenazas veladas por un tono amistoso, los peligros de que el Rey de Portugal tomase partido por Luis XII y por el falso concilio contra Julio II. Y la curiosidad siempre despierta del milanés, acudirá a los embajadores, sus amigos, para servir noticias recientes a algunos corresponsales.

Más de estimar es que se muestre perfectamente enterado, no sólo de los sucesos que se desarrollan a su alrededor, sino de los lejanos, como las luchas de los franceses en Italia y la entrada en ella de Carlos VIII, la campaña del conde Pedro Navarro en Africa, que los textos de Bernaldez y de Zurita, narran de la misma manera.

No faltan errores que delatan una fuente de información muy tortuosa y otros muchos más numerosos en que pequeños descuidos, salpican una relación, por lo demás, muy verdadera.

La riqueza histórica del *Opus* se aumenta por la evidente intercalación de noticias y documentos que podríamos llamar oficiales. Así la carta de la ciudad de Valladolid de marzo de 1521, al Rey está verificada merced a la historia de Sandoval y esto autoriza a conceder el mismo crédito a otros documentos intercalados aunque no sea posible su compulsión, como en este caso.

El cronista, con la manera *sui generis* de sus epístolas, difundía otras veces las noticias que interesaban a los monarcas, cumpliendo los fines de un embrionario servicio de propaganda: su carta CCCXC explica al país la política del Rey católico con respecto a Navarra. Y en cierto modo, el *Opus* cumplía la misión del moderno periodismo, aunque le falta para aproximarse a él lo que ya desde los siglos XVI

y XVII iban a tener las *Relaciones*: su difusión y su multiplicación. Las mismas *Décadas* hemos visto que lograron este carácter, pero las cartas son más íntimamente personales. Las referencias a una amistad, el recuerdo de un viaje o de un conocimiento pasado se mezclan allí a un contenido muy heterogéneo, donde se refieren, revueltamente, noticias de guerra, rumores de paz, nombramiento de preladados, desarrollos de pestes y epidemias.

Se cometería, sin embargo, un grave error si se atribuyese al mismo valor semifuncionario a todo el noticiario. Aunque él recoge los rumores y noticias que corren por la corte, no está en la intimidad de muchos asuntos de Estado, que se limitan a un estricto número de personas y cuya auténtica realidad se ha cerrado, a veces, para siempre a la mirada de los extraños. Ante sus ojos pasaron embajadores que abandonaban aquella corte sin que penetrase el secreto de sus entrevistas con Reyes y Secretarios. El silencio, pues, de Pedro Mártir, sobre cualquier asunto, no prueba nada en contra de su veracidad.

La dificultad de su manejo, como fuente histórica estriba en que él cuenta lo que oye, sin someter las noticias a una personal decantación y crítica. No las ha compulsado con otras fuentes ni ha procurado su confirmación en una ocasión posterior. Su diferencia de método de trabajo con respecto al historiador normal es absoluta y evidente. Pero no se piense tampoco en un noticiario insustancial, esclavo de la novedad y apasionado de su vanidosa suficiencia. Pedro Mártir elabora conscientemente los materiales de su obra, en parte conforme va escribiendo sus epístolas, en mayor medida al revisar su texto para darlo a la publicidad, aunque no llegase él mismo a realizar tal propósito. Hay en cada epístola una cierta unidad, no una unidad temática, pues ya hemos advertido de su inquieta heterogeneidad, sino una unidad que podríamos llamar de procedimiento, mejor que de forma, desigual muchas veces y descuidada siempre.

Pedro Mártir no concibe, y por tanto no realiza, su obra a la manera clásica. Los hechos no se jerarquizan en una disposición armónica para producir una impresión de conjunto o para interpretarlos conforme a principios generales, apriorísticamente establecidos, como ocurre en la historia clásica. Noticias minúsculas, informes de viajes, sucesos raros, se mezclan a decisiones políticas trascendentales, a batallas decisivas, a muertes de príncipes y reyes. Hombre muy de su época, Pedro Mártir no realiza tampoco una historia genética ni de calificaciones éticas cristianas. Como consecuencia de su falta de visión de conjunto, no enjuicia el valor moral de las acciones, porque no

las ordena, en el fondo de su manera histórica, a una finalidad transcendental y última. Que el autor haya sentido la vida de manera diversa, es otra cuestión. Pero sus cartas de contenido histórico están realizadas así.

En cambio, volverá a mostrarse en él al hombre del Renacimiento, en su exaltación de la personalidad, del héroe, por emplear una terminología nuestra. Precisamente por este partidismo de su posición de autor histórico, se aleja de la moderna concepción de la historia, orientada hacia la imparcialidad. Pedro Mártir se entrega como buen renacentista, al elogio de sus figuras predilectas, sino con una constancia de fidelidad personal, con un recurso de técnica de escritor.

En este tipo histórico híbrido que es el de Pedro Mártir, quedan enredados leves recuerdos de la historia clásica, principalmente los diálogos. Con su extraordinario instinto de escritor Pedro Mártir pasa frecuentemente al estilo directo, intercalando diálogos que animan el relato, rompiendo su temida monotonía. De los discursos clásicos no hay sino un mortecino reflejo en alguna que otra epístola.

La fuerte personalidad del autor ha impreso su huella en las cartas del *Opus*, sin mermar su valor informativo. Determinados períodos y aspectos de la historia española, encuentran en él su mejor cronista. Así la figura y los sucesos del reinado de doña Juana, la infeliz reina de Castilla, para lo cual son las cartas de Pedro Mártir, a juicio de Bernays, una fuente de primer rango, cuya autoridad confirma la heurística contemporánea. Para el período de las Comunidades no se puede prescindir de las epístolas, aunque muchas de ellas han sido modificadas posteriormente. En ocasiones, como ocurre con el período que comprende la primera ausencia de Carlos I de España, tal vez tenemos aquí la principal fuente de conocimiento, en la que los errores de fecha son fáciles de corregir.

La peculiaridad del *Opus Epistolarum* radica en que tan ricos y variados documentos están embellecidos por el autor, disponiéndolos con una disposición artística que los ennoblece. La pluma siempre un poco precipitada de Pedro Mártir, logra sosiego en pasajes como el retrato de Fernando I o el de Gonzalo de Córdoba. Sus juicios sobre Isabel I, por la que siente respeto y admiración, es no obstante, equilibrado y lleno de clarividencia. Será interesante estudiarlo con más sosiego en comparación con los juicios contemporáneos para seguir la tradición de la figura de la gran reina. Sus personalizaciones están cuajadas en el molde del tipo del caballero-soldado, que une complejas cualidades espirituales a su innata vocación de jefe, recogiendo una clara reminiscencia de la concepción de Salustio.

Su atención a la realidad circundante no es, en el escritor, ilimitada. Como encerrado en un amplio circo de montañas, el autor tiene limitado su horizonte por una personalísima renunciación a los paisajes humanos ajenos a su interés. Sus medios exclusivos de observación no desbordan los de la nobleza y el resto de España no existe para él. Vive en la corte, vive envuelto por el ambiente oficial y rodeado de los que gobiernan, habla constantemente de cuestiones políticas. En este sentido su vocación es irrefrenable y nunca se cansa de perseguir el rumor o la noticia sobre los sucesos públicos. Alguna leve alusión al paisaje, ya anotada, es lo único que individualiza el escenario de sus 812 cartas. Ni una mirada a los monumentos, ni una reflexión sobre las costumbres, ni un reparo sobre la riqueza, las producciones o el comercio del reino. Hay en ello una presuntuosa vanidad de cortesano vacuo.

Y sin embargo, el *Opus Epistolarum*, tiene para el lector un atezante interés, que el arte de su autor le procura con aparente naturalidad. Aunque no se acuda a sus páginas con un propósito histórico determinado, la sucesión ininterrumpida de acontecimientos diversos, la agradable variación de las personas a quien se alude, el sabroso tono de los comentarios, encantó ya a Guillermo de Humbolt, el gran naturalista, quien declaraba: "El *Opus Epistolarum*, que he leído varias veces, ofrece una gran variedad de juicios sobre los acontecimientos políticos que han agitado a Italia y a España, sobre las intrigas de las cortes, los descubrimientos marítimos y los fenómenos físicos de esta época memorable" ¹.

El *Opus Epistolarum* aparece como un libro de memorias que, falto de muchos elementos para completar un cuadro histórico, tiene, en cambio, el agradable tono íntimo de lo personal. Lo personal es, en este caso, de una inagotable vitalidad. Creo que este es el carácter dominante de su obra, que no decae en ninguna de sus páginas. Vitalidad tan excepcional, que presta aliento e interés a muchas noticias fútiles o intrascendentes que perecerían todo su valor en el cuadro reseco de una crónica o historia ordinaria. Vitalidad que trasmina de su relato por una cualidad que es su gran defecto, como obra histórica: su falta de armonía y de visión de conjunto. No parece sino que Pedro Mártir no ha vuelto jamás la vista atrás sobre lo que iba escribiendo. Ni en el *Opus*, ni en las *Décadas*, según podemos entrever, el autor se preocupa demasiado de ofrecer un panorama de un proceso o de un período histórico. Su técnica del trabajo tampoco se lo permitirá.

(1) *Examen critique de la Géographie du Nouveaux Continent*, II, 279.

Escribía con facilidad suma y descuidada, según él mismo lo ha dicho en ocasiones y los testimonios contemporáneos lo confirman. Juan de Vergara, secretario de Cisneros, se maravillaba ya de la "diligencia que este hombre ponía en escribir luego a la hora todo lo que pasaba y cómo no gastaba mucho tiempo en pulir ni limar el estilo, sino que, mientras le ponían la mesa, como yo lo ví, le acontecía escribir un par de cartas, de ellas no recibía trabajo ni pesadumbre, y así no cesaba en el oficio, ni tenía otro cuidado" ².

Y con esto tocamos al último aspecto a que un estudio completo deberá atender en su día. Su referida vivacidad descriptiva y la animación de sus relatos encuentran una expresión adecuada en su estilo y en su lengua. Ha abandonado los largos períodos clásicos. En algunas de sus cartas, sobre todo cuando son largas, y en las relativas a los asuntos exteriores, llega a un estilo cortado, de períodos brevísimos. Y aun en las demás su prosa latina, la primera vez que se lee, tiene un regusto extraño y desusado.

Si se reflexiona, se advierte que la construcción íntima de la frase es moderna y que el latín en que está redactada cubre sólo exterior y superficialmente el pensamiento. Dentro de la enorme desigualdad de su estilo, la muerta exterioridad de su latín renacentista no logra apagar la vivacidad de la concepción. Y como de un subsuelo mal cubierto por la sedimentación de corrientes superficiales, emergen a veces, vocablos nada latinos, neologismos que los nuevos objetos, modos o costumbres obligan a crear, pero que hieren el oído y la vista del lector, al advertirlos hincados entre el homogéneo contexto. A Colón tendrá que llamarle *almirantus* y las tiendas de mantas serán para él *tabernae capotalis*. Son contagios inevitables de vulgarismos. Pedro Mártir no es un estilista. Con un extraordinario sentido plástico describe y comenta sucesos contemporáneos, sin detenerse ante ninguna dificultad lexicográfica, sin que su estilo sea un modelo de latinidad ni el mejor argumento para la supervivencia erudita de las lenguas muertas.

Pero jamás pudo encontrarse a un escritor mejor retratado en su obra. Aunque ésta no estuviese llena de referencias autobiográficas, bastaría su lectura para reconstruir la silueta moral de su autor. A través del desigual latín de sus cartas, se perfila su ardiente amor por España, a la que se unió con una leal devoción que él supo hacer compatible con su invariable fidelidad a la patria italiana. Si en su concepción de aquella, supera la estrechez contemporánea de los ducados y

(2) QUINTANILLA: *Archetypo de virtudes*. Palermo, 1653. 71.

las repúblicas independientes y rivales, su vida religiosa corresponde al tipo medio de la fe renacentista. Hemos advertido ya como su paganía y sus gustos mitológicos eran ropaje superficial que cubría un espíritu religioso creyente. Aunque no haga declaraciones directas de principios, basta observar el respeto que le merecen las órdenes sagradas, que retrasó hasta una edad más madura, las devotas menciones de la Virgen y, sobre todo, las cláusulas testamentarias con sus reparaciones pecuniarias por posibles y casi imaginarios daños, sus sufragios y limosnas, para completar el juicio sobre su religiosidad. Y matizándolo todo, su curiosidad política y cortesana, sólo superada por su vanidad un poco infantil, secuela inevitable de aquel amor por la gloria, que mueve arrebatadamente el ánimo del renacentista que hay en él. Historiador literario de Indias, comentarista incansable de la corte española durante muchos años, en las páginas de sus cartas, encontramos además del atractivo literario, la huella de una recia personalidad, que nos interesa humanamente.

HE DICHO.